



# FUGAS DE TINTA 5

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y RELATOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

---

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA





# FUGAS DE TINTA 5

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y RELATOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

# 2013

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



# FUGAS DE TINTA 5

CRÓNICAS, CUENTOS Y RELATOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2013

MINISTRA DE CULTURA  
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA  
María Claudia López

SECRETARIO GENERAL  
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES  
Guiomar Acevedo Gómez

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA  
Andrea Victorino Ramírez  
Luis Daniel Ibarra Andrade  
Carlos Octavio Cómbita Villamiñ

Primera edición, septiembre de 2013

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia  
© Red de Escritura Creativa  
© TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.  
Carrera 4 A No. 26A-91, of. 203,  
Edif. Independencia, Bogotá  
Tels.: [57-1] 243 2862 - 243 8591  
taller@tallerdeedicion.com  
www.tallerdeedicion.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978-958-8545-67-7

COMPILADOR  
José Zuleta Ortiz

EDITOR  
Harold Kremer

EDICIÓN, DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL  
TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.

CONCEPTO GRÁFICO  
Tangramagráfica

IMPRESIÓN Y ACABADOS  
Unión Gráfica Ltda.

Prohibida la reproducción total o  
parcial de esta obra sin la autorización  
de los editores y de los propietarios del  
*copyright*.



MinCultura  
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD  
PARA TODOS



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
JOSÉ ZULETA ORTIZ - COORDINADOR DEL PROGRAMA LIBERTAD BAJO PALABRA DEL MINISTERIO DE CULTURA	
MEDELLÍN	15
DAVID MACÍAS - DIRECTOR DEL TALLER	
TRES FLORES	17
Carlos Antonio Zuluaga Vásquez	
EL VIEJO Y <i>EL WHITE</i>	25
Nóvile Humberto García Soto	
QUERIDA AMIGA	33
Blanca Hernández	
JAMUNDÍ	39
MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ - DIRECTOR DEL TALLER	
GOTAS	41
Doris Suárez Guzmán	
COSTUMBRES	45
Doris Suárez Guzmán	
LÓGICA	47
Doris Suárez Guzmán	
DÍAS DE LIBERTAD	49
Adriana Segovia P.	
A TI	53
Tatiana Aguiar	
OLVIDO	55
Tatiana Aguiar	
NI MIS PALABRAS TE TOCAN YA	57
Tatiana Aguiar	
YA NO EXISTES	59
Tatiana Aguiar	

OLOR FATAL	61
Anna Fausti	
NOCHE INFINITA	63
Anna Fausti	
NOTTE INFINITA	65
Anna Fausti	
PAISAJE ILUSORIO	67
Anna Fausti	
SÚPLICA	69
Nidia Consuelo Poveda	
EL CUERPO DE BENITO	73
Rosalba Clavijo Hernández	
LA FELICIDAD DE ALEJANDRO	75
Elizabeth Hoyos	
EL MAYOR TESORO	79
Melba Trejos Aguilár	
EL DESEO	85
Mariluz Poveda C.	
LA ARDILLA Y SUS RECUERDOS	87
Mariluz Poveda C.	
CÚCUTA	89
NORWELL GONZÁLEZ - DIRECTOR DEL TALLER	
BURBUJAS	91
Gabriela Galvis Vale	
LA FORTALEZA	93
Alba Sonia Bernal	
EN SECRETO PARA TI	95
Y.Y. R.M.	
LA ALEGRÍA	97
Laura Rosmery Maldonado	
SILBIDOS LOCOS	99
Patricia Borrero Cáceres, Isabel Sabogal y Paola Sepúlveda	
FLORECITA DE NUESTRAS VIDAS	101
Isabel Sabogal, Sandra Patricia Borrero y Paola Sepúlveda C.	

EL CAMINO DEL AMOR	103
Luz Marina Guerrero	
ASÍ ES LA VIDA	105
Luz Marina Guerrero	
ALGÚN DÍA	107
Luz Marina Guerrero	
PRISIONERA	109
María Ramona Contreras Soto	
DAYANNA MAYERLI	111
María Ramona Contreras Soto	
MARIPOSAS SOÑADAS	115
María Ramona Contreras Soto	
EN EL SILENCIO DE MI CUARTO	117
María Ramona Contreras Soto	
MI PRIMER AMOR	119
María Ramona Contreras Soto	
DAME SEÑOR	121
Nancy Higuera	
<b>BUCARAMANGA</b>	123
ÁLVARO JOSÉ CLAROS RÍOS - DIRECTOR DEL TALLER	
SUSTO FAMILIAR	125
Javier Rodríguez	
1981	127
Daniel Patiño	
EL TRIUNFO	129
Juan Carlos Castro	
LA TRAGEDIA	131
Edinson Manrique Plata	
<b>CALARCÁ</b>	133
JOSÉ RODOLFO RIVERA LONDOÑO - DIRECTOR DEL TALLER	
CUENTO DE LAS DECISIONES	135
Luis Fernando Obando	

EL ANTIFAZ	139
José Ríos Grajales	
INCERTIDUMBRE ENCONTRADA	141
Eduard Fernando Rebellón	
LA AMBICIÓN ROMPE EL CULO	143
Francisco Xavier Molina	
PERCEPCIONES	147
Alexander Ramírez Ospina	
SIN RUMBO FIJO	149
Hernán Pérez Ladino	
ARAUCA	151
NELSON PÉREZ - DIRECTOR DEL TALLER	
EL PASO DE LAS PULGAS	153
Dina Saray Ríos Medina	
TODO ERA FÁCIL	155
Dina Saray Ríos Medina	
AMOR EN NOTAS	157
Emi Johanna Saldaña	
SORPRESAS	159
Leidy Johanna Carrillo	
CRISLY	161
Emifersuri Yance	
MI PRIMER <i>PLÓN</i>	163
Emifersuri Yance	
SINCELEJO	165
MARÍA ALEJANDRA GARCÍA - DIRECTORA DEL TALLER	
LA LUNA	167
Carlos Iriarte	
AMORES	169
Jorge Anaya	
LA HORA DE LA VISITA	171
Wiston Pérez Román	

LO ÚNICO QUE TENÍAN ERA DINERO	173
Julia Corpas	
CUSTODIADOS POR EL INPEC	175
Carmen Gutiérrez	
SU VUELO SE DETUVO	177
Angélica Romero	
<b>TULUÁ</b>	<b>179</b>
WALTER MONDRAGÓN LÓPEZ - DIRECTOR DEL TALLER	
LUCHAR POR LO QUE UNO QUIERE	181
Madelaine Martínez	
INTELIGENCIA MÉDICA	183
Gheisy Viviana Pérez	
Nelly Jovanna Sanclemente	
INSPIRACIÓN A TU AMOR	185
Milton Bolaños Pérez	
DISFRUTAR DEL PAISAJE	187
Guido Ayala Ayala	
LOS ANDARIEGOS	189
Luis Dairo Morales Alzate	
NACIÓ MUJER	191
Florentino Téllez	
VIAJE DE DESPEDIDA	193
Milton Bolaños Pérez	
CORAZONADAS	195
Por doña Lilia, abuelita trujillense	
LA BOLA DE FUEGO	199
Cristina Colorado	
EL PERDIDO AMOR	201
Alex Valdez M.	
EL DUENDE EN LA RECLUSIÓN	203
Tatiana Gutiérrez	
NO SABES LO QUE TIENES	205
José Guido Ayala	

<i>TITA</i> , LA GOTITA José Guido Ayala Ayala	211
<b>BOGOTÁ</b> VÍCTOR MANUEL MEJÍA ÁNGEL - DIRECTOR DEL TALLER	215
A BORDO DE MI PEOR PESADILLA Miriam Langa Cantera	217
LA TACONERA Diana Milena Rodríguez	221
PREÁMBULOS DE LLUVIA Soledad Ayala Flores	223
ATERRIZAJE FORZOSO Andrea Constanza Castañeda Muñoz	225
DIVINA ESPERANZA Andrea Constanza Castañeda Muñoz	227
<b>NEIVA</b> BETUEL BONILLA ROJAS - DIRECTOR DEL TALLER	229
LA NIÑA Y LOS PECES Jorge Luis Vidarte Aranda	231
CARRITO AVERIADO Jorge Eliécer Ortiz Manrique	233
SÓLO RECUERDO Hubert Abel Losada Yanguma	235
EL DÍA EN QUE LLEGÓ LA BESTIA César Eduardo Castro Mora	237
LA NOCHE MÁS OSCURA Nelson Yesid Marca Lasprilla	241
UN PRECIOSO FANTASMA Nelson Yesid Marca Lasprilla	243
COBRADO TODO EN VIDA Benjamín Herrera Cardona	245
CÁRCEL BELLA Evelio Castaño	247
PARADOJAS Alexánder Ciceri	251

# PRESENTACIÓN



En los espacios carcelarios circulan a través de la oralidad muchas historias reales y de ficción, anécdotas que muestran los conflictos de personajes inmersos en aventuras fantásticas, urbanas, policíacas, de violencia; ya sea de los actores armados, delincuencia común, o esa otra violencia difusa que nunca llega a los medios de comunicación y queda oculta en la penumbra de la cotidianidad.

Relatos transgresores que superan a menudo su dimensión ética y moral para explorar la condición humana de la culpa y el deseo, la conciencia y la voluntad de individuos que ante todo, pertenecen a una sociedad y son espejos de ella.

Existe un común denominador en muchas de las historias orales que circulan en los espacios penitenciarios y es la incapacidad de sus autores o portadores para convertirlos en relatos literarios, ya sean crónicas, cuentos, novelas, obras dramáticas e incluso ensayos. Como afirma el escritor vallecaucano Harold Kremer: “No basta tener una buena historia para escribir un buen cuento o un buen relato. La oralidad, quizás por su inmediatez, la carencia de referentes culturales y la falta de reflexión, no permite que muchas de ellas logren alcanzar la efectividad de un relato escrito.”

En este contexto, el taller de escrituras creativas de Relata pretende ser una invitación para explorar a través de las voces propias y auténticas de sus autores, estas experiencias de vida y aprender desde las técnicas narrativas a comunicar mundos posibles. La dialéctica de los talleres Relata se fundamenta en las premisas de leer, compartir, interiorizar e intercambiar, escribir y criticar. Su espacio natural son las bibliotecas, lugar de encuentro privilegiado para la imaginación, la lectura y la escritura.

Los textos que presentamos en este libro son una muestra de lo logrado en el ciclo de talleres del programa Libertad Bajo Palabra durante el año 2012.



Guiomar Acevedo Gómez

Directora de Artes  
Ministerio de Cultura



FUGAS  
DE TINTA 5

CRÓNICAS, CUENTOS  
Y RELATOS  
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL





# MEDELLÍN



David Macías  
Director del taller



# TRES FLORES

Carlos Antonio Zuluaga Vásquez



En el mes de marzo de 1989 ingresaban al colegio Reina Auxiliadora tres tímidas flores llamadas Laura, Catalina y Andrea, quienes con muchas expectativas iniciaban sus estudios secundarios y cuya amistad trascendería los más insospechados límites.

He aquí la historia de Andrea:

Vivía con su madre Esneda Ortiz y su abuela Rosa Ortiz, ambas solteras. Andrea contaba con trece años cuando entabló una entrañable amistad con Laura y Catalina, de doce y once años respectivamente. Laura y Catalina eran hijas de Sebastián Pareja y Lina Vélez, notorios abogados de la ciudad, quienes vivían en una de las tradicionales casas de Prado Centro, en Medellín.

El colegio era uno de los que ostentaba mejor nivel académico en Medellín, acompañado de una férrea disciplina en sus ideales sociales, morales y religiosos. Allí, prácticamente, se era católica o católica. No se aceptaba el comunismo, anarquismo o cualquier otro tipo de manifestación social o ideología contraria a las corrientes políticas, sociales o religiosas de la época; y quien mostrara esas tendencias, era inmediatamente expulsada de allí.

Andrea visitaba frecuentemente la residencia de sus amigas Laura y Catalina con la complacencia de Sebastián y Lina, ya que las niñas permanecían prácticamente solas durante el día y ella era considerada una buena compañía para ellas.

Sus vidas transcurrían con relativa normalidad hasta que un desagradable suceso, ocurrido en abril de 1992, marcó la vida de Andrea y, por reflejo, la de sus queridas amigas.

En la madrugada del Domingo de Ramos, doña Rosa sintió una intensa punzada en su pecho y, sintiéndose muy mal, golpeó fuertemente la mesa de noche para despertar a su hija y a su nieta, quienes dormían en el cuarto contiguo. Esneda despertó sobresaltada y salió corriendo al cuarto de su madre para prestarle ayuda, mientras le gritaba a Andrea que llamara un taxi. Diez minutos después, Esneda y Rosa María partían a urgencias del Seguro Social, mientras Andrea permanecía en casa.

A las seis y media de la mañana, tocaron la puerta y Andrea vio a través de la ventana a Raúl, el novio de su madre. Abrió la puerta y él, un poco alcorado, le preguntó por Esneda. Andrea entre sollozos le contó lo ocurrido. Él la tomó entre sus brazos y la consoló.

Sin embargo, ocurrió algo desconcertante en Raúl, quien al sentir el calor de ese joven cuerpo y el delicioso contorno de la batola que lo cubría, empezó a excitarse. Permitió que el demonio de la lujuria aflorase en su ser y empezó a acariciar con deseos a la chica, quien lo rechazó asustada.

Pero era demasiado tarde, Raúl, presa de sus deseos, prácticamente la llevó a rastras hacia la habitación, desgarró su batola, la despojó de su *panty* y, a pesar de los ruegos y la resistencia de Andrea, la violó.

Terminado el acto, le dijo a Andrea en tono amenazante:

—Vea mamacita, lo mejor es que nadie se entere de esto porque la desmiento, le quito la ayuda para el colegio y si molesta mucho, le mato a su mamá.

Andrea quedó deshecha. Gotas de sangre manchaban su batola. Se sentía sucia, humillada, usada y temerosa. Adolorida en su ser, se dirigió al baño llorando y con un estropajo limpió y limpió su piel, como si de ese modo pudiese borrar aquella terrible huella de su cuerpo.

Desde ese mismo momento, en la ducha, empezó a maquinarse su venganza.

A las diez y treinta y cinco de la mañana sonó el teléfono. Andrea lo descolgó y recibió la más terrible noticia de su corta vida: su abuela había fallecido. Ella se sintió morir también.

Esa misma noche, doña Rosa María Ortiz era velada en la sala de su casa, donde sólo se hicieron presentes algunos vecinos, compañeros de Esneda y los miembros de la familia Pareja Vélez, quienes asumieron los gastos funerarios, dado que la difunta no tenía más parientes conocidos.

Inmediatamente después del entierro, cuando Andrea se mantuvo extrañamente alejada de su madre, por la presencia de Raúl, quien acompañaba a su madre, Sebastián y Lina se acercaron a doña Esneda y le pidieron permiso para que Andrea los pudiera acompañar a la finca que tenían en el suroeste de la ciudad, con la idea de despejar la mente de la muchacha y así lograra asimilar el golpe.

Esneda Ortiz miró a su hija con los ojos enrojecidos de llanto y le preguntó:

—¿Qué dices?

—No sé.

—Pero..., ¿quieres ir?

La mente de Andrea, que a pesar de los sucesos conservaba su lucidez, cavilaba prudentemente y luego de unos minutos respondió:

—Está bien.

A la una de la tarde de ese martes santo, viajó la familia Pareja Vélez en compañía de Andrea hacia la finca Curonia, herencia del abuelo paterno de Sebastián. En el recorrido, la chica preguntó acerca del raro nombre de la hacienda y Sebastián le explicó que posiblemente era un recuerdo de la primera esposa del abuelo, ya que allí murió de una enfermedad respiratoria. Después de su muerte, le cambió el nombre de La Rosaleda por La Curonia.

En la noche, instalada ya en su habitación, Andrea empezó a jugar con las letras de la palabra Curonia y se llevó una sorpresa al descubrir que con las mismas letras se escribía la palabra cianuro. Ella lo consideró una iluminación.

Al día siguiente, en la biblioteca de la finca, consultó:

CIANURO: potente veneno, cuyo principal efecto es afectar la motricidad y provocar paro respiratorio; debe ser administrado en pequeñas dosis para que su efecto sea mortal.

Andrea sonrió, y se dijo:

—Con que el viejito tenía su guardado.

Los días transcurrieron rápidamente y de regreso a la ciudad Andrea traía fija en su mente la idea de consultar más acerca del cianuro; pero no era su único pensamiento, ya que la noche anterior cuando soñaba con la abuela, despertó sobresaltada y llorando. Laura llegó a su habitación para consolarla, se abrazaron con afecto y de repente se besaron los labios, más con pasión que con cariño. Ella turbada, retiró suavemente a Laura, quien le dijo:

—En el baño del colegio es normal.

Al día siguiente, se hallaba reunida con la profesora Estela Ruiz, docente de Química, a quien consultó lo habido y por haber respecto al cianuro. Ella le respondió con profesionalismo y a la vez inquirió a Andrea:

—¿Para qué es la información?

—Para escribir un cuento de misterio.

—¿Sobre qué?

—Un asesinato perfecto.

A la profesora Ruiz le impactó la frialdad de la respuesta, pero como Andrea era reconocida en el colegio por su habilidad literaria, no le dio mucha importancia.

Al salir de clases, Laura invitó a su amiga a su casa. Ella aceptó.

En casa de las hermanitas Pareja, las tres chicas departieron alegremente. Rato después, Catalina decidió tomar una siesta en su habitación y dejó sola a Laura, quien con una mirada pícara le preguntó a Andrea:

—¿Te gustó?

—¿Qué?

—El besito que te di en la finca.

—*Mmm...*, no sé qué pensar.

Laura se acercó a su amiga, acarició sus cabellos, besó sus labios; primero lenta y delicadamente, luego con una pasión abrasadora, en cuyo torrente fue sumergida también Andrea. Luego desnudaron

sus juveniles cuerpos que exploraron palmo a palmo, besándose y acariciándose con una ansiedad rayana en locura.

Sin embargo, Andrea continuaba empecinada en su venganza. Y la empezó a maquinarse un día que Raúl, bebedor de fines de semana, estaba en casa y tuvo un ataque de taquicardia con dificultades respiratorias y, al pasar la crisis, este le había contado que era el efecto de consumir licores con droga. Ella decidió llamarlo:

—¿Raúl?

—¿Sí?

—Necesito hablarle.

—¿De qué? —respondió nervioso Raúl.

Ella lo tranquilizó diciéndole:

—Vea, traiga el sábado en la mañana una botellita de ron y charlamos.

Raúl aceptó.

Una de las ideas recurrentes en los abusadores es pensar que a sus víctimas les agradó lo sucedido, por eso no desconfió.

El sábado siguiente, Raúl llegó temprano a la casa de Andrea, mientras la madre de la joven se encontraba en una consulta médica. Al verlo, le preguntó:

—¿Trajiste el roncito y el *pasante*?

—Me falta el *pasante*.

—Pues, ve por él.

Raúl salió feliz, mientras la muchacha separaba su porción de licor, botaba una medida parecida al etanol con que lo adulteraría en la botella y, agregando dos gramos de cianuro, agitó la botella y corrió hacia el patio donde arrojó a la quebrada los recipientes comprometedores. Regresó justo cuando Raúl tocaba la puerta y cuando él le entregó la gaseosa, quiso acariciarla pero ella le dijo:

—Espera me pongo en forma y verás la sorpresita que te doy.

Acto seguido, le sirvió un ron puro y mezclando el de ella, propuso:

—Vea, juguemos a fondo blanco, si usted gana, yo me quito una prenda y así sucesivamente. Cuando esté completamente desnuda, le doy el gusto que quiera, ¿de acuerdo?

Raúl aceptó encantado. Él era un bebedor empedernido, mientras ella era sólo una joven de dieciséis años.

Sentados frente a frente, Andrea inició el reto:

—¡Fondo blanco!

Mientras ella únicamente probaba el trago, Raúl lo apuraba con ansiedad.

—¡Ah!, este hijueputa trago sabe raro, pero valió la pena. ¡Empiece! —dijo Raúl.

Andrea se levantó, empezó a desabotonar su blusa de un modo cadencioso y suave, provocando aún más la excitación de Raúl, quien sentía que el corazón se le saltaba del pecho. Al despojarse la chica de su prenda, fue Raúl quien apurado por el deseo tomó la iniciativa y sirviéndose medio vaso retó:

—¡Fondo blanco!

—Ah, no, ¡te tomas el vaso completo! —discutió Andrea.

Raúl lo llenó.

Ambos tomaron y, como la primera vez, Raúl ganó de nuevo. Andrea se incorporó nuevamente, bajó la cremallera que sostenía su minifalda. Se despojó de ella con tanta delicadeza y sensualidad que Raúl sentía morirse al ver ese hermoso cuerpo que pronto sería suyo. El juego continuó.

Raúl perdía la motricidad, le temblaban las manos; iba a sacar la cocaína de su bolsillo, pero Andrea le prometió:

—Déjala así, juguemos esta ronda, si me ganas seré tuya, pero nada de drogas —y sirviendo lleno el vaso se lo entregó a Raúl.

Su seguridad partía de la inocente información que le proporcionó su profesora, asegurándose de que algunos de los síntomas previos al envenenamiento eran dificultad respiratoria y pérdida de motricidad.

Andrea, semidesnuda, miró fijamente a Raúl a sus ojos y continuó el juego:

—¡Fondo blanco!

Raúl con sus dos manos tomó el vaso, pero sólo alcanzó a beber la mitad de su contenido porque cayó al piso ahogándose en terribles convulsiones. Con sus manos en el cuello musitó:

—¡Ayúdame!

Andrea se acercó a él y con desdén le dijo:

—¡Vete al infierno!

Dos minutos después, el cadáver de Raúl yacía en la sala de la casa de Esneda López, mientras que Andrea botaba el vaso con su contenido, tomaba un café negro bien cargado y cambiaba sus ropas por otras más convencionales y, a fin de evitar sospechas, gritaba:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

La patrulla de la Policía llegó quince minutos después, e interrogándola consignaron en su informe como posible causa del deceso: “Sobredosis de alcohol con estupefacientes”. Cinco horas después llegaron los investigadores forenses, quienes venían de una agitada noche de trabajo durante la que habían levantado los cuerpos de al menos veinte personas, fallecidas violentamente a causa de la intensa guerra que libraba el cartel de Medellín en contra de sus enemigos.

Al entregar el cadáver a doña Aurora Henao, madre de Raúl, el informe forense registró: “Fallo cardíaco respiratorio provocado por consumo de licor adulterado y estupefacientes”. Andrea respiró tranquila.

Su vida presentaba un nuevo horizonte, lejos del hombre que le hizo daño y cerca de la mujer que amaba. Sólo pedía a Dios que le permitiera ser feliz y olvidar, olvidar, olvidar.



# EL VIEJO Y *EL WHITE*

Nóvile Humberto García Soto



Conducía su camión por la localidad del Boloalíza, un pequeño poblado agrícola situado a orillas del río El Bolo, rodeado de grandes y extensos cultivos de caña de azúcar, maíz, sorgo, frijol y soya, entre los municipios de Palmira y Candelaria, en el Valle del Cauca.

En aquella población, la gente lo saludaba moviendo las manos, pues era un señor conocido, atento y formal; les devolvía el saludo tocando las cornetas de su *White (way)* 1945. A pesar de lo antiguo, su camión era uno de los mejores carros de la región, pues lo remodelaba con frecuencia para poder viajar por todo el país; de hecho, venía del ingenio azucarero Mayagüez, en Candelaria, donde había cargado doscientos quintales de azúcar con destino a la ciudad de Valledupar. Allí pensaba llegar a trabajar en la cosecha de algodón en el municipio de Codazzi.

Minutos después de continuar su recorrido, vio que, volando a muy baja altura, venía en descenso hacia el *White* una avioneta monomotor; pensó que era una broma y, en un abrir y cerrar de ojos, cayó sobre él, incrustándose entre la cabina y la carrocería. Esto produjo un aparatoso y lamentable accidente, donde el único muerto fue el piloto de la aeronave; el sujeto había muerto minutos antes del

choque, tras haberse intoxicado con el veneno que segundos antes esparcía en un cultivo cercano. Dentro de las latas retorcidas del camión y la avioneta, fue rescatado inconsciente el viejo conductor del *White*, quien milagrosamente se salvó; solamente una pequeña herida en la frente y otra en el pómulo derecho fueron sus lesiones. Este día marcó el inicio de una serie de accidentes e incidentes en su vida.

Tiempo después, el hombre reparó el camión. Lo pintó de gris plata y lo decoró pintando el borde de la carrocería de rojo con una franja amarilla; las arañas de hierro calado sobre los que van los riñones, de color blanco hueso, y los rines, fucsia. Esto hacía ver al *White* más llamativo, tanto así que impuso una moda en los camiones del lugar, pues hasta sus llantas boleaba con betún.

Pasó mucho tiempo entre un viaje y otro, recorriendo las diferentes zonas del país. El viejo TEN vivía orgulloso de su *White*. Decía que “igual a mi *White* no hay”, y era verdad.

Don TEN era una persona de muy buen corazón, querido por todos, especialmente por sus hijas. Una de ellas, Amparo, era la esposa de un buen agricultor japonés de nombre Emura Kikutake. Su hijo menor, Jorgito, y sus sobrinos Henry, Gerardo, Edison, Harvey, *Pepe* y Eyder, lo estimaban bastante. Ellos lo ayudaban a lavar, pintar y arreglar el camión, mientras Luz Mercy y Amanda, sus sobrinas, preparaban succulentos sancochos de gallina ahí en medio de la calle. Él les profesaba ternura, además de una gran lealtad hacia su familia y amigos. Donde llegaba era bien recibido y atendido. Fue uno de esos camioneros de aquel entonces. Era un señor, en toda la extensión de la palabra.

Algunos años después emprendió un viaje desde Palmira, en su *White*, con un cargamento de quintales de azúcar con destino al puerto de Tumaco, en Nariño, para regresar desde allá con un viaje de ganado vacuno para la población de Roldanillo, en el Valle del Cauca. En el transcurso de ese viaje por carreteras destapadas o de terracería, y que debía hacerlo en muchos trayectos, pasó por la ciudad de Popayán, donde gustaba comer siempre unas sabrosas empanadas de pipián y llevar un mate de manjar blanco, comprado en la fábrica de dulce payanés. Le gustaba comerse el manjar blanco introduciendo el dedo en el dulce y llevándolo

a su boca, chupándosele con la calma y sosiego de siempre. Al llegar a la población de Rosas, en el Cauca, se quedó a pernoctar allí durmiendo encima de los bultos de azúcar. Muy temprano se levantó al día siguiente, se lavó la cara y en un kiosco de comidas se tomó un buen café negro y caliente, que acompañó con un delicioso pandebono que había comprado en Palmira. A eso del mediodía, transitaba por el Valle del río Patía en medio del calor abrasador. En el Bordo, Cauca, se tomó una limonada fría preparada en agua mineral para mitigar el abrumador calor que allí se sentía. Aprovechó para revisar llantas. Siguió su camino rumbo a Pasto, Nariño, pasó por el estrecho del Cauca, y cruzó más adelante el puente sobre el gran río Patía, llegando a Mojarras; se adentró por la que entonces era la única vía que comunicaba la capital de Nariño con el resto del país, pasando por La Unión y Buesaco. Luego, bajó y subió las espirales que forman la carretera en el descenso y ascenso del cañón. Amaneció en San Juan de Pasto en un hotel, puesto que el frío que hace allí no permite hacerlo en el carro. Al día siguiente se levantó, se aseó, tomó café tinto y emprendió de nuevo el viaje. Se extasiaba observando los cultivos de papa, trigo, cebada, avena, zanahoria y otros, que cuando están adultos florecen con hermosos colores y forman una especie de gran colcha de retazos en las colinas circundantes de las carreteras. Descendió hasta Pedregal, donde hoy en día se bifurca el camino hacia Ipiales y Ecuador por el ramal sur, y hacia el oeste en dirección a Túquerres y Tumaco. Allí volvió a tomar café, que acompañó con unas hojaldras grandotas, hechas de harina de trigo de la región que allí venden. Pasó la revisión de aduanas que siempre hacen, se enrumbó por la carretera que, bordeando precipicios de hasta más de cuatrocientos metros, asciende en forma serpenteante hacia Túquerres en medio de una densa niebla. Don TEN conducía su *White* en forma lenta dado lo peligroso del trayecto. Al llegar a la población almorzó un suculento plato de cuy asado, típico de la región, acompañado de un buen caldo bien caliente de papa pastusa con costilla de res, ya que allí hace un frío aterrador. De nuevo agarró camino rumbo a Tumaco.

En ese entonces la carretera estaba destapada, casi una trocha, hasta que llegó a El Diviso, un caserío en el cual paró a tomar algo frío que le quitara el ardor en la boca, producto de la comida caliente

que se había comido en Túquerres, pues la molestia sólo se siente al llegar a clima más cálido. Estaba en esas en un gran kiosco que había allí, en el cruce de caminos, cuando notó que una llanta delantera se le había bajado de presión. Fue hacia *El White*, abrió la caja de herramientas, sacó la manguera para el aire, la conectó y empezó a henchir la llanta, cuando de pronto se escuchó un gran estruendo y don TEN voló como siete metros, cayendo estrepitosamente sobre la carretera con su cara y el pecho marcados por el aro del rín, que se había salido y lo había arrojado contra el piso. Las personas que allí estaban lo auxiliaron y lo llevaron a Túquerres prontamente, pues estaba sin conocimiento. Los médicos dictaminaron que había fenecido y lo ingresaron en un cuarto frío del hospital, en espera de que algún familiar lo reclamara.

Día y medio después don TEN se levantó con mucho frío y, al verse rodeado de otras personas que estaban muertas y destrozadas —pues habían fallecido en el accidente de un bus de escalera, o *chiva*, que se había despeñado por el cañón del río Guáitara; el mismo que él había transitado dos días antes—, corrió pesadamente buscando la salida. Al llegar a la puerta y tratar de abrirla, se topó a la enfermera de turno que en ese instante hacía lo mismo porque estaba de ronda e intentaba entrar al cuarto. No se sabe cuál de los dos corrió y gritó más: si ella al verlo allí parado con su cara monstruosa por la hinchazón que le produjo el golpe, o él, al verse en medio de tantos muertos.

Lo cierto es que ella huía de él y TEN de sus compañeros de cuarto. Por fin todo se aclaró y fue dado de alta, en precarias condiciones, no sin antes haber reclamado el acta de defunción suya, que ya estaba elaborada, para poder sustentar su anécdota. Tomó un campero que lo llevó a donde su amigo *El White*, se bajó en el kiosco que allí había y nuevamente causó pánico en las personas que se encontraban allí; una se desmayó, pues tenía conocimiento de su muerte. Vinieron los pellizcos para cerciorarse de que en verdad estaba vivo.

Al sentirse mejor don TEN fue a organizar su camión y mientras trabajaba en ello, cayó desmayado, convulsionando. En eso apareció en el sitio un señor que venía trotando, todo vestido de blanco, quien lo auxilió prestándole primeros auxilios. Le dio de beber leche bien caliente, que previamente habían hervido en el kiosco, la cual al

tomársela le produjo vómito y le hizo arrojar una gran cantidad de sangre coagulada, la que realmente lo estaba matando. Don TEN se repuso y, cuando reaccionó del incidente, buscó a la persona de blanco que lo había salvado para agradecerle, pero ya esta se iba alejando al trote por un sendero. Lo esperó todo el día a que regresara, y otro día más, pero no volvió a pasar. Nadie dio razón de él, pues era desconocido para todos. Al día siguiente esperó aún algo de tiempo tratando de verlo de nuevo, pero el hombre no apareció. Entonces, reanudó su viaje hacia Tumaco con mucho dolor en el pecho, los brazos y en la cara que aún estaba algo hinchada.

Llegó al puerto en horas de la noche. Descansó en un hotel que tenía vista al mar, se quedó un par de horas observando el oleaje que golpeaba la playa y recibiendo ese aire salino en su rostro. Dio gracias a Dios por permitirle seguir con vida, se acostó dejando el ventanal abierto para escuchar el sonido del mar. Temprano se levantó a dejar la carga en el muelle pues sería llevada a Esmeraldas, en el Ecuador, en una pequeña embarcación. Se dirigió luego a cargar el ganado para Roldanillo. De regreso paró nuevamente en el lugar del accidente para volver a esperar al señor de blanco. Estuvo un día entero con su noche, amaneció y esperó otras horas pero no llegó. Pensó: “para qué lo espero, si todo el tiempo ha estado conmigo”. Tres días después, cuando llegó a su hogar, contó lo sucedido y todos estuvieron de acuerdo en que Jesucristo en persona lo había favorecido. Descansó varios días, su historia se volvió famosa y se regó como pólvora; él mostraba orgullosamente su certificado de defunción, documento que hizo enmarcar y colgó en la sala de recibo de su casa.

Semanas después, reanudó sus viajes a través del país, donde no faltaron algunos pequeños incidentes, de los cuales siempre salía bien librado. Algunos años después se dirigía hacia el puerto fluvial de Barranquilla, Atlántico, con un cargamento de hoja de tabaco rubio que había cargado en Ambalema, Tolima. Este sería llevado a los Estados Unidos en un buque carguero. Después de haber atravesado las hermosas montañas antioqueñas, y encontrándose sobre las sabanas de Córdoba, a la altura de los municipios de Planeta Rica y Buenavista, se le reventó la caja de la dirección y el *White* se fue sobre un bus de Torcoroma que cubría la ruta Magangué, Bolívar, un puerto sobre el Magdalena, hasta Tierra

Alta, departamento de Córdoba; se escuchó el crujir de latas retorcidas, chillidos y lamentos. Todo el costado izquierdo del bus y del camión quedaron destruidos, hubo algunos heridos y contusiones leves en las personas que allí viajaban. Don TEN se bajó de su *White*, primero a disculparse, y luego a tratar de llegar a un acuerdo. Pero, ¡oh sorpresa!, los pasajeros del Torcoroma empezaron a gritar y a abuchear al conductor del bus: “cachaco maluco, nos quieres matar, mira como dejaste el camión del pobre señor, y casi te sales de la vía y nos tiras a un arroyo”. Al oír esto, don TEN se mantuvo callado y cometió tal vez el único acto ilegal de su vida al no decir nada de la falla del camión, faltó a la verdad del accidente, pero lo hizo más por instinto de conservación, pues en la Costa, cuando hay accidentes, las personas reaccionan de manera violenta. Quedaron en que cada uno arreglaba su propio carro y, como sea, don TEN ganó sin proponérselo; arregló su carro, terminó su viaje y se regresó con una carga de tubería de PVC para Cali. Después de descargar, tomó la determinación de que no volvería a viajar lejos, pues pensó: “ya estoy viejo, y tú también mi buen amigo y querido *White*, eres mi mejor amigo y compañero de mi vida, y no quiero que los dos nos quedemos por ahí tapando un hueco, lejos de nuestra casa”.

En los siguientes años, viajó siempre desde Palmira, transportando azúcar, a ciudades que no quedarán a más de cinco horas de camino. En uno de los tantos viajes, al regresar a Palmira, guardó su camión a las seis de la tarde, no sin antes despedirse de él. Lo sobaba y le decía: “*White*, definitivamente amigo como tú no hay”. Tomó su bicicleta Raleigh, marco 24 —que era su otra reliquia, aparte de un Fiat Topolino, que llenaba con su gran corpulencia—, pedaleó de regreso a casa, llegó, saludó a su esposa cariñosamente y se sentó en su reclinomática, mientras ella traía sus chanclas y agua tibia para que descansaran sus pies. Cuando regresó, lo encontró dormido, lo movió y no obtuvo respuesta. Derramó sinceras lágrimas. El viejo TEN<sup>1</sup> feneció plácido y sonriente, sin sentir el más mínimo dolor. Su sepelio ha sido el más multitudinario y apoteósico que haya

---

1 TEN, en inglés, es diez (10): esa es tu calificación de vida. Descansa en paz don Tulio Enrique Navia (don TEN). Siempre te he considerado mi segundo padre.

habido en Palmira. Asistieron empresarios del transporte y camioneros de todas partes hicieron sonar las cornetas de sus camiones en su honor y despedida.

La ciudad se paralizó en su mayor parte por espacio de siete horas. Fue paseado en la máquina del Cuerpo de Bomberos, seguido de su viejo amigo, *El White*, el cual jamás volvió a viajar.



# QUERIDA AMIGA

Blanca Hernández



Mi querida amiga:

Llevo dos años que no sé nada de ti. Cómo te estará yendo, cómo habrás pasado las navidades, qué harías el día de tu cumpleaños, qué será de tus hijas, será que las condiciones de salud de tu esposo habrán mejorado, o si habrás decidido, por fin, separarte de él como pensabas hacerlo —por aquello que tantas veces quisiste contarme y no te atreviste— y que considero ha sido tu único secreto para conmigo.

Este cuestionamiento me lo hago a medida que pasan los días, recordando las fechas que solíamos compartir cuando estábamos en iguales circunstancias, o sea, cuando yo gozaba de mi libertad. Pero al parecer estas rejas tienen un gran poder de separar, de aislar, de suplementar. Igual que de cambiar los sentimientos de las personas, así como nuestro futuro, aquel que teníamos planeado.

Amiga, casi a diario recuerdo las veces que llorábamos al pensar que formaríamos un hogar —nos casaríamos, tendríamos hijos y nos iríamos a vivir lejos la una de la otra— que nos visitaríamos una vez cada mes y nos llamaríamos, no sabíamos con qué frecuencia. Ese recuerdo vino a mi mente en estos días, también la promesa que

un día nos hicimos, ¿recuerdas? Nos prometimos que si yo moría antes —y eso fue después de tener nuestros hijos—, tú cuidarías de mis hijos y que si tú morías primero, yo, igual yo me haría cargo de tus hijas como si fueran mías. El día que eso sucediera, íbamos a demostrar verdaderamente la fuerza de nuestra amistad, incluso el día que nos pasamos buscando una casa que tuviese dos pisos —uno para ti y otro para mí—, para poder estar juntas en caso de que a alguna de las dos las cosas no salieran como deseábamos; como no logramos conseguirla, nos abrazamos y nos prometimos lo siguiente: no importa la distancia, cuando nos necesitemos no habrá obstáculo para acudir a nuestra ayuda. Y si estas promesas no me las soñé, ¿por qué te olvidaste de ellas ahora que más te necesito? ¿Por qué mis hijos tampoco saben nada de ti? Pues no me he muerto y, sin embargo, estoy ausente de ellos, y eso también cuenta. Lo peor es estar viva y verte faltar a tus promesas. Sé que estás en algún lugar y no sé si esto debe alegrarme o entristecerme, ¿cuál de las dos cosas es peor? Porque si no estuvieras en algún lugar, justificaría tu actitud y sabría que no faltaste a tu promesa. Pero no... quiero que aunque hayas faltado a tus promesas, te encuentres bien, así no sepa dónde estás.

Amiga, qué triste es no poderte contar personalmente cuántas cosas he vivido en este lugar y ver tu cara de asombro por cada anécdota que te pudiera relatar. Recuerdo mucho tu mirada, esos ojos que abres más cuando algo te asombra. Recuerdo también tu preocupación constante por mi bienestar, tanto espiritual como físicamente. Amiga, en ti no encontré defectos y si a mí me hubiesen gustado las mujeres, tú serías mi pareja ideal, o mejor, si Dios te hubiera hecho varón, serías mi otra mitad. Porque eres un maravilloso ser humano: aparte de ser generosa, humilde y otras cualidades, eres muy bonita; tus ojos grandes y negros, tus cejas tan pulidas y bien formadas, tu cabello negro azabache, hasta tu corta estatura está acorde con tu cuerpo, tu sonrisa tan amplia, tus dientes tan blancos... Todo esto forma el conjunto perfecto de mi gran amiga. Y lo mejor, lo más resplandeciente en ti, es tu corazón siempre translúcido para mí. Por eso yo jamás podría ocultarte nada, y pensando en todo esto recuerdo que antes de venir a este lugar algo te preocupaba mucho, y sé que muchas veces quisiste decírmelo, pero vine a este lugar y me

quedé con la intriga de saber cuál era el motivo que te tenía así. Sé que al verme en estas circunstancias no quisiste preocuparme con ello, pero me pregunto si podré saber eso que te tenía como estabas. Karina, mi *Kary*, como siempre te he llamado, y te rectifico, mi *Kary*, porque sabes que sólo te llamaba Karina cuando algo me enfadaba de ti y no quiero que pienses que estoy enfadada. No, sólo triste. Como te decía, mi *Kary*, qué falta me haces para contarte, y más que eso confiarte como siempre todo lo que me ha pasado desde mi llegada a este lugar. Pero si esta carta llega a ti, como espero suceda, te contaré un poco.

De este lugar te cuento que es todo lo gris, feo, triste y aburrido que te puedas imaginar. Bien le queda el nombre de “cementerio de los vivos”, y con eso te digo mucho y poco a la vez. Al llegar a este sitio perdemos la tercera, la cuarta o mejor dicho, la mitad de, y hasta más, de lo que teníamos y disfrutábamos; y lo digo por mi propia experiencia, pues mi esposo, de los veinticuatro meses que tengo acá, lleva veinte meses evadiéndome. No viene a visitarme, no pasa al teléfono, y si por casualidad contesta, es cortante y me dice: dejemos así que cuando salgamos hablaremos y aclararemos lo nuestro. Le he escrito, pero no obtengo una sola línea de respuesta. Mis hijos se fueron a vivir con mi madre, y los motivos que me dieron era que yo les hacía mucha falta, que en la casa había un vacío muy grande y que buscaron un poco de calor donde mi madre. También he notado que la relación de ellos con Santiago se ha ido enfriando y se han ido aislando; lo noto cada que toco el tema de su padre con ellos y esto es lo que más confundida me mantiene, ya que como tú sabes, teníamos un lindo hogar, nos amábamos y nuestros hijos nos respetaban y aceptaban nuestras normas, que más que normas eran consejos. Pero tú ya sabes que el amor termina donde empieza la desconfianza, y yo, ya hace rato, empecé a desconfiar de Santiago. Si estuvieras a mi lado, estoy segura de que ya estarías indagando en qué anda o qué es lo que me separa de mi querido esposo o ex. ¿Qué será lo que lo tiene así?



*Kary*, quiero llamarte y llevo días averiguando por ti. Tuve que valerme de algunas mañas para saber qué pasa contigo. Estoy segura de que pronto te localizaré, porque no soporto más tu silencio y tu ausencia. Sé que no quieres esconderte de mí, por eso quiero saber los verdaderos motivos de tu distanciamiento. Sé que algo grave te ocurre y llegaré hasta ese motivo, aunque sea desde acá.



*Kary*, día a día escribo un poquito de esta carta esperando saber a dónde la enviaré; porque si antes tuve tanto tiempo de escucharte, ahora no sólo me sobra para escucharte sino también para escribirte. Pensaba que mis cartas serían la respuesta a muchas cartas enviadas por ti, pero nunca creí que serían simplemente unas líneas sin una dirección a donde remitirlas.



*Kary*, otro día más, pero hoy me dieron buenas noticias. Cada vez estoy más cerca de hablarte. Hoy me han asegurado que mañana me dirán tu paradero. No sabes la inmensa alegría que sentí porque mi carta por fin llegará, porque sabré de ti. Y lo primero que pregunté era si estabas bien. La respuesta que me dieron me alegró aún más cuando me respondieron: “está mejor que usted y..., ¿de verdad quiere hallarla?”. No entendí muy bien el tono en que me lo dijeron, pero no importa, el sólo hecho de saber de ti, llenó este día de felicidad. Ya quiero que sea mañana mi *Kary*, estoy feliz. Sé que esta carta por fin llegará y quiero terminarla cuando sepa de ti.



Karina, Karina..., y sabes que sólo te digo así cuando algo va mal, cuando las cosas no son lo que esperamos la una de la otra. Y ya sabes por qué no van bien. Ahora no somos tú y yo. O eres tú o soy yo. Ni en este mundo ni en mi vida ya hay espacio para las dos. Ese

tú y yo, ya no encajará jamás. Nunca esperé que llegara este día. Este golpe tan bajo, este dolor tan hondo y tan doble..., y digo doble porque es por dos lados: tú y Santiago..., juntos..., ¿juntos, Karina? Ahora todo tiene el sentido que no tenía. En un día todo encajó. Lo que no encajó en dos años o en quién sabe cuánto tiempo más. Ahora entiendo el querer dejar a tu esposo, el que algo te inquietaba y querías decírmelo, el que mis hijos se fueran de casa, y hasta el que yo esté en este lugar. Todo esto en un día, hasta enterrar en mi corazón a aquella que creí mi mejor amiga, mi confidente. La que se llevó mi felicidad, mis anhelos, mis esperanzas, mis sueños, mis ganas de vivir, de luchar, mi fe en un mañana y la culpable de que diga a gritos: ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito este lugar que me amarra las manos, mientras me arrancan el corazón!



# JAMUNDÍ



Miguel Antonio Ramírez  
Director del taller



# GOTAS

Doris Suárez Guzmán



Otra vez mamá está llorando sin un sollozo. Se parece al lavamanos de nuestro apartamento que gotea. *Plas. Plas. Plas.* Gotas pacientes, rítmicas, precisas. Mamá dice que a la llave se le rompió el empaque, pero olvida comprarlo y luego se lamenta cuando llegan las cuentas.

No sé cómo hará mamá para llorar sin que se le salgan los mocos. A mí, en cambio, me inundan y a veces no me dejan respirar por la nariz, como la profesora dice que debe hacerse. Por eso casi nunca lloro, ni siquiera cuando veo a mamá sentada en la mecedora de la sala, con la mirada fija en el vacío, mientras sus lágrimas caen pausadas y firmes. Ella parece no darse cuenta. Creo que es por la falta de mocos. ¡Pobrecita!

Ahora está deprimida porque volvió a reñir con Óscar, su último novio. Yo la entiendo, porque también me pongo triste cuando estoy enfadada con Tina. La última vez se enojó porque se me derramó la leche en su cartilla. Fue sin culpa. A veces hago movimientos muy rápidos y no me fijo en lo que hay en torno mío. Ni siquiera aceptó que le ayudara a secarlo. Me sentí muy mal ese día. Peor que cuando me toca comerme la ahuyama mientras mi mamá me mira. Luego me disculpé y sellamos la reconciliación con

nuestra clave. Decimos, “*chas, chas*, que vuelva la paz”, chocamos los nudillos y desaparece como por encanto el enojo.

Óscar es un señor alto y muy guapo, parece un actor de la tele. Tiene ojos claros y una sonrisa blandita cuando mira a mi madre. Ella se siente orgullosa de él, especialmente cuando nota la mirada de envidia de sus amigas. “Pero Óscar no me quiere, me tiene *cosa*”.

Eso mismo dice *Tina* cuando le pido que acaricie a *Mentiras*, mi perrita pincher. Le puse ese nombre porque cuando mamá me la regaló casi recién nacida, era pequeñita y delicada, parecía un cervatillo en miniatura, parecía eso, de mentiras. Pero *Tina* no es capaz de acariciarla. Ella dice que le da “cosa”. Cuando le pregunté qué es “cosa”, me respondió que es una sensación extraña, que no era ni asco ni miedo sino una especie de corrientazo, un erizamiento raro y feo. Yo sé que es verdad porque *Tina* ha intentado tocar a *Mentiras* y cuando su mano está muy cerca de su suave piel castaña, una fuerza extraña hace que la mano se le retire, como si algo la empujara y la repeliera. Eso es “cosa”. Por eso creo que yo le doy “cosa” al novio de mi mamá. Óscar es distinto a los otros amigos que ha tenido. Ellos me traían juguetes y chocolates, me cargaban y trataban de ser agradables conmigo, pero, Óscar no, Óscar me tiene “cosa”.

Anoche vino Óscar. Los ojos de mamá se iluminaron y a pesar de sus párpados algo hinchados, estaba hermosa. Se encerraron en la habitación. Siempre que lo hacen yo me quedo leyendo historietas, armando rompecabezas o jugando con *Mentiras*. Qué suerte que está conmigo y no se enoja nunca. Es con la única que puedo conversar ahora que no veo a *Tina* porque estamos de vacaciones escolares.

Otra vez volvieron a discutir por algo de un viaje.

En la mañana, mamá continuó con su goteo incesante. No hice preguntas. En realidad no he vuelto a preguntar desde la tarde en que la interrogué tanto, que parecía que estuviera jugando a la araña. Es un juego donde una pregunta se teje con la otra hasta el cansancio. A mí me parecía muy chistoso, pero a mamá parece que no. Así es que cuando en el juego me vi obligada a preguntarle por qué murió don Simón, me contestó: “por preguntón”, y lo dijo en un tono tan molesto que no me dejó ninguna duda de su enojo y allí terminó mi diversión. No me atreví a preguntarle a *Tina* si de verdad

uno se puede morir de “preguntería”. Ella dice que a veces soy muy intensa. Creo que hago bien en aguantarme, no quiero morir por eso.

Cuando regresó el novio de mi mamá yo ya estaba en la cama. Desperté cuando estaban discutiendo. Mamá le rogaba que bajara la voz, pero a él parecía no importarle porque cuando salió le dijo: “no esperaré más, Isabel, tendrás que decidirte”. Esa fue su despedida. Lo escuché claramente. Después de eso no dormí más. *Mentiras* también escuchó. Saltó de su cama y me miró fijamente con esos ojos negros, como sin pupila, que tanto me conmueven. ¡Es tan tierna!

Por la mañana mamá volvió a llorar como siempre, con ese goteo de llave sin empaque que tiene. Sus lágrimas hoy parecen más gruesas y caen pesadas una tras otra. *Plas, plas, plas...*, mientras que mira algo que yo no veo. *Tina* dice que quizás mira hacia adentro, por eso no se fija en mí. No entendí, y esta vez tampoco pregunté. Mamá puede permanecer llorando durante varias horas, quieta o meciéndose como si nada existiera, y de repente, ¡zas! Las lágrimas dejan de caer. Pareciera que se le agotara el pozo que lleva dentro. ¿De dónde saldrán las lágrimas que a veces duelen? *Tina* no cree que mamá lllore y no le salgan mocos. ¡Pero es verdad! Lástima que no pueda demostrárselo.

Mi madre parece tranquila. Hace los quehaceres como un robot. Como estoy de vacaciones, ya no me regaña por las tareas ni se afana porque no me levanto temprano. Desde hace unos días es una máquina que ríe cuando viene Óscar, y llora cuando él se va. Es como mi conejito que deja de golpear el tambor cuando se le acaban las baterías. Así es mamá. Su novio es el botón que la apaga y la enciende. ¿Y yo qué soy, sus pilas?

Tengo miedo. Mamá empezó a empacar después de que Óscar salió. Habían discutido un poco en el dormitorio. Luego hubo silencio y susurros y cuando se despidió, la abrazó y le dio un beso apretado. Parecía feliz. Mamá hizo un gesto parecido a una sonrisa. Como el que *Tina* dice que uno debe hacer por educación cuando alguien cuenta un mal chiste. Luego ambos se miraron, y por primera vez Óscar me acarició la cabeza y no le dio “cosa”, como dice *Tina* cuando quiere tocar a *Mentiras* y no puede.

Es extraño, mamá volvió a llorar, pero esta vez sí me miró con esos ojos dulces que a veces pone. Se arrodilló para abrazarme y sentí caer sus lágrimas sobre mi espalda y en mis hombros. Iba a quedar empapada, pero no importó. Yo me acurruqué entre sus brazos y quise volverme tan pequeñita como *Mentiras*.

Creo que a mamá definitivamente se le rompió el empaque, pero también que es una gran suerte que no le salgan mocos.

# COSTUMBRES

Doris Suárez Guzmán



Marina cumple orgullosa con su ritual diario. Deja la *Biblia* en el suelo como si fuera una carnada. Entrecruza sus manos y las pone a lo largo de su cuerpo en actitud de espera. Las conoce a todas, pero no llama a ninguna. Ahí está su señal. Mira de reojo al suelo, mientras corrobora satisfecha cómo, poco a poco, se va formando un círculo en torno a ella.

La ansiedad se percibe en las miradas de las mujeres. Se huele su angustia de náufragas. La misma que las impulsa a congregarse y suplicar lo imposible. La misma que las lleva a creer que las palabras tienen el poder de transformar una realidad indeseable. La fe es su único salvavidas y a ella se aferran.

Diariamente la ritualidad se repite. Leen versículos genialmente interpretados de acuerdo con sus intereses, elevan cantos de alabanza, invocan desesperadamente a la alegría y dan gracias a su dios por haberlas elegido y ser sus favoritas.

Al terminar el rito, cada una regresa a su nicho solitario a mascullar maldiciones y despellejar al prójimo.



# LÓGICA

Doris Suárez Guzmán



Para paliar un poco su sentimiento de culpa por no poder permanecer mucho tiempo en casa, mi amigo Alejandro decidió compensar sus largas ausencias laborales saliendo un domingo al parque con su pequeño hijo de tres años. Allí, junto a otros padres, mientras los infantes jugaban, observaban orgullosos a sus vástagos, compartían elogios mutuos, admiraban la inteligencia de sus hijos y el enorme parecido que tenían con ellos, sus progenitores.

De regreso a casa, se detuvieron un momento en la tienda de don Arturo, un hombre bonachón y muy amable, aficionado al fútbol, con quien Alejandro se actualizaba de las novedades del barrio e intercambiaba comentarios deportivos. El tendero, al notar que el niño miraba fijamente un racimo de apetitosos bananos, generosamente desgajó uno y se lo obsequió al infante. El niño agarró ávidamente el banano como si alguien pudiera arrebatárselo y se quedó mirando insistentemente a don Arturo. Alejandro, un tanto abochornado porque su hijo no daba las acostumbradas “gracias”, volteó a mirar al niño, agrandó sus ojos y con una sonrisa expectante le dijo:

—¿Cómo se dice?

El niño miró al papá, luego alargó el banano hacia el tendero y en tono muy serio le dijo:

—¡Pélemelo!

# DÍAS DE LIBERTAD

Adriana Segovia P.



*Ten misericordia de nosotros, oh, Dios,  
porque estamos muy hastiados  
del menosprecio de los soberbios.*

SALMO 123

¿Me preguntas qué pasó? No lo sé, aún lo ignoro. Sólo sé que era uno de esos días abrumadores, de mañanas frías y lluvias intensas. Frío hermético acompañado de una desolación profunda. Las gotas de lluvia se pegaban a los techos, bajaban lentamente una a una, como si quisieran revelarte la angustia letárgica con que transcurren las horas. Las observé caer, tratando de llenar el miserable tiempo de la cárcel.

Sí, así era el día en que la vi llegar. Era joven y de rasgos delicados, ojos castaños y acaramelados, delgada, frágil, casi inexistente.

¿Que si era bella? No lo sé. Sólo sé que en sus ojos no había lluvia, eran dos espejos donde pude ver reflejado lo que yo era, y te aseguro que no me gustó lo que vi.

No, no lo malinterpretes, no le tenía rencor o envidia ni amor ni odio. Sólo que ella llevaba encima ese destino extraño que siempre la acompañó.

No se involucró con nadie, sólo solía sentarse y nos observaba, analizaba; la dejábamos estar... Tú sabes que acá a la mayoría le importa un comino su vida y la de sus compañeros. La gente termina acostumbrándose a la miseria y al padecimiento y nadie espera nada del otro. Sólo que a ella solías buscarla cuando sentías que la tristeza pesaba tanto que te cortaba el aliento, y la angustia de estar contigo mismo te ahogaba.

No es que te hablara cosas en especial, no; sin más se sentaba a escucharte y te miraba. Sus ojos, telarañas de ideas incomprensibles para mí, te hacían olvidar la única verdad: que éramos simplemente unos reos atrapados en un antro inmundo; y por momentos, construía un mundo a tu alrededor donde la esperanza era posible.

Sí, algo la conectaba misteriosamente con el sufrimiento de otros. Tal vez no era su voluntad, pero donde quiera que estuviera era el centro de atención. Tal vez por eso inspiraba que algunos la insultaran y le hicieran daño. Ella soportaba ese peso en sus hombros, con la callada rectitud de un penitente bajo el peso de la cruz.

Sí, reconozco que en varias ocasiones, sobre todo en las noches, a la hora cuando la oscuridad convoca a tus fantasmas y se libra la batalla contra la soledad, la hora en que los presos nos transformamos en espectros alucinados y queremos traspasar los barrotes y conquistar la noche, la busqué y, sin motivo alguno, le dije los más fuertes insultos que un alma agobiada puede otorgar. Sí, aún recuerdo sus ojos devastados por las lágrimas y la nostalgia en ellos, su miedo infinito, sus ojos, en los que ahora hay lluvia.

Ella sólo desea dormir y no despertar jamás, cubierta por el mismo dolor. Comprende que toda la vida ha sido una lucha en vano; las tinieblas temerosas habían triunfado sobre la luz.

Ella grita, llora y vomita al mismo tiempo; se agazapa en su camastro. Cierra los ojos y se descuelga a los abismos de sí misma. Lo único que desea es morir y terminar de una vez esta historia pesada y asfixiante.

Necesitas volver a nacer.

Ella abre sus ojos al escuchar una voz, y descubre un hermoso rostro, en sus ojos se refleja el fulgor de las estrellas y en su sonrisa un brillo eterno.

Ella se refugia en sus brazos y le dice:

“He sentido la risa de dicha del que se va, la risa de dolor y de hastío, la de burla y de las risas desesperadas; he olfateado todos los olores, el de la locura, el del amor y el de la soledad; he gastado el sabor de la represión y el de la vida y la angustia; he tocado manos generosas de hombre y otras de lascivia y locura; he vivido, pero no soporto más el dolor y el hastío. Yo los amo con todo mi corazón, deseo que sean libres, existir para todos, ser una brizna de materia revoloteando para el mundo y vagando en los laberintos de la eternidad”.

El buen maestro se sonrió, la tomó en sus brazos y le dijo amorosamente: vuelve al mundo, estarás hecha tanto de lágrimas como de alegrías.

Sí, recuerdo que era un día de lluvia, cuando los guardias sacaron su cuerpo desnudo. Pude ver su rostro cetrino y en sus ojos aún abiertos, te podías ver. Sí, estaba bellísima.

No, no sé por qué causas murió; tal vez el hastío y la soledad la habrían llevado a suprimirse en un acto súbito y repentino.

No, no me preguntes qué ocurrió, no lo sé, no sé con qué se rellena la soledad o de qué diccionarios sacan los hombres la palabra libertad; no sé si ella existió o si tiene que ver con que ahora transcurran las horas más rápido, no lo sé. Que sienta que nuestro final es sólo el principio; y tampoco sé si ese aleteo que ahora crece en mi pecho es por ella..., no lo sé; sólo sé que ahora que no está, en estos insostenibles días de lluvia, al caer las gotas veo ahora que no caen efímeras, veo cómo se transforman en charcos de ilusión y se mezclan con nuestras lágrimas y sueños de libertad. Ahora en las noches, amigo, sonrío al recordar esos ojos de lluvia, que me acompañan en mi infinita soledad.



# A TI

Tatiana Aguiar



A ti que sigues allí...  
Que no dices y lo iluminas todo  
Que insistes en quedarte aunque no lo quieras  
Que sostienes en tu beso mi pasión.

A ti que te adueñas de mi tiempo y de mi calma  
Que acaricias con tus labios las palabras que yo amo  
Que vives en mis silencios más profundos...  
En las largas noches de desvelos..., en el alba y en el ocaso.

A ti que me atas el alma a tu cálida mirada  
Y me llenas de una dulce melancolía, que persigues mis pasos  
Cansados de buscarte en el olvido, que hallas consuelo en mi amor...  
A ti que sin saberlo siempre has estado allí...



# OLVIDO

Tatiana Aguiar



Difícilmente podemos comprometernos a olvidar  
Y callar infinitamente nuestras palabras más osadas.  
No podemos olvidar porque sencillamente  
Eso es todo lo que somos, recuerdos...

Porque cuando nuestra conciencia se pierde  
Y el presente es un hoyo negro que absorbe nuestro momento  
Sólo queda recordar, sentir callar y llorar de tanto sentimiento  
Rebosando el alma...

Comprometernos a olvidar sería como negarnos la vida misma  
Negar ante todo lo que somos y lo que sentimos  
Porque cuando olvidamos, el cuerpo envejece a pasos agigantados  
Por falta de recuerdos que alimenten el alma...

El olvido es un flagelo doloroso; como todo lo que ya no está.



# NI MIS PALABRAS TE TOCAN YA

Tatiana Aguiar



Ni mis palabras te tocan ya  
Y tu recuerdo se me va  
Como mariposa en vuelo...

Manché tu olvido  
Con el odio que cabe en este amor  
Que es tan grande como tu ausencia.

Ya no se trata sólo de mí  
Se trata del dolor y la melancolía  
Que ocupan el profundo vacío que dejaste en mí...

Aquí aún se sienten las tibias caricias nerviosas  
Se sienten interminables los besos pausados  
Y se siente..., como se siente sufrir al despertar.



# YA NO EXISTES

Tatiana Aguiar



Ya no estás, ¡pero me habitas!  
Ya no estás, ¡pero tu voz es mi arrullo!  
No existes, ¡pero eres mi fuerza al levantarme!  
Ya no existes, ¡pero cómo te recuerdo!

Te has marchado como el viento a recorrer nuevos mundos  
Y yo sigo aquí esperando tu regreso,  
Soñando con tus besos, caminando de tu mano,  
Extrañando tu abrazo, amándote el alma, amándote el corazón

Ya no existes, ¡pero te extraño tanto!  
Ya no existes, ¡pero tu recuerdo se queda conmigo!  
No existes, ¡y encuentro un vacío en el corazón!  
Ya no estás, es difícil entenderlo, ¡y cómo duele aceptarlo!



# OLOR FATAL

Anna Fausti



La luz de la Luna apenas ilumina la calle.

Un ruido a mi espalda me endurece los músculos del cuello, no me atrevo a voltearme, pero comienzo a caminar con mayor ritmo. El ruido de los tacones y el miedo no me permiten sentir lo que sucede a mi espalda, pero mis sentidos están alerta y sé que alguien me sigue.

Entro en pánico y empiezo a correr, las luces de un carro me obligan a disminuir el paso. Siento el corazón en la garganta e intento agudizar el oído para descubrir qué tan cerca está esa cosa desconocida, y con horror la siento encima mío. El calor de su aliento sobrehumano me llega como un vapor que cubre todo mi cuerpo.

Las piernas me tiemblan y pierdo el sentido. Cuando recupero el conocimiento, abro los ojos, pero la vista se me nubla, y vuelvo a sentir el aliento desconocido que esta vez está encima de mí. La visión se me hace más clara y distingo el contenido de mi bolso sobre mi cuerpo y entre estas cosas, está el chorizo preparado por la abuela que tanto insistió para que me lo llevara, el cual fue la causa de todo, porque el perro que aparecía delante de mis ojos no pudo resistir su olor y ahora que me ha alcanzado, come tranquilo sobre mi pecho.



# NOCHE INFINITA<sup>1</sup>

Anna Fausti



En esta noche infinita  
Un lindo reflejo  
Cálido y lánguido  
Me conduce a ti.

Magia sin truco  
Imán humano  
Natural y perverso  
Resplandece tu esencia  
Y me sacio de ti.

Bien soñado  
Anhelado, encontrado,

---

<sup>1</sup> Anna Fausti es italiana y habla español, pero como dice tener muchas dudas solicitó que se le permitiera escribir este poema en su lengua. La traducción de los textos que presentó la realizó con la ayuda de Doris Suárez y un diccionario de español-italiano/italiano-español. (Nota del editor).

Y perdido  
Tesoro escondido sin pista.

Camino sobre tus huellas,  
Sin embargo, la nada  
Me guía eternamente  
En esta noche infinita.

# NOTTE INFINITA

Anna Fausti



In questanotte infinita  
Un bel riflesso  
Caldo e lánguido  
Mi conduce a te.

Magia senzatrucchetto  
Calamita umana  
Naturale e perversa  
Risplende la tuaessenzia  
E mi sazio di te.

Bennesognato  
Anhelado, incontrato  
E perso  
Tesoro nascostosenzatraccio.

Camminosopra le tueorme  
Pero in niente  
Mi guida eternamente  
In questa notte infinita.



# PAISAJE ILUSORIO

Anna Fausti



Aquello que aparece ante los ojos de un eventual espectador es una imagen fresca y dulce, que por momentos contrasta con la otra Valeria, sensual y picante, y con el sueño y la realidad, la inocencia y la picardía, la adolescencia y la madurez que nunca se pueden escindir. Así como tampoco se puede dar respuesta a todos los interrogantes y las dudas de las que Valeria quisiera librarse, ya que todavía permanece en su mundo hecho de sueños y seguridad, del cual no logra salir para poder despegar el vuelo. Mientras tanto permanece socarrona en espera de cualquier cosa o persona que llegue a sacudirla para hacerla salir a la luz, a la incertidumbre y al encuentro con la madurez y a la ilusión de un mundo adulto.

Recostada sobre la cama con la pijama puesta, que parece la de una muñeca, Valeria está absorta en un torbellino de pensamientos. El lápiz entre los labios y la mirada fija, perdida en el vacío, la respiración que sale casi imperceptible del pecho, la hacen parecer mayor de sus catorce años.

Las fotos de las cantantes de moda enmarcan su mundo ilusorio.



# SÚPLICA

Nidia Consuelo Poveda



## I

*En la cárcel estoy, ¡Dios de mis padres!*, desde este calabozo te bendigo, ¿cómo no hacerlo, Señor, si a pesar de todo tú siempre estás conmigo?

Pero no estoy sola, Señor, son muchas las personas que sufrimos la opresión, la soledad, el abandono y el dolor. Por eso te hago hoy esta súplica: ¡Señor! ¡Vuelve la vista a la prisión!

Señor: no sé lo que deseo, lo que busco. A veces con la luz misma me ofusco, a veces en tinieblas veo mejor, a veces el reposo me fatiga y, cuando me muevo, a veces se mitiga lo que siente mi pobre corazón.

El llanto en ocasiones es dulzura; la sonrisa, repliegue de amargura; sarcástica blasfemia, la oración.

---

1 Los textos en cursiva son fragmentos de libros que leí y que me inspiraron.  
(Nota de la autora).

Así, oh, prisión, ¡no sé cómo llamarte! Y aunque mi corazón tu espada parte en mil pedazos al cavar en él..., no sé si mi vida está al borde del abismo y bebo a tragos largos el néctar de la hiel. *No sé si la ignorancia y la pobreza le arrancan a la vida más tristeza y un estar en una lóbrega prisión.*

Señor: siento que algo se muere en mí todos los días..., las horas que se alejan me arrebatan salud, amor, sueños, esperanzas y alegrías. Pienso: ¡yo no soy yo! Y te pregunto: ¿Señor, por qué me matas sufriendo tan lentas agonías?

No quise huir de la sentencia infame, porque es sentencia y mi deber lo ordena someterme al tormento, a la cadena, porque hubo un juez que lo dispuso así. Pero ante la patria de mis hijos, yo agacho humilde mi marchita frente, limpia de mancha estoy señor..., soy inocente, me siento digna de sufrir por ti.

## II

Tengo el alma dolida inmensamente porque el hombre que adoro está en prisión. Él sufre como yo mis penas, lleva arrastrando conmigo las cadenas que sin piedad un juez nos colocó; pasan los días, los meses y los años y no consigo tan siquiera verlo, sólo mis cartas le hablarán de mí..., de igual manera, yo en sus cartas veo el sufrimiento que padece allí.

Dios de mis padres, de poder supremo: yo te suplico, por el bien que adoro, no lo abandones, no lo dejes solo, no nos condenes a morir aquí. Si yo pudiera tan siquiera verlo..., si yo pudiera su mano acariciar, sería distinto hasta el azul del cielo y hasta mis horas pasarán de manera más fugaz.

Llevamos años sufriendo el abandono, llevamos años enterrados vivos, somos fantasmas del inmenso mundo, somos la sombra de lo que ayer fuimos. ¡Señor, somos cautivos! No desfallezco porque no soy débil. Tú me das fuerzas para seguir aquí, no permitas que mi amor sucumba a la desgracia por sufrir así.

Permite ya que el corazón descanse, del prisionero que sufriendo está, cuando en las noches nos acosa el llanto, cuando decimos: ¡por favor, no más! David se llama, como el rey que otrora

tocara para ti el arpa y el laúd. Este no toca, pero sufre y llora porque siente más cerca el ataúd.

### III

¡Oh, Dios!, quita la mano de aquel que me atormenta, del verdugo que acecha mi vida sin piedad, ¿no ves que ya no puedo y mi ilusión se va? Mi juventud se ha ido y es muy larga mi pena y no encuentro alivio en esta soledad.

¡Señor! Nos llaman iguales en este antro de muerte, que retumba en mi mente con un ardor continuo. Prisión que la tiene por ventura el asesino, monarca de la injusticia y la maldad. Como no tiene honor se goza y ríe de las palabras que estremecen mi alma. Él goza, yo agonizo, él oye en calma lo que hiel a mi pobre corazón.

Yo no estoy sola, Señor, muy cerca escucho ese grito maniático, asociado de blasfemias, de hablar desventurado que repite a diario el criminal, el vicioso y el ladrón. Pero..., ¿por qué lo hacen? Señor, ahora te digo, porque sufriendo ven este castigo infame y cruel, igual que yo.

¿Qué hago yo aquí? Yo soy extraña, como aquel que viajó a la tierra que no es suya, y siento frío, miedo y esa bulla que casi no me deja dormir. Pienso en aquel que amo y lloro. Sufro, me siento impotente y quiero huir.

Cuando me acuerdo de mi dulce infancia... de mis abuelos, de mi dulce hogar, de aquellas horas que feliz pasaba nunca pensaba a la prisión llegar. Ahora que me encuentro en ella y aquel que amo en la misma está, dejo volar mis sueños, mis ilusiones muertas..., sólo quiero que llegue mi amada libertad.



# EL CUERPO DE BENITO

Rosalba Clavijo Hernández



Mariana entró a su casa apurada y saludó a los niños, que ya habían llegado del colegio. Por eso el afán, pues no le gustaba estar ausente cuando los niños regresaban. Dio un vistazo por la sala de estar y notó un vacío en el lugar en que siempre estaba una porcelana, regalo de unos amigos —personas muy queridas por la familia—, que era la imagen de una japonesita. No preguntó nada, pues supuso que Gloria, la encargada de la limpieza, la había ubicado en otro sitio o le estaba dando el baño con jabón líquido que mensualmente se le hacía a las porcelanas de la casa. Por ese día, se olvidó de la japonesita y se dedicó a atender a sus hijos y a colaborarles con las tareas.

Al día siguiente, salió temprano para atender asuntos de la casa y a hacer la compra quincenal del mercado. Regresó a medio día para el almuerzo, y recordó al llegar a la casa que tenía pendiente saber de su querida porcelana. Dirigió una mirada al baúl sobre el que siempre estaba ubicada y no la vio. La buscó en los otros estantes y en los anaqueles de madera que dividían la sala del comedor y tampoco halló nada. Decidida a indagar sobre su porcelana que era la única que le faltaba, se dirigió a la cocina, donde Gloria se ocupaba en esos momentos del almuerzo de la familia y

de organizar las compras, y le preguntó por la porcelana. Muy extrañada y sorprendida la empleada contestó que ella no la había visto ni la había cambiado de sitio.

Mientras esto pasaba, llegó el bus escolar con los tres niños, dos mujeres y un hombre. Llegaron con su algarabía de costumbre. Mariana preguntó a sus hijos si habían visto a la japonesita; los tres negaron moviendo sus cabecitas pero ella notó una mirada significativa en los ojos de Carolina, la segunda de sus hijos, dirigida hacia la más pequeña. Dándose cuenta de que algo sabían, les preguntó nuevamente, no sin antes aclararles que si decían la verdad, no los castigaría, a lo que Carolina decidida contestó:

—No nos puedes castigar, pues no hay cuerpo del Benito.

A lo que la madre, un tanto divertida y sorprendida, preguntó de qué se trataba y que tenía que ver el cuerpo de Benito.

Nuevamente su hija, con la sinceridad y ademanes propios de los niños, le explicó que ella había escuchado, mientras jugaba cerca de la biblioteca, una conversación entre su papá, el tío *Lucho* y unos amigos abogados. Ellos decían que no se puede acusar a las personas cuando no existía el cuerpo de Benito. Por eso ella y sus hermanos decidieron esconder, detrás de la lavadora, los pedazos que quedaron de la japonesita que se les quebró cuando jugaban en la sala, pues si no había cuerpo de Benito, no podría pasarle nada a ellos ni podían ser acusados del daño.

# LA FELICIDAD DE ALEJANDRO

Elizabeth Hoyos



En el barrio vivía una familia algo extraña. Estaba compuesta por una señora de ochenta años y un niño muy pequeño, de seis años. Era muy vivaracho y sociable.

Con el tiempo, se hizo amigo de sus vecinos de la cuadra, pero se ponía muy raro cuando veía las mamás de los demás niños. Cuando estaba en casa, él jugaba con su amigo imaginario y lo llamaba Juan Pablo. En una ocasión, le contó a su amigo imaginario que se iba de vacaciones. Lo invitó, pero este le respondió que no podía. *Alejo* le contó a su abuela Margarita, y ella le respondió que no lo podían llevar porque iban muy lejos. Lo llevaría a conocer el mar. Un viaje que le tenía prometido hace tiempo. Por primera vez, montaría en avión.

Ya en San Andrés, *Alejo*, feliz, veía a todos los niños en la playa con sus mamás y esto le llamaba mucho la atención y decidió preguntarle a su abuela Margarita:

—¿Por qué no vino mi mamá?, no recuerdo haberla visto nunca. Mira los demás niños con sus mamitas bonitas y tú eres mi abuelita. Me gustaría ver a mi mamita.

Ella no supo qué responderle. *Alejo* le insistía, pero ella trataba de eludir la pregunta. Al final, le dijo:

—Más adelante vas a entenderlo, ahora no lo comprenderás.

Finalizado el viaje, las vacaciones continuaron. Y Alejandro seguía con la misma pregunta. Habló con Juan Pablo, su amigo imaginario:

—¿Tú tienes mamá?

—Sí, se llama Mónica —le respondió—. Y la tuya, ¿cómo se llama?

Él no supo qué responderle. Sin embargo, le dijo:

—Se llama Margarita.

Pero ese era el nombre de su abuela.

Alejandro entró de nuevo al colegio a hacer su kínder. Su profesora Sofía le tenía un gran cariño y también le inspiraba mucha ternura y un poco de lástima. Ella conocía la situación de la madre de Alejandro. Ella se encontraba privada de la libertad. También sabía que la condena de su madre no era tan alta y muy pronto estarían reunidos de nuevo.

Dándose cuenta, la profesora Sofía, de que Alejandro últimamente se encontraba muy distraído, callado y pensativo en su clase, envió una nota donde citaba a su abuela Margarita, quien al recibirla pensó que su nieto había cometido una falta grave. Le llamó la atención, pero el niño respondió, con indiferencia, que él no había hecho nada. La abuela acudió al llamado de la profesora Sofía, quien le comentó sus impresiones sobre la tristeza, el decaimiento en que se encontraba Alejandro. Antes era el alma de la clase, alegre, juguetón muy participativo, y ahora es todo lo contrario.

Conociendo las dos mujeres el posible motivo, conversaron sobre el asunto, y llegaron a la conclusión de que lo mejor era que él supiera de una vez por todos que su mamá estaba en una cárcel donde pagaba una condena más o menos larga por los errores cometidos en el pasado.

La profesora hizo llamar a *Alejo* a la sala de profesores, donde se encontraba su abuela. Ambas le hablaron con mucho cariño y amabilidad. Finalmente, la profesora preguntó al niño por qué últimamente se encontraba tan triste y distraído, ya no jugaba con sus compañeritos y tampoco participaba en la clase. *Alejo* respondió que

él sería el mismo si viera a su mamá, porque todos sus amiguitos tenían mamá, y él no conocía a la suya. Mirándose las dos mujeres, en un acuerdo tácito empezaron a contarle a *Alejo* la verdad. Terció la profesora Sofía y afirmó que si él quería, su abuela lo llevaría a visitar a su mamá al lugar donde estaba.

El niño tomó la confesión con mucha tranquilidad y entereza, sin rencores. Esbozando una sonrisa dijo que su sueño era ver a su madre, no interesaba el lugar donde tuviera que ir. La abuela Margarita hizo todos los arreglos necesarios para asistir a la visita de su hija Catalina en compañía de Alejandro.

Ese domingo, día de visita, Alejandro y su abuela se madrugaron. Viajaron en autobús, luego tomaron una buseta pequeña que los transportó hasta el recinto. Allí, luego de las filas largas y requisas incómodas, pudieron ingresar al patio de visitas, donde Alejandro conocería a su madre. Al verla, encontró a una señora amable, esbelta, de facciones muy finas, de mirada dulce y tierna, pero triste. Al ver a su hijo, lo alojó en sus brazos, lo llenó de besos y hablaron mucho. Comieron, se rieron todo el tiempo, sintiéndose los dos seres más felices del mundo.

*Alejo*, sin preguntas ni reproches, ni a su madre ni a su abuela, se sentía completamente dichoso. El cambio que operó en su ánimo fue total. Volvió a ser el niño alegre, vivaz, entusiasta, juguetón y el mejor alumno de la clase. Las distintas visitas que hacía a su mamá en la cárcel lo llenaban de mucha felicidad. A ella le contaba todo, sus logros escolares, sus juegos. Le narraba las escenas de aventuras que imaginaba en su mente infantil como si fueran realidad, por lo cual reían y se abrazaban sintiéndose plenos de alegría.

Renació tanto en Alejandro como en Catalina una nueva esperanza de que algún día estarían juntos en su hogar para no separarse nunca más. Tiempo que en realidad se podía percibir como muy cercano, porque en las esferas judiciales estaban revisando el caso de Catalina. Al parecer se había cometido una injusticia con ella en la condena que le habían proferido. Llenos de mucho amor, entusiasmo y esperanza, Alejandro, siempre acompañado de su abuela Margarita, continuó visitando a su madre Catalina.

Estos dos seres maravillosos, que tanto habían sufrido, estaban recuperando el tiempo perdido. Ahora se encontraban más unidos

por su gran amor filial. Ahora, a pesar de los barrotes físicos de la cárcel, Catalina se sentía espiritualmente libre y feliz porque su hijo la había aceptado sin ningún reproche y, a su vez, Alejandro era plenamente feliz por haber reencontrado a su madre.

# EL MAYOR TESORO

Melba Trejos Aguilar



*Los padres sólo pueden dar buenos consejos  
u orientar a sus hijos por el sendero correcto.  
Pero, en definitiva, está en manos de  
los hijos forjar su propio carácter.*

ANA FRANK

Al final de la década de los cuarenta, Don Antonio Torres, de estirpe paisa y con veinticuatro años de edad, decidió probar suerte en tierras lejanas, abandonando a su familia: padre, madre, tres hermanos, tres hermanas, su yegua *Consentida* y su perro *Amigo*; dejó su terruño enclavado en una pintoresca vereda del Viejo Caldas, donde formaban parte de un Cabildo Indígena, regido por costumbres convertidas en normas de convivencia.

Antonio salió una madrugada llevando como equipaje una chuspa de papel, con cargadera de cabuya, y dentro, sus escasas pertenencias: dos mudas de ropa, un par de guayos para trabajar y sus útiles de aseo personal.

Alegre, lleno de ilusiones, cogió camino al pueblo. Pasó por corrales, galpones, cocheras; atravesó cafetales, platanales, árboles frutales. Debido a la oscuridad reinante, aumentada por la espesa neblina, agudizó su vista para no tropezar. Sintió en su cuerpo un intenso frío, sólo soportable con las dos camisetas de manga larga que llevaba puestas.

En el pueblo, tomó la primera *chiva* para dirigirse a la Estación del Ferrocarril, ubicada en otro pueblo distante. Allí abordó un tren con destino a un pequeño caserío del Valle del Cauca, desconocido para él. En ese lugar buscaría la oportunidad de trabajar en una Factoría Azucarera recientemente inaugurada, según versiones de unos amigos suyos.

Fueron muchos los kilómetros recorridos por Antonio en ese ruidoso tren que se desplazaba lentamente entre la espesa vegetación, altas montañas y verdes llanuras donde pastaba apaciblemente el ganado. Bordeó algunas veces el río Cauca o sus afluentes; llegó a media noche al pequeño aserrío, donde durmió en la Estación.

Lo despertó el aire cálido sentido en su cara como el vaho de su yegua *Consentida* cuando se le acercaba; ya el Sol reverberaba mortificando sus ojos por el exceso de luz.

Al llegar, fue conducido ante don Evangelista Arias, Supervisor de Corte. Era un hombre serio y recio. Este lo enganchó inmediatamente para trabajar como cortero de caña, y le indicó los tajos que debía cortar por jornada. Le comentó cuánto sería el salario a recibir cada sábado a las doce del día, al terminar las jornadas semanales. Y por último, le indicó el campamento donde residiría.

Aprovechando la oportunidad, don Evangelista recomendó a Antonio la excelente sazón de su esposa Susana, quien en su casa tenía una asistencia, especie de restaurante típico, donde alimentaban a los trabajadores por módicos precios, a pagar cada sábado después de recibir el jornal.

Antonio se sentía muy emocionado y agradecido con Dios porque todo le estaba resultando mejor de lo esperado.

Frecuentando la asistencia de doña Susana, Antonio conoció a Lucía, una trigueña esbelta de ojos negros, con una cabellera larga, abundante, ondulada, color azabache; joven sería, pero cordial y

atenta, que le colaboraba a su mamá en los oficios domésticos y en el restaurante atendiendo a la clientela.

Con el paso del tiempo, Antonio y Lucía se hicieron novios a escondidas, porque los padres de esta eran muy estrictos. No permitían tratos amorosos de sus hijas con nadie, mucho menos con los trabajadores del lugar.

Antonio, joven discreto, callado, pero muy analítico, como buen descendiente de indígenas, se fue ganando la confianza y el cariño de don Evangelista. Después de la comida, en las noches, jugaban parques, dominó o cartas; siempre aprovechaba la oportunidad para estar cerca de su novia, e intercambiar miradas llenas de amor y tímidas sonrisas, y así evitar ser descubiertos.

En esas continuas y largas tertulias nocturnas, don Evangelista le narró a Antonio la historia de la Factoría Azucarera, donde laboraban como obreros; relato interesante que ha pasado de generación en generación:

Es una empresa de vocación agrícola e industrial, fundada por una familia adinerada y muy prestigiosa de la capital del Departamento del Valle del Cauca, quienes con astucia y sutileza ubicaron grandes extensiones de terrenos fértiles, en ese entonces destinados a cultivos de maíz, fríjol, café, árboles frutales, hortalizas, verduras, etcétera. También producían algodón, sorgo y soya, entre otros.

Se criaban aves de corral, animales domésticos, cerdos, ganado vacuno, ya que cada parcelero o finquero había logrado implementar su granja integral auto sostenible. Allí se encontraba todo lo necesario para la nutrición de los seres humanos y de los animales, sin usar abonos químicos ni pesticidas.

Contaba con la presencia de un importante afluente del río Cauca, el cual regaba esa región norte vallecaucana. También tenía la dedicación y constancia de esos sencillos pero talentosos parceleros, entre ellos don Evangelista. Se valía de rudimentarias herramientas. Estaban dedicados a limpiar los terrenos, a abrir acequias, accedieron a las aguas del río, y las usaron para riego artesanal. Al final convirtieron esa zona en un verdadero emporio de producción, tanto para el consumo familiar como para la venta en los mercados públicos en veredas y pueblos circunvecinos, donde compraban directamente de manos de ellos los productores, sin intermediarios,

a precios económicos, sin gravámenes, respirándose bienestar, abundancia y prosperidad en toda esa región.

Los señores adinerados llegados de Cali posaron sus ojos en esos fértiles predios de donde los parceleros obtenían el sustento familiar holgadamente, alcanzándoles para ahorrar, y sosteniendo un buen nivel de vida, pero, dejándose impresionar con promesas engañosas, porque ni siquiera les pagaron lo justo, vendieron sus terrenos y, de ser patrones y dueños, pasaron a ser obreros asalariados, donde laboraban en jornadas extenuantes a sol y agua.

El mismo don Evangelista comentaba a Antonio que sentía mucha nostalgia por las tierras vendidas, pues el dinero de la venta se le convirtió en plata de bolsillo. Sólo le quedó una casa en el corregimiento y una bicicleta. Desmejoró su nivel de vida y el de su familia, En ese momento, sus gastos se limitaban a los jornales semanales pagados por la Factoría.

Don Evangelista y sus compañeros parceleros atribuían su poca visión para los negocios a su analfabetismo, pues no habían tenido instituciones educativas en aquella zona. Estas empezaron a funcionar cuando sus hijos estaban ya adultos; sólo sus nietos alcanzaron a contar con el privilegio de acceder a educación primaria, secundaria y hasta superior o universitaria. Pero ellos, por su falta de estudio, comentaba, fueron engañados y prácticamente despojados de sus tierras, convertidos en simples obreros, sin la esperanza de un futuro mejor.

En cambio, decían los finqueros de otrora, que los forasteros ricachones, asentados en esa próspera región, llegaron con maquinaria sofisticada para la época y vincularon suficiente mano de obra con irrisorios jornales, tumbaron montes, talaron bosques, arrasaron potreros y cultivos de pancoger; arando esas grandes extensiones de tierra, las convirtieron en cañaduzales, abriendo acequias, construyendo represas a orillas del río circundante de los terrenos recién adquiridos por ellos.

Simultáneamente terminaban el montaje de la planta de la Factoría y construían locales para oficinas y la casa principal donde pernoctaban los propietarios de la empresa, sus familiares y amigos. También construyeron casas para los empleados de oficinas y

campamentos para albergar a los operarios y sus familias en cercanías a la planta.

Alrededores a los cultivos de caña se construyeron campamentos para trabajadores solos y solteros y, otros, con casas individuales para albergar a los obreros con sus familias.

La empresa fue ganando importancia en el ámbito nacional e internacional por su volumen de ventas y exportaciones. Reportaba grandes utilidades. A su vez, los trabajadores, con asesoría idónea, se agruparon en sindicatos, votando por varias huelgas para conseguir mejoras laborales y salariales.

Poco a poco, en la empresa se iniciaron, desarrollaron y sostuvieron programas para el bienestar de los trabajadores y sus familias. Fundaron y apoyaron varias instituciones educativas para la formación académica de los hijos de obreros y empleados, destacándose la creación de un colegio de primaria y secundaria. También crearon una Escuela Tecnológica y un Instituto para el desarrollo de la región, conformado por microempresas de confecciones de ropa, uniformes, telares, tejidos, un área de publicidad, otra de marroquinería, entre otras. Tales instituciones y entidades estaban regidas y orientadas por una Fundación de carácter social, dirigida por sacerdotes misioneros italianos y monjas misioneras norteamericanas.

Posteriormente, en el corregimiento se construyeron urbanizaciones. Les entregaron casas a los trabajadores, los cuales debían pagar una módica suma descontable por nómina. Los mayores gastos y pagos complementarios eran asumidos por la Empresa.

Los víveres, abarrotes, electrodomésticos, ropa y, todos los elementos de la canasta familiar, son adquiridos por los trabajadores de la Factoría mediante el sistema de vales para descontar de sus salarios, todo suministrado por una cooperativa donde ellos tienen su afiliación.



Retomando la vida de don Antonio, este se casó con Lucía y formaron un hermoso hogar. Ocuparon una de las casas adjudicadas a las familias en cercanías de las plantaciones de caña y al río, donde

aprendieron a nadar y a pescar. Se convirtió en su sitio preferido para la recreación y esparcimiento.

Tuvieron cuatro hijos varones y cinco hijas mujeres, brindándoles la formación académica que ellos no tuvieron. Se convirtieron en profesionales brillantes y exitosos en distintas disciplinas del saber, a pesar de las penurias y dificultades económicas. Sucedió lo mismo con los nietos de Antonio y Lucía, los cuales recibieron de estas dos generaciones los más sabios consejos, su buen ejemplo, mucho amor, respeto por los demás y ante todo, la solidaridad y la unidad familiar, sello distintivo de esta familia.

El círculo familiar, liderado por don Antonio y doña Lucía, es un ejemplo de superación. Salieron de la casa de la Empresa en medio de los cañaduzales, y llegaron a la cabecera municipal a una casa comprada con un anticipo de cesantías, llenos de humildad, timidez, sencillez. Llevaron con ellos un pobre trasteo; sin electrodomésticos, a excepción de un radio de pilas, sin nevera, sin televisor, sin amigos en ese pueblo, pero repletos de los principios y valores inculcados por sus padres: honestidad, sencillez, respeto por el prójimo y por las instituciones, disciplina, cumplimiento y aplicación en el estudio.

Más admirable, digno de tenerse como ejemplo para las nuevas generaciones es que don Antonio y doña Lucía fueron dueños de una gran sabiduría popular, adornados con una excepcional nobleza de corazón. Con una sola mirada, un guiño de ojo, o una levantara de cejas, daban a entender a sus vástagos una orden o un deseo; y estos, a su vez, herederos de esas inusuales inteligencias, aprendieron y asimilaron tales principios y valores, inculcándolos también a sus hijos y a sus nietos. Esta familia se ha crecido demasiado y en esta nueva generación, ya hay profesionales que ejercen sus carreras con éxito; otros adelantan sus estudios universitarios, los más adolescentes sus estudios secundarios y los más pequeños cursan primaria. Mantiene la tradición de ocupar los primeros puestos en sus Instituciones Educativas y logran becas completas o descuentos significativos en los costos educativos. Siempre figuran en los cuadros de honor.

# EL DESEO

Mariluz Poveda C.



Seis años pasaron y aun pensaba: cuánto diera porque sucediera un milagro, el milagro de que la familia aceptara a su niña, no por su físico, sino por su interior y por lo inteligente que es. ¿Por qué?

En una mañana soleada, se dio cuenta de que tenía un atraso. No fue nada agradable. Si realmente estaba en embarazo, no era deseado.

Después de algunos meses, sintió algo inexplicable. Se preocupó y tomó una decisión: poder confirmar su embarazo. Pasó por una gran incertidumbre que invadía todo su ser. Después de un largo chequeo médico, se dio cuenta de que tendría una niña no deseada. Y por circunstancias de la vida, malformada, pero todo fue tan confuso y tan rápido que ni se dio cuenta cuándo pasó.

Su familia la rechazó, pero ella como madre de un nuevo ser, lucharía por su hija. En ese momento, lo único que importaba era cómo sacar a su niña adelante, sin tener que pedirle nada a su familia. ¿Por qué? Su padre es de la alta sociedad y realmente no entiende cómo aceptar las personas como son, y esa niña sería una vergüenza para él. No importa que sea sangre de su sangre. Siempre ha vivido por el qué dirán.

Llegó el día del nacimiento; y cuando vio el rostro de aquella criatura tan indefensa, se le desfiguró el corazón de sólo pensar cómo sería su crianza. No sería fácil.

A pesar de todo lo que le ha pasado, sin importar, siguió adelante con su hija. En este momento es su gran orgullo.

Varios años después, en el grado de la niña, hecha ya una señorita, sucedió algo inesperado. El abuelo llegó para pedirles perdón por todo lo sucedido y el maltrato causado desde el nacimiento de la niña, y por el gran abandono que tuvo con su hija y su nieta. Realmente la dejó sin palabras.

—Milena, hija, ven, te quiero presentar a tu abuelo, es la persona por la que siempre me habías preguntado.

La niña se lanzó en sus brazos, como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, y lo llenó de besos. Realmente, la niña lo hizo llorar. Desde hacía rato no la sentía tan feliz y ahora más, con su abuelo.

# LA ARDILLA Y SUS RECUERDOS

Mariluz Poveda C.



En un bosque muy solitario, entre ramas que vienen y van de un lado para otro, se encuentra una pequeña ardilla tratando de construir una mejor casa; sin pensarlo, la tarde cayó y ella sin poder lograr lo que en algún momento empezó, decidió regresar a su hogar anterior.

Saltaba entre árboles y ramas de un lugar a otro para tomar su camino habitual, sin darse cuenta del peligro que corría. En lo alto del cielo azul celeste, se encontraba merodeando un animal no muy amigable, con ganas de comer algo de su agrado. En un instante, su sombra cae como algo fugaz en medio de tanta zona verde.

Al sentir el peligro, la ardilla tomó la iniciativa de saltar lo más rápido posible para escapar de aquella sombra. Sintió un gran temor de ser atrapada por aquel animal desconocido. Sin encontrar refugio, saltó sin parar, ni para tomar respiro. En medio de tanto peligro, llegó un pequeño recuerdo muy fuerte a su mente: el día que perdió a su madre.

Era muy pequeña y no entendía nada de lo que pasaba a su alrededor. Su madre salió en busca de alimento y después de largo tiempo, la arduilla se impacientó al ver que su madre no regresaba.

Salió, tomó el mismo camino, pero se encontró con una gran sorpresa:

—¡Ay, mami, qué pasó!

La movió para un lado y para otro, pero su madre nunca respondió. Entró en pánico sin comprender realmente qué había pasado. A partir ese día le tocó aprender a sobrevivir sin ayuda alguna.

Desde este corto recuerdo, comprendió ahora por qué su madre se fue sin decir adiós.

# CÚCUTA



Norwell González  
Director del taller



# BURBUJAS

Gabriela Galvis Vale



Suave brisa que acaricia  
tu linda piel.  
Mujer  
hermosa  
no te dejes desvanecer por las rupturas de la hiel  
sólo déjate llevar  
por las burbujas del atardecer.



# LA FORTALEZA

Alba Sonia Bernal



## I

Es ser fuerte en los  
momentos más difíciles.  
Es oír el corazón de un  
bebé antes de nacer.

## II

Es tener conciencia de que  
no hay mal que dure  
cien años.  
Es sentir la esperanza  
de encontrar nuestro destino.

III

Es aceptar que la persona  
que tanto amaste  
volverá a tu lado  
—un vocero del cual te cuidarás a diario.

IV

La fortaleza soy yo.

# EN SECRETO PARA TI

Y.Y. R.M.



El mirar de tus ojos  
me eleva  
más alto,  
más allá.

No me  
dejes bajar.

Disfruto ver  
el rozar de tu lengua  
en tus labios,  
haciéndome llegar a otro plano.  
Una delicia tridimensional.



# LA ALEGRÍA

Laura Rosmery Maldonado



## I

Es sentir emoción  
por algo deseado.

Es ver el nacimiento  
de un hijo  
en un momento tan deseado.

## II

Ver en el rostro de tu hermano  
una sonrisa.  
Es oír de la voz de tu madre:  
“te amo, hija”.

## III

Sentir la adrenalina  
en un momento prohibido.

Cruzar miradas con la persona  
que más te gusta.

Es sentir el calor  
del abrazo de tu madre  
mi madre.

#### IV

Dibujar el rostro  
de tu padre  
en lo más profundo de tu corazón.

# SILBIDOS LOCOS

Patricia Borrero Cáceres  
Isabel Sabogal  
Paola Sepúlveda



La libertad  
hay que disfrutarla  
como ver volar una paloma.

Porque es como una tempestad sin tormenta ni invierno  
y una primavera de mil colores en medio de una luz al final de un túnel  
y encontrarse una sonrisa.  
Porque es un éxito más en nuestras vidas en medio de tanto dolor.  
Porque es algo que se vive  
y se siente  
y es como cerrar los ojos  
y respirar profundo  
y sentirse en otro lado.  
Porque no todos podemos disfrutar de ella.

Y es como cuando uno le da libertad  
a los pájaros que están enjaulados y se van volando  
a disfrutar del aire puro y la felicidad  
agradeciendo con sus silbidos locos.



# FLORECITA DE NUESTRAS VIDAS

Isabel Sabogal  
Sandra Patricia Borrero  
Paola Sepúlveda C.



Al final de un camino  
ya no hay camino.  
Una meta alcanzada  
un éxito más en nuestra vida

La vida es el amor  
la florecita de nuestras vidas.

Al final de una noche  
ya no hay noche  
sino un nuevo amanecer.

Al final de una tempestad, ya no hay tormenta en invierno,  
sino una primavera de mil colores.

La vida es una oportunidad, hay que aprovecharla,  
la vida es hermosa, hay que admirarla,  
la vida es un sueño

a quien dice una realidad,  
la vida que trae mil retos  
hay que enfrentarlos,  
la vida es un deber completo sin lastimar a los demás,  
la vida es alegría, tristeza y fiesta,  
¡vívela!, disfruta saboreando.

La vida es un misterio,  
un tesoro, ¡descúbrela!  
La vida trae regalos  
para ti  
búscalos y hallarás.

Tu felicidad  
Lucha por conseguir tus sueños,  
pero sobre todo  
lucha por hacerlos una realidad.  
La vida es una promesa respetada,  
mírala con optimismo  
y admírala con madurez.

La vida es una canción  
Cántala todos los días.

Refleja en tu vivir lo que eres  
Refleja en los demás  
lo importante que eres.

# EL CAMINO DEL AMOR

Luz Marina Guerrero



El amor es la palabra que ilumina  
el sendero donde el caminante recorre sus pasos.

La noche iluminada de estrellas le da fuerzas  
a este corazón solitario.



# ASÍ ES LA VIDA

Luz Marina Guerrero



## I

La vida es como un viaje en barco, sube y baja según las olas, y cuando sufre su naufragio, tu amor es el ancla que te apoya, mientras buscas un nuevo rumbo a tu vida.

## II

Hago mis sueños, tus deseos, trato de complacerte. Luego la Luna me alcanza y en mi despertar encuentro un ángel y me enamoro.

## III

Amor es compartir un minuto de mi tiempo con la persona que me ha enseñado qué es amar.



# ALGÚN DÍA

Luz Marina Guerrero



En el nuevo día de mi vida,  
tengo la certeza de que nada está perdido  
cuando se tiene un poco de amor,  
cuando recuerdo que quienes creen en sus ideas  
jamás se rinden.

A pesar de las derrotas sufridas  
darme otra oportunidad.

Para mí eres lo mejor y  
hoy dejo mi corazón abierto  
al amor y a la comprensión.

De repente lo que más quiero,  
sucederá algún día.



# PRISIONERA

María Ramona Contreras Soto



Lágrimas amargas  
llora el corazón  
por el dolor que se siente  
al estar en prisión.  
Las horas pasan lentamente  
llenando de sudor la frente  
de aquellas almas  
que por alguna causa languidecen.

También existen instantes efímeros  
donde aparece la alegría  
al recordar aquellos días,  
cuando se derrochaba a manos llenas  
besos, abrazos y mucho amor.

Todo se ha ido  
y sólo quedan en nuestro pensamiento  
el caminar por la calle,  
ir a una fiesta,

compartir en familia,  
bañarnos en el río  
o en una piscina,  
jugar con nuestros niños  
abrazar a nuestra madre y  
después de un largo día  
darle un abrazo a nuestro compañero y decirle  
hasta mañana, amor, ¡te quiero!

Hoy no existe nada de aquello que dejé,  
nuestros hijos son grandes  
mi esposo se ha ido  
mi hija ha aprendido  
a vivir sin mí.

# DAYANNA MAYERLI

María Ramona Contreras Soto



Tu soledad es mi soledad  
tus logros los hago míos  
tus tristezas me acompañan  
tu dolor es mi dolor.

Te quiero con toda mi alma  
mi bebecita hermosa.  
No permitas  
no permitas que dañen  
tu corazón tierno y puro  
y espérame como hace nueve años  
para gozar de este tiempo aplazado.

Y hacer de nuestras vidas  
las maravillas prometidas  
porque detrás de la tempestad  
llegará la calma.

Grandes cosas tiene Dios para nosotras  
y en ese momento recibirás  
mis abrazos mis besos y todo  
lo que no te he podido dar.

Dayanna  
mi hermoso tesoro  
Dios bendiga tu existir  
tus metas y tus logros  
porque  
tus dientes son perlas  
tus ojos luceros  
tu boca un manantial de aguas frescas  
tu pelo una cascada  
haciendo juego con tu vientre  
fuente de vida  
y tu cuerpo una palmera  
y en cada pierna brilla el Sol  
y en tus brazos la Luna.

Tantas maravillas juntas.

Vas caminando sola  
buscando tu futuro.  
¿Por cuántos momentos difíciles  
has tenido que pasar?  
Y yo sin poderte ayudar.

Son fieros los años que muerden mi terrible soledad.

La prisión me separó  
de tu Primera Comuni6n  
de tus quince primaveras  
del nacimiento de tu hija  
y ahora lleg6 el momento  
de decirte, hija mía:  
¡Perd6name!

No quise dejarte de sola.

Detrás de estas rejas mi corazón  
está contigo.

Son fieros los años que muerden mi terrible soledad.



# MARIPOSAS SOÑADAS

María Ramona Contreras Soto



En el silencio de la noche  
al cerrar los ojos  
se sienten mariposas  
que con sus suaves alas  
acarician los sueños.

Son suaves murmullos  
y su alegre cantar  
adorna sus risas  
su ligero revolotear forma corolas  
de armoniosas guirnaldas  
de alegría y paz.

Están en mi mente como ninfas  
alas de mil colores  
agitándose en mi estómago  
al recordar a mi amado.

Suenan tambores  
pitos y flautas  
y comienza allí una gran fiesta  
de prisa hacia mi corazón.

Existen en mi mente  
pero al llegar el sueño  
las dejo escapar  
—mariposas soñadas—  
hacia la realidad.

# EN EL SILENCIO DE MI CUARTO

María Ramona Contreras Soto



En el silencio de mi cuarto escucho tu eco,  
tus manos me acarician  
y vuelve la alegría  
porque estás a mi lado  
gran amiga mía  
y entonces te digo: buenas noches soledad.

Eres tú,  
inseparable compañera,  
a la que en largas horas de espera,  
cuando el sueño se ausenta,  
le cuento mis penas  
mis alegrías y quimeras.

Estando tú a mi lado,  
soledad pétalos de rosa  
soledad voz que me acaricia  
me siento dichosa

eres suave  
soledad.

Tu voz me acaricia  
me envuelve en la dicha de amar  
contigo puedo ser yo misma  
me das la fuerza para hablar sin pensar.

¡Seré criticada?

¡Si mis sueños son valiosos!

¡Si mis alegrías tienen fundamento!

¡Si mis éxitos me saben a cielo!

¡Oh, mi soledad!

Tierna compañera.

Sigue en mi cuarto toda la noche

no me abandones

que muy pronto estaré contigo,

pero en libertad.

Porque hoy te conozco

y no puedo olvidarte

sólo te digo

muchas gracias

¡Oh, mi soledad!

# MI PRIMER AMOR

María Ramona Contreras Soto



Desde la ventana miro y espero.

Observo la belleza de la naturaleza, el Sol que se asoma a través de las cordilleras y salta los techos del complejo donde los hombres se levantan temprano para realizar sus faenas. La noche anterior se hizo muy larga. La noche anterior a mi encuentro con él. Un sudor frío cubría el cuerpo y mi corazón latía con fuerza, sentía un calor infernal, aferrada a los barrotes de la única ventana del cuarto que ocupamos.

Recordé todo lo que había dejado atrás: mis hijos, mi esposo, mi madre y el juego inocente de mis nietos. Mi familia. Son ocho años, cuarenta y tres meses de estar separada de ellos y con el tiempo llegó el olvido de aquel a quien le entregué mi amor, mi respeto y mi juventud. Casi muero en el hondo dolor cuando me enteré de que me era infiel. Se había conseguido otra mujer más joven. Pero todo pasa y ahora volvió a latir mi corazón por un hombre que, al igual que yo, se encuentra en prisión.

Fue su educación y su deseo de ayudarme a salir adelante lo que me cautivó. Pero siento miedo porque él es un hombre joven y yo una mujer mayor.

Me levanto temprano, me ducho y me pongo mi mejor vestido. Todas mis compañeras están conmigo en este día, como toda una quinceañera. Mi *Ceci* me maquilló, Mérida me peinó y Sandra me prestó los aretes, la manilla y la pulsera; joyas para lucir en mi cita. Y esperé a las ocho, y esperé durante hora y media. Me dieron las nueve y media. Aquí todo debe ser autorizado. No me habían llamado y mientras tanto tuve lugar para escuchar una Santa Misa y reflexionar, porque todavía podía arrepentirme de algunos pecados cometidos.

Me llamaron. Caminé con un temblor en mis piernas y con mi corazón en las manos; pensé que tal vez no iba a cruzar el corto camino que me llevaba a la felicidad tan anhelada. Y hoy sólo puedo decir que es un hombre maravilloso, tierno y amoroso, que me entregó su corazón. Siento que estoy viviendo, tal vez, mi primer amor.

# DAME SEÑOR

Nancy Higuera



Dame Señor  
un corazón vigilante.  
Que ningún sentimiento vano  
me aleje de ti.  
Un corazón noble que ningún  
afecto indigno rebaje.  
Un corazón recto que ninguna  
maldad desvíe.  
Un corazón fuerte que ninguna  
pasión esclavice.  
Un corazón generoso  
para servir.



# BUCARAMANGA



Álvaro José Claros Ríos  
Director del taller



# SUSTO FAMILIAR

Javier Rodríguez



Mi mamá parte la torta y luego mi hermano le quita el cuchillo porque quiere ser él quien, en el día del cumpleaños, parta el pedazo que se va a comer mi papi. Pero mi papi todavía no llega. Lo estamos esperando con ansias desde hace un rato. Al verlos con cuchillos, a mí me dio rabia y me puse a llorar. Entonces, mi mamá me dio también un cuchillo, aunque más pequeño y con menos filo. Todos queríamos compartir la felicidad de un año más con papi.

De repente, oímos el sonido del carro, luego unos pasos y finalmente el ritmo de la canción que papi siempre silbaba antes de entrar a la casa. Sonaba muy parecido a un pájaro, pero no cualquier pájaro. Mi papi realmente silba muy bonito, tan bonito que muchas veces sueño con que él es un pájaro gigante que me carga en el lomo y me lleva a volar por las más altas montañas.

Entonces, mamá dijo que fuéramos rápido a la puerta, que lo esperaríamos allí escondidos para darle una sorpresa. Y por hacerle caso a mamá, en verdad corrimos tan rápido que todos nos fuimos con los cuchillos en las manos. Así fue que, a medida que el silbido se acercaba, todos empuñábamos con más fuerza los cuchillos y

nos preparamos para saltar sobre papi apenas se asomara. Y al fin sucedió.

Tras un leve movimiento de llaves, la puerta se abrió y vimos, primero la maleta de papi y, después, todo su cuerpo y su cara, sonriendo como él acostumbraba. Pero apenas salimos gritando de nuestro escondite, con las manos en alto y moviendo los cuchillos, papi soltó la maleta y su risa desapareció, dejando en él sólo un susto de muerte. Luego echó a correr de nuevo hacia la calle, obligándonos a perseguirlo a toda velocidad, gritando cada vez más fuerte para que no se nos escapara. Lo perseguimos con toda nuestra energía hasta el carro, donde papi se escondió. Puso seguro y subió todas las ventanas.

Sin poder entenderlo, esa vez papi se quedó en el carro hasta bien tarde, acurrucado, llorando y pidiendo que dizque no lo mataran. Pobre papi, a través del vidrio no se dio cuenta de que en realidad estábamos cantándole el “feliz cumpleaños, a ti, feliz cumpleaños, papi”.

# 1981

Daniel Patiño



En ese entonces, tenía diez años. Se acercaba Navidad y teníamos mucha ansiedad por quemar pólvora.

Nuestros padres nos gritaban porque quemábamos voladores comprados donde el Patuleco, un vecino del cual siempre nos reíamos porque solía montar a su mujer en la parrilla de su bicicleta. Se veía tan chistosa. Siempre iba con vestido, y por taparse para no mostrar los calzones, casi no era capaz de sostenerse. Siempre estaba montada de medio lado. Lo mejor era cuando la bicicleta brincaba, porque sus tetas se le mecían de arriba a abajo.

Fue en una de esas mañanas, cercanas al diciembre de 1981, cerca del mediodía, el Patuleco venía en su bicicleta y bajaba muy rápido, y se le olvidó reducir la velocidad, cuando se acabó el pavimento del camino. Todo parecía normal, salvo que su cargamento no era su mujer, sino una caja repleta con la pólvora de la navidad. Cuando la bicicleta empezó a brincar, las cebollitas y los voladores que llevaba dentro estallaron. Todo cuanto traía explotó y el Patuleco no hallaba qué hacer, para dónde huir. A veces se inclinaba hacia adelante y pedaleaba y miraba para todos lados, pero la caja seguía encendida, sonando con pequeños estruendos.

Y nosotros mirábamos sin poder contener las carcajadas.



# EL TRIUNFO

Juan Carlos Castro



Después de haber llegado de la escuela, almorcé y me quité el uniforme. De pronto llegó a mi casa *Coya* para invitarme a que fuéramos a bañarnos a la laguna, en compañía de otros compañeros del barrio. Él era mi vecino y compañero de estudio. Mi madre, al notar la visita de Henry, a quien apodábamos *Coya*, por tener la cabeza rapada, me preguntó para qué me buscaba. Le mentí diciéndole que íbamos a hacer una tarea. De inmediato fui a mi habitación y saqué un cuaderno para disimular la mentira. Me despedí de mi madre y salimos rumbo al paseo. Por el camino, se unieron los demás amigos; en total éramos ocho.

Para llegar al lugar, había que caminar, aproximadamente veinte minutos, por un camino angosto y destapado, rodeado de naturaleza. Al llegar allí, se sentía una brisa fresca y húmeda, el cielo se veía muy despejado y se escuchaba el graznar de algunos patos que caminaban con sus crías sobre una delicada capa de pasto que asemejaba una alfombra. Las aves parecían caminar sobre tierra firme, pero era una densa hierba que estaba sobre el agua.

Al llegar descansamos un rato, nos quitamos las camisetas y los zapatos y nos tiramos de clavado al agua. La profundidad era de tres

metros y un diámetro aproximado de diez. Luego de bañarnos un par de horas, a *Coya* se le ocurrió una idea: “haremos una competencia. Quien cruce en menos tiempo la laguna será el ganador, con la condición de que se debe estar totalmente desnudo”. Al principio, a todos nos pareció una idea fuera de lo común. Pero al final, terminamos aceptando.

*Coya* dijo que él sería el primero en salir. Yo lo seguiría y después el resto del grupo. Lo único claro era que al momento de iniciar la competencia, todos debíamos estar dentro del agua. Uno de ellos tomó el reloj para medir el tiempo. *Coya* empezó a nadar rápido y yo lo seguí. Al cruzar toda la laguna y llegar los dos a la orilla, *Coya* echó a correr hacia el lugar de partida, donde habíamos dejado la ropa. Una vez allí, me dijo que nos apresuráramos a vestirnos. No sabía lo que tenía en mente, pero lo seguí. De pronto, empezó a recoger la ropa de los demás compañeros y me pidió que le ayudara. Mientras los demás estaban en la mitad del lago intentando cruzarlo, empezamos a correr hacia el pueblo, muertos de risa. Así se quedaron ellos pasmados, viendo cómo nos alejábamos con sus vestimentas. Yo me reía, no lo niego, pero a la vez pensaba que nos habíamos pasado de calidad.

# LA TRAGEDIA

Edinson Manrique Plata



*Son estas palabras las últimas que emito. Hace un instante sorprendí en la mirada de los médicos mi estado inevitable: la extrema depresión de mis nervios me ha llevado al fin...*

Recuerdo que hace tres días desperté con unos inevitables deseos de conducir, así que me levanté muy temprano, y aunque era domingo, pensé a cuál lugar iría en la motocicleta que había comprado hacía una semana atrás con los ahorros de mi trabajo. Me levanté y de un solo salto corrí hacia el baño. Estaba emocionado con el comienzo de un nuevo día. El Sol apenas empezaba a salir y por el aspecto del cielo iba a hacer bastante calor. Me pareció perfecto, pues ya había decidido ir a una pequeña quebrada ubicada a un par de horas de la ciudad.

Tomé un breve baño y me apresuré a cambiarme. Decidí ponerme mi pantaloneta roja porque es muy fresca. La camisilla azul que uso para salir a trotar los miércoles y los viejos zapatos azules que en tantos paseos me han acompañado; también preparé un sándwich para comer cuando llegara a la quebrada y antes de salir, desayuné con cereales y leche. Luego de cepillar mis dientes, me

dirigí al garaje, donde revisé brevemente la motocicleta: al parecer todo se encontraba en orden, así que decidí partir.

En el camino, no creo haber superado los ochenta kilómetros de velocidad, ya que preferí disfrutar del paisaje mientras conducía. Estaba ya muy cerca del lugar al que me dirigía, cuando sin ningún tipo de señal de peligro o algo parecido, me encontré de frente con un enorme agujero en la carretera. Lo intenté esquivar girando bruscamente el manubrio de mi moto. Mi reacción provocó que me encaminara directo al risco, por donde mi moto salió despedida sin que yo pudiera evitarlo, pues al ver el vacío, lo único que alcancé a hacer fue saltar sobre el asfalto, por donde rodé, y me golpeé fuertemente la columna vertebral y la cabeza. Tirado boca arriba, escuché cómo mi moto se estrellaba y quedaba hecha añicos contra las rocas del fondo del risco. Segundos después, por el golpe, perdí el conocimiento.

Hasta esta noche que he vuelto en mí. Ahora estoy en una pálida y fría habitación de hospital, con los nervios y la salud destruida, pues no puedo mover ninguna parte de mi cuerpo, sólo logro parpadear y con impotencia, pese al cuidado que los médicos me han brindado durante este tiempo. Veo que la muerte ya está muy cercana y, aunque aún tuviera mi moto, no podré escaparme de ella.

# CALARCÁ



José Rodolfo Rivera Londoño  
Director del taller



# CUENTO DE LAS DECISIONES

Luis Fernando Obando



“¡*Bultoe’sal!*”. Así le llamaban a Gumersindo porque era de malas. Era tan de malas que hacía el chance por tres ceros, y caían las tres “o”, pero del abecedario. En una ocasión, montó una fábrica de hielo y se le incendió. Cansado de todas estas situaciones, pensó a quien echarle la culpa de todas sus desgracias, y en la primera persona que pensó fue en su mamá, y le reclamó entonces a ella, diciendo:

—Mamá, usted es la culpable de todas mis desgracias, y de que yo sea tan de malas en esta vida.

De inmediato la mamá se defendió y le dijo:

—Ah, no, yo no tengo velas en ese entierro, el culpable de todo es su papá que me conquistó con una chocolatina de cien pesos. ¡No, no, a mí no, échele la culpa a él!

Y sobresaltado, salió *Bultoe’sal* y le dijo a su padre:

—Usted es el que tiene la culpa de que yo sea tan de malas, dice mi mamá.

Y él le contestó con voz de regañón:

—Ah, no señor, yo he trabajado muy duro para levantarlos y mantenerlos. ¿Sabe qué...? La culpa de todo la tiene Dios, vaya reclámele a Él.

Gumersindo, o *Bultoe'sal*, empacó maletas y se fue a coger la flota Aeropólvo que pasa por la punta del Nevado del Ruiz y se fue para el cielo.

Al llegar a la puerta lo recibió San Pedro.

—Qué hubo, *Bultoe'sal*, mijo, ¿qué lo trae por acá?

*Bultoe'sal* le contestó:

—Vengo a buscar a Dios.

Y San Pedro dijo:

—Sí, venga que él ya lo está esperando —contestó San Pedro.

Tiempo antes, en el camino al Nevado del Ruiz, *Bultoe'sal* se encontró a un lobo que estaba flaco, flaco, flaquísimo; parecía ratón de ferretería. Y este, con voz de angustia, le pidió a *Bultoe'sal* que le preguntara a Dios por qué tenía tanta hambre, y él le respondió que sí, que por supuesto le iba a preguntar. Siguió *Bultoe'sal* su camino y se encontró con un árbol que estaba seco, seco, sequísimo, como un etíope en un sauna, y como el árbol lo conocía, le preguntó que para dónde iba. *Bultoe'sal* le explicó y el árbol le dijo:

—Si va para donde Dios, pregúntele por qué estoy tan seco.

Siguió su camino y más adelante se encontró a una princesa muy hermosa que no hacía sino sollozar, y cuando lo vio le dijo:

—Si vas a donde Dios, pregúntale por qué razón me siento tan sola en este castillo.

—Claro —dijo él.

Ya en el cielo, abrazó Dios a Gumersindo. Se pusieron a conversar y se tomaron una taza de café. *Bultoe'sal* le contó el caso de la princesa, el árbol y el lobo. Dios le respondió caso por caso. Luego se despidieron, pero cuando estaban en la puerta, Gumersindo se acordó de su petición y le dijo:

—Dios, ¿por qué soy tan de malas?

Y sólo escuchó un eco que decía:

—La respuesta está en tu corazón.

*Bultoe'sal* salió de prisa para alcanzar la flota que lo llevaba de vuelta a la tierra. Al llegar donde la princesa le dijo:

—Le mandó decir Dios que se case con el primero que se encuentre en su camino.

El semblante de la princesa cambió y empezó a coquetearle.

—*Bultis*, ¿te casarías conmigo?

Él respondió:

—¿Yo? No, no funcionaría conmigo, busque a otro.

Y la dejó llorando y sollozando más que antes. Luego llegó donde el árbol.

—Dios le mandó a decir que en la raíz tiene un cofre de monedas de oro y que por eso no recibe agua.

El árbol le respondió:

—Ah, yo no necesito esas monedas, lléveselas usted y disfrute ese tesoro.

A *Bultoe'sal* se le iluminó la razón, y respondió:

—¿Yo? No, si yo soy muy de malas, de pronto son muñecas de barro sin ningún valor... y no vaya a ser que me secuestren.

Y dejó al árbol seco, sequísimo.

Llegó luego donde el lobo y le dijo:

—Que Dios le mandó a decir que se comiera el primer idiota que encuentre en el camino.

Y cuentan que desde entonces los lobos comen hombres.



# EL ANTIFAZ

José Ríos Grajales



En el municipio de Quimbaya vivía un joven de características muy particulares. Se llamaba José. Talentoso, carismático, y reconocido a nivel municipal —Montenegro, Alcalá, Filandia, entre otros—, por ejercer el teatro callejero en las plazas municipales, ya que era una forma de manifestarse así mismo desde el arte; y lo hacía muy bien, era admirado por la comunidad.

En todos los actos culturales que se llevaban a cabo en los municipios, José hacía presencia con sus monólogos, y con su grupo de teatro llamado Grupo Idealista por Un Mañana (GRIUM). Pero todo esto no fue suficiente para aquél joven extrovertido. Su vida comenzó a cambiar: se sentía angustiado, diferente a los demás, con complejos. Se cuestionaba todo el tiempo: “¿por qué tengo que sentir atracción por las personas del mismo sexo?”, se preguntaba. Y no podía obtener una respuesta.

Su vida continuó con una doble personalidad. Tuvo altibajos personales. Un miércoles, en una discusión que sostuvo con su padre, él le dijo: “usted es un maricón. Me avergüenzo de que sea mi hijo”... José quiso morirse, o que la tierra se lo tragase. Empezó a vivir en un mundo de oscuridad, convirtiéndose en un alcohólico

y drogadicto empedernido. No le importaba nada, sólo quería morir.

Se olvidó de sus ideales artísticos. Sus compañeros del grupo, al verlo en ese estado, lo abandonaron. Todo lo que fluía a su alrededor era negativo. Fue capturado por las autoridades con droga. Llegó a la cárcel y fue allí en ese mundo grotesco donde su vida dio otro giro. Se encontró de nuevo consigo mismo y comprendió que debía aceptarse tal y como era, sin utilizar ningún tipo de máscara, mostrándose como un muchacho normal con su inclinación sexual bien marcada.

# INCERTIDUMBRE ENCONTRADA

Eduard Fernando Rebellón



Era la noche del 9 de mayo de 2012. A eso de las nueve de la noche, me encontraba realizando algunas tareas de la universidad. Ocasionalmente escuchaba la bocina de algunos vehículos que transitaban por la vía principal, aproximadamente a cien metros de mi ventana. Ese miércoles, como regularmente ocurría entre semana, la noche transcurría serena. Más oscura, eso sí, que otras veces, pues se había apagado una de las bombillas iluminaban el sector. Y yo estaba encerrado en ese estrecho cubículo. De repente, una misteriosa luz blanca me iluminó. Luego un ruido inesperado rompió con la tranquilidad de la noche: eran unos chillidos, o lamentos, que desgarraban la calma. Mi calma.

Primero se me erizó la piel y mis pelos se pusieron de punta. Luego un susto me invadió, dejándome casi en un estado de *shock*. Después, llenándome de un poco de valor, me propuse averiguar el origen de aquellos ruidos, y descubrí que provenían de una mujer llorando y un niño. Me levanté del sitio, me dirigí hacia la puerta para poder visibilizar hacia afuera. Al estar allí, traté de ubicar el origen del ruido. Al no encontrarlo, mis nervios se fueron incrementando, y sentí deseos de pedir auxilio, tal vez despertando a una

de las personas que dormían conmigo, o mejor a alguien de la parte externa que me ayudara a encontrar el problema; pero no lo hice, y decidí esperar otro rato.

De pronto me di cuenta de que el ruido provenía de una caneca que estaba a unos metros de mí. Entonces esos alaridos me trajeron recuerdos de cuando yo era un niño, pues me quedaba tarde en la noche, reunido con un grupo de amigos y nos dedicábamos a contar cuentos de espantos. Por supuesto, a mí me daba miedo, pero a la vez me gustaba escucharlos. Recordé entonces el cuento de “La Llorona”, donde una mujer salía del interior de un colegio llorando por toda la calle, dando la vuelta por todo el pueblo y su llanto se perdía en el eco de las aulas del colegio.

Ahora, volviendo a lo que me estaba sucediendo, continué observando la caneca de la basura, y en medio de mis nervios, arrojé un zapato viejo hasta el lugar, y vaya sorpresa que me llevé. Del lado de atrás de la caneca salió corriendo un gatito espantado hacia el borde de un voladero. Allí se paró y miró hacia un patio ubicado en la parte de abajo. Por un momento, creí que se podía caer, y pensé entonces en cómo podía ayudar a aquel animalito. De pronto, vi cómo el reflejo de una luz se acercó hasta el gatito: era otro gato, al parecer su mamá, que llegaba para rescatarlo.

Se marcharon los gatos. Se marchó el llanto y el susto. Volvió la tranquilidad de la noche y en mí quedó una sensación de alegría y un ejemplo de afecto, amor, apoyo y unión. Porque hasta los animales nos dan buenos ejemplos. Luego me retiré de la puerta enrejada y me dirigí nuevamente a mi lugar de estudio, que también es mi dormitorio, y mi celda en esta cárcel.

# LA AMBICIÓN ROMPE EL CULO

Francisco Xavier Molina



Ahí estaba él, como todas las noches sabatinas, en su esquina favorita, la que consideraba de suerte.

A pesar de la lluvia, la noche transcurría como cualquier otra. Todos los chicos alrededor sonreían. Unos fumaban cigarrillos, otros, hierba. Hablaban sobre las anécdotas del fin de semana, pero él seguía concentrado a la expectativa de un buen cliente. Efectivamente, de la nada apareció un carro último modelo color negro. La clase de carro al que uno se subía con gusto. Se detuvo en la esquina. *Ray* se acercó y el hombre que manejaba le dijo:

—Hola, papi, ¿cómo te llamas?

—Qué más papi, bien o no. Me llamo *Ray*.

—Lindo nombre. Le hace alarde a tu belleza.

*Ray* provenía de una familia humilde, con muchos problemas económicos. Era ambicioso, oportunista. Trigueño, de ojos miel, músculos bien tonificados. Unos pectorales perfectos, justos para la faena. Su culo era como una uva, su pene tan estético que parecía una obra esculpida, sin hablar de su carisma tan chispiante. Tenía además, un léxico muy pulcro, aprendido en los libros que leía. Para

cualquier persona resultaba fascinante. Sus amigos no dudaban en afirmar que sólo inspiraba sexo.

—¿Cuánto, papi?

—Cincuenta, y todos los juguetes.

—¡Hecho!

—Conozco un motel cerca.

*Ray* hizo su labor mejor que nunca. Lengua con lengua, pene con pene, desborde de caricias, se dejó penetrar. Gimieron. Luego, un grito de satisfacción y el pago.

—Eres un maestro en esto.

—Para eso me pagas.

—¿No te gustaría un novio estable?

—No sé.

—¿Quieres ser mi novio?

—Tal vez...

—Te veo mañana.

—*Ok*.

Así empezaron a frecuentarse. Cada vez con mayor intensidad y, cada vez, mayor era el pago que *Ray* recibía. Habían pasado varios meses.

—Te amo, *Ray*.

—Sabes bien que soy un prepago.

—Lo sé, pero me he enamorado.

—El que se enamora pierde.

—Me arriesgo.

—No sé ni tu nombre.

—Me llamo Antonio.

Antonio era un hombre adinerado, de buena familia, profesional, buen mozo y discreto con su homosexualidad. Había empezado a perder la cabeza por *Ray*.

Una noche bajo las sábanas, después de un buen revolcón, se dijeron:

—Eres mi océano.

—Y tú eres mi alga marina.

—¿Ah, sí? Por eso flotas dentro de mis aguas.

—Qué gracioso nos vemos dos hombres diciéndonos estas cosas.

—¿Cuándo vas a aceptar que eres tan marica como yo?

—Nunca..., tal vez algún día.

—Entonces, siempre serás infeliz.

*Ray* empezaba a cansarse de fingir y de mantener a flote tanta farsa. Sentía que el carro y el apartamento que había recibido de manos de Antonio no eran suficientes. Sabía que Antonio tenía una caleta de dinero y quería, a toda costa, apoderarse de ella; así podría tener una vida cómoda con su familia sin tener que tirar con muchos y sin aguantarse al patético de Antonio.

Esa noche *Ray* invitó. Cenaron, tiraron, y se enrumbaron.

—Anthony, estás inhalando demasiada coca, pilas.

—Y tú bebes como alcohólico, maricón.

El ambiente empezó a calentarse. Palabras y más palabras enfurecieron a *Ray*, y bajo el efecto del alcohol y uno que otro pase, decidió que había llegado el momento de llevar a cabo su plan. Se acercó a su canguro, sacó una navaja, fue hasta donde estaba Antonio y, a pesar de que su corazón latía a mil y la mano le temblaba, le dio la primera puñalada.

—Dios mío, qué has hecho.

—Es tu final, Anthony, ya no te soporto, te odio.

—Pensé que eras sincero.

—Lo sincero y lo efímero terminan por parecerse.

—Te amo, *Ray*.

—Yo amo... tu dinero, *Anthony*.

—No era esta la forma de obtenerlo, sólo tenías que pedirlo.

—Lo sé, pero no quiero cargar contigo ni un día más.

—No lo lograrás.

Antonio intentó golpearlo, pero en ese momento *Ray* le había dado otras puñaladas. Había demasiada sangre, pero Antonio seguía consciente.

—*Ray*, tarde o temprano tú también morirás, y será más doloroso.

—No lo creo... y si así fuera qué.

—Lo será, pues te he pringado el Sida, maricón.

A *Ray* le sonó más a patada de ahogado que a verdad. Se enloqueció de rabia. Fue hasta el carro de Antonio, sacó su arma, vino y la descargó en la cabeza de Antonio. Se fue, encontró la caleta,

pero fue arrestado en la carretera. Sin embargo, logró sobornar a los *tombos* y escapó. Empezó a caminar por las calles, sin rumbo, con poco dinero, pensando en que tenía una enfermedad que lo mataría lentamente.

Sin poder volver a la calle donde trabajaba, decidió buscar a Pastora, la tabaquera, para que lo ayudara. Ella lo hospedó. Después de un tiempo le presentó a Yako, un hombre también guapo y gracioso:

—Te invito a una finca esta noche, habrá una gran rumba.

—Hecho.

*Ray* asistió con ganas de escapar de la rutina. Además, era hora de encaminarse nuevamente, pues lo había perdido todo y se sentía realmente arrepentido de lo que le había hecho a Antonio. Ya ni siquiera ambicionaba el dinero.

La finca estaba de puta madre: mucha droga, muchos penes, y mucho licor..., ¿qué más pedir?

*Ray* se desató esa noche, rumbeó, y tuvo todo lo que quiso, pero no sabía que Yako tenía planes para él. Yako era primo de Antonio e íntimo amigo de Pastora. Pastora, que conocía todos los detalles del asesinato, por unos milloncitos se vendió. Yako tenía sed de venganza.

Lo amordazó, lo torturó, lo puso en una tina con agua y le dio choques eléctricos. Luego lo obligó a hacerle sexo oral al perro de la finca. Yako preguntó:

—¿Cómo te sientes, perro?

—Mal, muy mal —exclamó *Ray*.

—Yo en cambio, siento mucha satisfacción, marica.

—Me arrepiento, me arrepiento —gritó.

—No basta con arrepentirse, maricón.

—¡Perdóneme, perdóneme! ¡Misericordia, misericordia!

—¡Pídele misericordia a Antonio en el infierno! —y de un *pepazo* en el recto mató a *Ray*.

# PERCEPCIONES

Alexander Ramírez Ospina



Era mi destino, aunque todavía no podía entender el motivo por el cual me tenían allí, si los responsables del hecho fueron ellos dos. Como todos, terminé acostumbrándome y adaptándome a aquél encerrado lugar, pues de alguna forma, nada me faltaba: no se podría decir que no nos cuidarán, aunque todo me daba a entender que más bien nos vigilaban.

Fue un veraniego domingo. Me desperté de una tenebrosa pesadilla en la que me observaban, pero estaba solo. Una vida solitaria sería mi peor castigo. Me alteré de tal manera que decidí coger a patadas mi prisión. La reacción no se hizo esperar.

Perdidas las cuentas, pronto llegó el momento de celebrarse la audiencia que me conduciría a la libertad. Y fue así. En aquel edificio estaba el señor que más por respeto que por otra cosa le decían doctor, y su secretaria. Contrario a lo sucedido en aquella pesadilla, mi presentimiento se hizo realidad. No estaba solo. Junto a mí estaba él, con quien tenía en común las circunstancias de tiempo, modo y lugar, y por el mismo procedimiento, obtendría junto a mí la sentencia hacia la vida.

Y fue cuando el reloj marcó las cuatro menos veinte, se abrió aquella puerta, por fin vimos la luz y mis padres tuvieron gemelos: mi hermano y yo.

# SIN RUMBO FIJO

Hernán Pérez Ladino



Sus ojos polinesios se mueven inquietos mientras habla. Pronto fija la mirada en cualquier lugar. Los hombres armados preguntaban por don Anselmo, mi padre. Era yo el menor de cuatro hermanos. No entendía nada. Mi madre apretaba con fuerza mi mano mientras mis hermanos en cadena, se plegaban a mi otra mano.

De nuevo los hombres gritaron: “¿Dónde está el indio Anselmo?”. Unos ojos sanguinarios se posan en la mirada nerviosa de mi madre.

“Si Anselmo no sale —dice aquel hombre—, usted y sus hijos comienzan a morirse ahora mismo”. Y tomando la cacha de un afilado machete, lo pasa sobre mi cabeza.

Por este episodio comenzaré, pues fue lo último que escuché.

En fracción de segundos, del fondo del piso de barro, cubierto por hojas secas, un grito seco y desgarrador cubrió el silencio. “¡No!”, me entregó.

Como un primate, en segundos, mi padre estaba de frente ante aquellos ojos de fuego y maldad.

Unos sonidos secos, como totes de navidad, retumbaban aún. Don Anselmo y mis hermanos quedaron tendidos en un río de

sangre, mientras mi madre y yo nos confundíamos entre el llanto y los cadáveres de mi familia.

El oscuro silencio, nos nubló el camino. El Sol arde y quema la piel. Bebo un poco de agua, me limpio el sudor con un papel periódico. Al llevármelo al rostro, observo un título: “Sin rumbo fijo”.

# ARAUCA



Nelson Pérez  
Director del taller



# EL PASO DE LAS PULGAS

Dina Saray Ríos Medina



Era una tarde normal, y como siempre, ellos estaban allí, en el mismo lugar y a la misma hora, esperando la pesca del día.

La gente se preguntaba por qué en la calle llamada el Paso de las Pulgas, nadie hacía nada para evitar más delitos.

Esa tarde pasó una motocicleta. Iba una dama muy hermosa y llevaba un bebecito. Lo que los atracadores no sabían era que la dama era más pilla que ellos.

—¡Esta es la presa ideal del mercado! —dijo *El Monje*.

—Quizás —dijo *El Mosca*.

Y le hicieron la señal para que parara la motocicleta. Ella paró, *El Monje* le revisó la cartera mientras *El Mosca* sujetaba la moto. Como no encontraron nada le dijeron que tenía que entregarles algo, pero ella sonriendo dijo:

—¡Qué putas les voy a dar! ¡De pronto un *cucazo* a cada uno!

—Reina, no estamos faltos de cuca, lo que queremos es plata, algo de valor —dijo *El Mosca*.

—Lo siento, hoy no corrieron con suerte.

—Mami, déjeme el bebé y mañana nos vemos aquí, usted trae “tres palos” y yo le devuelvo el *sute* —dijo *El Monje*.

—*Ja, ja, ja*, creo que están atinando mal, porque lo que soy yo no le suelto mi hijo a nadie —dijo la mujer.

Prendió la motocicleta y aceleró.

—Esta perra nos salió experta —dijo *El Mosca* y le empezó a disparar, pero la mujer era más astuta y esquivó las balas.

—*Ja, ja, ja*, hubieran aceptado el *cucazo* no habrían quedado tan rabones —dijo la Saray mientras se alejaba.

# TODO ERA FÁCIL

Dina Saray Ríos Medina



Todo comenzó cuando tenía catorce años. Sentía que era suficientemente grande para ser independiente y empecé a trabajar. Claro que desde muy niña me dedicaba al trabajo, pero fue a los catorce cuando comencé a ser una mujer de la vida fácil, como le dicen algunos. Yo creo que de fácil no tiene nada. ¿Qué de fácil tendrá acostarse con cualquier hombre, con borrachos, sólo por veinte o treinta barras? Y es por eso que uno lo hace, por el dinero.

Mi cucha no sabía de dónde venía la platica, pero ella me la recibía porque le servía.

A mis diecisiete tuve a mi hijo, pero seguía trabajando, tocaba, porque ya eran tres cabezas por mantener.

Recuerdo que un día llegó un clientazo, era un chico muy joven, mostraba unos veintidós años, y me dijo que estaba buscando una mujer para formar un hogar; a mí me causó curiosidad.

—Si buscas una mujer para formar un hogar, ¿por qué llegaste a este lugar? —le pregunté.

Y él me contestó que muchos conocidos tienen hogares hermosos y sus esposas han salido de estos lugares.

—Y yo quiero correr con la misma suerte, soy trabajador y quiero tener a alguien en quien invertir mi vida —agregó.

A mí se pusieron los ojos de colores cuando dijo eso.

—Yo no soy mujer de hogar, pero si quieres nos enredamos a ver qué pasa —le dije.

Y él respondió que sí, pero yo creo que lo iba a pensar más porque no me volvió a decir nada, y luego se fue. Eso sí, antes me dio noventa *barras*; fue el polvo más *reluquiao* de la noche.

Pasaron exactamente quince días cuando el muchacho volvió al putiadero. Me tapó los ojos y me dio un beso en la boca. Me traía muchos regalos. Esa noche, por supuesto, no trabajé. Supe que se llamaba Older y que era camionero. Mientras él hablaba, yo maquinaba que esta era la ficha para hacerle pensar a mi madre de dónde salía el dinero que llevaba a casa. Y como él era camionero, era fácil sacarle plata.

Un día me dijo que quería conocer a mi mamá y a mi hijo. Yo pensé: “mierda, me dio la pata el lorito”, y le pregunté si estaba seguro, si no era muy rápido, y él dijo que no, que ya era hora. Así que nos fuimos. Mi mamá vivía en Saravena, Arauca, con mi hijo. Llegamos como a las cinco de la mañana. Mi bebé tenía ya dos añitos y cuando vio a Older yo le dije que él era el papá. Mi mamá me preguntó quién era él y le dije que era la persona que me estaba colaborando.

—El mocito —dijo mi mamá.

Yo me reí.

Llevábamos como trece días en la casa, cuando Older compró unas cervezas. Entre charlas y bebidas, el muy tonto le dijo a mi mamá que me había conocido en un *putiadero* de Cúcuta. Mi mamá me llamó aparte y me preguntó por mi trabajo, yo tuve que decirle la verdad, que era una puta, pero que lo hacía para mantenerla bien a ella y a mi hijo. Ella no se puso brava, sino que me dijo que ningún trabajo era deshonor. Yo pensé que me iba a echar a patadas, pero no, gracias a Dios ella me entendió.

Ahora no sé qué hacer con Older, yo a ese *man* no lo quiero, sólo me interesa la plata y lo quería era usar para la mentira de mi mamá, pero voy a dejarlo unos días, mientras decido qué hacer con él.

# AMOR EN NOTAS

Emi Johanna Saldaña



Bueno, hace mucho tiempo tengo una relación con un joven que está en la misma situación que yo: en la cárcel, pero en diferente patio. Empezamos mandándonos notas, como amigos, luego nos fuimos conociendo más. Nos contamos los problemas y, de tanto escribirnos, terminamos enamorados y ahora somos novíos, aunque todo lo hacemos por notas. Yo le digo que me gusta, él me dice que me quiere. Un día me dijo que tenía ganas de hacer el amor conmigo, yo le dije que también quería, pero como no nos dejan pasar de patio decidimos hacerlo por notas. Él me dice que me coge y me da besitos por el cuello y luego por los senos. Y se va bajando por mi ombligo, llega a mi vagina y me chupa el chocho. Y luego me voltea y me da besitos en mi espalda y baja por mi colita, me la besa y me toca todo el cuerpo con sus manos y luego me penetra, por ambas partes, luego yo lo recibo en mi boca y él me besa...

Cuando leo esas notas, me siento muy enamorada, siento que lo quiero y a la vez me excito, me mojo, siento que todo eso es verdad, que las letras escritas tienen el poder de darme placer, tanto que hasta llego al orgasmo. Hoy día pienso que todo puede parecer una locura, pero también que no hay nada mejor que el sexo por notas.



# SORPRESAS

Leidy Johanna Carrillo



Diana vivía en un país hermoso. Era una joven soñadora, amable, humilde y muy de la casa. Tenía dos hermanos: Pedro y Juan, quienes soñaban con salir adelante y, cuando cumplieran su mayoría de edad, ir a prestar el servicio militar. Pero como siempre, los sueños quedan en sueños. Cierta día, un señor de lentes, sombrero y ropa oscura y muy costosa, llegó a tan lejano lugar, a la casa de Diana, ofreciéndoles un mejor futuro. Ellos, al ver la vida tan dura que tenían, tomaron una decisión que a la larga les iba a pesar. Aquel personaje, llamado Marcos, los llevó a una casa en un conjunto cerrado donde los primeros días fueron de alegría y buen trato, pero al poco tiempo, Marcos decidió separarlos: a Pedro lo mandó a trabajar muy lejos dizque a tomar un cargo alto en su Empresa; a Juan lo sacó para la frontera, para que fuera a la mejor escuela de la ciudad y a Diana la dejó en su casa para que viviera con él.

Con el tiempo, Marcos obligaba a Diana a cumplir con todas las labores de la casa, dizque en agradecimiento por lo que según él estaba haciendo por sus hermanos y por ella. La sometía a duros trabajos y la tenía incomunicada con el resto del mundo.

Pedro, el mayor, terminó en un grupo al margen de la ley y efectivamente su cargo era superior, se volvió un comandante de las autodefensas.

Juan, el menor, que fue a la frontera, también ingresó a otro grupo: la guerrilla, pero este corrió con mejor suerte y se acogió a un programa del Gobierno y le brindaron ayuda para terminar su estudio y luego se convirtió en un patrullero de la Policía Nacional.

Cierto día, Diana salió a comprar lo del almuerzo y se encontró con un joven que desde ese día la empezó a pretender. Luis, como se llamaba, se dedicaba a robar. Diana le dio el número de su hermano Juan para que lo llamara y le preguntara algunas cosas, pero este casi no pudo hablar y, entrecortado, le dijo que estaban en un combate y no podía hablar. Ella, muy preocupada, se encerró en su cuarto mientras que en aquel lugar sus hermanos, sin saberlo, se peleaban. Ambos murieron luchando por una guerra absurda, sin sentido. En la noche, cuando todo estaba en silencio, Luis decidió entrar con mucha cautela a la casa de Diana, pero Marcos, su patrón, lo sorprendió y lo quiso herir con un arma de fuego. Forcejearon y Marcos murió. Luis sacó a Diana, le contó lo sucedido con sus hermanos y le prometió cambiar por ella, para hacerla feliz y empezar una vida sin opresiones.

Desde entonces montaron un puesto de comida ambulante y de esto viven y se pagan sus estudios. Luis está en segundo semestre de Publicidad y Diseño Gráfico y Diana está en tercer semestre de Enfermería, y hasta el día de hoy son felices. No les hace falta nada.

# CRISLY

Emifersuri Yance



Cuando Crisly la vio por primera vez, sintió que el aire le faltaba, pues la belleza de Shirley la hizo soñar con un beso de sus labios y la imaginó recorriendo su piel con la boca.

Crisly nació en una familia muy pobre. Al poco tiempo de haber nacido, su madre falleció. Su padre, quien no sabía de los cuidados de una bebé, la mandó a un orfanato, donde creció, estudió y recibió el amor de las hermanas que la cuidaron con cariño.

A los dieciocho años ya se tenía que valer por sí misma, pero le daba terror afrontar la vida. Se sentía sola. Trabajaba de mesera en un bar, pero la plata no le alcanzaba para nada y persuadida por unas amigas, empezó a ejercer la prostitución. El comienzo fue muy difícil y tuvo que aprender a consumir drogas para escapar de su realidad y tener que acostarse con el primero que se le apareciera.

A medida que fue pasando el tiempo, se resignó y ya no le importaba nada, hasta dejó de respetarse. Necesitaba ayuda. Su corazón gritaba, pero nadie podía escucharlo. Hasta que un día de lluvia y frío, Crisly decidió entrar a un bar a tomarse un trago, algo normal para calentar el cuerpo. Miró para todos lados y se encontró con que todos los clientes del bar eran mujeres, incluso hasta había

algunas besándose. Para ella eso fue muy raro. Se tomó un trago y en la mesa siguiente vio a una muchacha con cara de ángel y los ojos llenos de lágrimas. Crisly sintió tristeza y se le acercó para hablarle. Luego de una larga conversación, se les olvidaron sus problemas y entraron en confianza. El trago hizo su efecto y la noche pasó pronto en medio de risas y llanto. Crisly ya no se sentía sola, pensó que había encontrado a su media naranja. Su corazón saltó de alegría y pidió que nunca se acabara el maravilloso momento y deseó que Shirley le diera un beso y que vivieran por siempre presas del amor.

# MI PRIMER *PLÓN*

Emifersuri Yance



Estaba en la cárcel, en la celda, triste, con ganas de irme y, de pronto, me entró una ansiedad. No sabía de qué. En mi cama había una caleta y allí encontré un *baretico* de *cripy*. Lo pegué, lo prendí y se me olvidó la tristeza y quise relajarme. Cuando la *cripy* entró por mi cabeza imaginé muchas cosas, como de película. Me llené de nervios al escuchar a mi compañera de celda. El corazón me palpitaba más fuerte, el pulso se me aceleró. Me sentía como nunca me había sentido. Era un día muy alegre y más alegre me sentía yo.

Los guardías tenían una actividad de integración en el patio de los hombres y yo me sentía muy mal por mi traba. Era como si el mundo se me viniera encima, y que las personas fueran extraterrestres.

Al salir del patio, con mis compañeras, hice un relajo y me reía de todo. Me preguntaron por qué estaba así y yo con pena decía que estaba enferma, que me dolía mucho la cabeza, pero creo que nadie me creyó, porque se burlaban de mí y me decían que la niña estaba en su onda y yo, para disimular, quise armar el show y me tiré al piso. Contuve la respiración y empecé a llorar, aunque en mi mente me reía. Al ir al médico, me relajé y luego me entró la risueña, el doctor

me puso oxígeno y yo no paraba de reír. Yo creo que él sabía lo que tenía, pero no quiso decir nada, tal vez por lo buena que estoy. En fin, desde ese día no he vuelto a probar nada.

# SINCELEJO



María Alejandra García  
Directora del taller



# LA LUNA

Carlos Iriarte



Muchas personas se preguntan cómo se sostiene la Luna en el espacio. Y muchos sacan teorías para otras personas. La Luna sirvió como ruta por las olas embravecidas del mar y en muchas partes del mundo, por caminos semidesiertos que tiene la Tierra, se han escuchado cuentos, fábulas, leyendas mitos e historias sobre ella. La Luna ha sido el motor y precursor para dar inicio a un cuento poético, fantástico o una historia, ya sea realidad o falacias, pero la realidad es que la Luna sirve de esperanza. ¿Por qué? Porque muchos se han perdido en bosques, valles, selvas y caminos escarpados donde no hay luz en la oscura y fría noche, y la Luna les impulsa a seguir caminando, permitiéndoles la visibilidad en medio de esas penumbras. La Luna es hermosa porque Dios nos la dio para toda la humanidad.

Duré once meses, doce días y ocho horas para ver la Luna desde mi pequeña ventanilla de la fría y oscura celda. Y desde la celda, llamé a mi compañero con un silbido maullador y él respondió con una voz rigurosa: “qué pasa, mi amigo y compañero”. Yo le dije: “desde que llegué a este lugar nunca había visto la Luna hasta hoy, tan radiante y hermosa”. Seguía mirándola y parecía que dentro de

ella salían destellos, como cuando se juntan dos cables de electricidad. Y, entonces, él me dijo que me iba a contar una pequeña historia de su vida. Y me refirió lo siguiente:

“Cuando yo era niño iba con mi padre a pescar y, un día, mientras salíamos del pueblo, se escuchó algo atroz: mi cuerpo se puso como piel de gallina. Era la una de la mañana cuando un grito aterrador estremeció mi corazón. Latía tanto que sentía que se me quería salir, hasta llegar al punto que escuchaba mis latidos y le pregunté a mi padre: “¿qué pasa? Papá, ¿qué pasa?” Volví y le pregunté por tercera vez, pero ya mi voz se ahogaba con sollozos. ¡Papá, papá, respóndeme! Entonces mi padre me contestó con una voz temblorosa: “silencio, hijo mío, el sonido que acabas de escuchar es de la Llorona”. Era tan espeluznante que en ese momento quise correr. Con mi padre me sentía seguro, pero tenía un temor como nunca te podrás imaginar, porque yo había escuchado que ella se robaba a los niños. La noche estaba oscura y mis ojos sólo veían las figuritas en el aire dibujadas por el conjunto de las falenas que salen en la noche para buscar su alimento y aparearse. Bueno, seguimos y volvió la tranquilidad a nuestros cuerpos. Al final, llegamos al lago y la noche era muy nublada y oscura. Ni siquiera podía ver a mi padre que lo tenía a unos cuantos metros o centímetros. A tientas encontramos la canoa que era de bonga, pues somos de una familia muy pobre y humilde, hecha con nuestras propias manos. Cuando nos alejamos de la orilla, dirigiéndonos al centro del lago, de repente un viento se llevó las nubes y se pintó un hermoso paisaje en el cielo. Tan brillante, hermoso y espectacular acontecimiento sucedía ante mis ojos. Era como si el cielo se desnudara y se quitara ese vestido elegante de color negro, mostrándonos la naturalidad de la Luna. Y se mostró ella dando su claridad como si fuera un reflector. Se veía su reflejo en el agua. Podía observar cómo los peces jugueteaban entre sí, y mi padre, aprovechando la visibilidad de su hermosa luz, tiró la red y atrapó muchos de ellos. Esa fue la mejor pesca de mi vida. Como esa noche nunca pude contemplar otra y así pude experimentar un acontecimiento grande en mi vida que me dejó un maravilloso recuerdo de mi infancia. Y ese recuerdo nada ni nadie me lo podrá borrar ni privarme de él. Esta fue una pequeña historia de mi vivir. Con ella aprendí que la Luna con su esplendor hace que una noche oscura parezca clara...”

# AMORES

Jorge Anaya



Un joven se enamoró, hasta el delirio, de una joven linda y simpática. Le coqueteaba, le mandaba regalos, chocolates, la invitaba a cine y a comer en restaurantes. Ella, en cambio, rígida y orgullosa, lo ignoraba. Decía que fueran sólo amigos, pero algo le latía en el corazón. Él, triste y herido, le dijo a la joven que se iba para el ejército. A ella se le aguaron los ojos y una lágrima dejó escapar.

Pasaron los meses y ella lo iba a visitar. En uno de esos momentos de visita, ella se enamoró. Tuvieron su primer beso y al pasar los meses, ella le iba a dar la noticia de su embarazo. Él se alegró de la noticia, sin embargo, estaba triste porque se lo iban a llevar a otro lado. Ella, enamorada, le dijo que lo esperaba.

Y así pasaron los meses. Se comunicaban sólo por cartas. Mientras tanto, nació una hija linda y hermosa. Cuando terminó de pagar el ejército, volvió a su tierra, llegó a la casa y vio a la niña.

Pero la mamá del joven le comentó que la muchacha estaba embarazada y se había marchado con otro. El joven lloró hasta quedar sin aliento. Un día, la mamá del joven fue por la niña para que la viera su padre y cuando volvió le dieron la noticia de que el

joven había muerto. La madre del joven quedó tan impresionada que murió al instante.

Entonces, la joven quedó sola con la niña porque a ella la abandonó el papá de su nueva hija. Después se organizó y ahora viven juntas. Les cuenta cómo conoció al joven y ellas crecieron viendo a su padre en una foto.

# LA HORA DE LA VISITA

Wiston Pérez Román



Las nubes se tornan más azules, las aves adornan el cielo y el viento alborota las hojas secas que el sereno de la noche hizo caer. Detrás del horizonte del tiempo, el Sol comienza a mostrar su desbordante resplandor que vierte sobre la puerta de hierro, las tejas, el pavimento y los muros vacíos que están como a la espera de alguien. El reloj de arena que está sobre el escritorio del comandante de guardia marca las ocho en punto de la mañana. En las afueras de la cárcel, hay una fila interminable de mujeres jóvenes, ancianas y niños que esperan con ansias que ese portón grande, oxidado y carcomido por los años, se abra, para poder tener cerca a sus familiares. Poco a poco, la guardia comienza a ubicarse y activar su control sobre los visitantes, a quienes les revisan hasta sus recuerdos. Detrás de una reja, parecida a una telaraña de hierro, se encuentran aglomerados los presos, pues desean ver en la distancia la imagen radiante de sus familiares. En pequeños grupos, los visitantes comienzan a entrar, las manos siempre vienen ocupadas con bolsas llenas de comida.

Las horas pasan y la temperatura aumenta. En el patio, algunos jóvenes se distraen mirando las colinas que desde allí se divisan. Tienen sus corazones tristes porque hoy nadie los ha venido a visitar.

A otros, que si los vinieron a visitar, la cruda pobreza no permitió traerles ni siquiera un pedazo de pan: sólo palabras de fe y esperanza pudieron llegar a ellos.

Los niños hacen de los pabellones un parque de distracción. Para ellos la cárcel no es otra cosa que una casa grande, con telarañas de hierro como en las películas del *Hombre Araña*. Allí corren, gritan, lloran y hasta se quedan dormidos en los fríos muros, donde sus padres durante las semanas se sientan a pensar en ellos y a veces hasta a llorar.

Son las dos y cuarenta y cinco de la tarde. El viento se siente más caliente, las rosas tienen sus hojas quemadas por el Sol y los guardias ya comienzan a romper, con sus pitos, la tranquilidad, y la alegría. A esta hora los abrazos y los besos se hacen simultáneos: llegó el instante de la despedida. El domingo continúa evaporándose, mientras todos comienzan a salir. Atrás se quedan los presos con su misma angustia y tristeza y con los deseos de alcanzar algún día la libertad para ser felices de nuevo, aunque ya nunca serán los mismos. Muchas cosas han cambiado en su vida, pero su Dios sigue siendo el mismo. Ha terminado la hora de la visita.

# LO ÚNICO QUE TENÍAN ERA DINERO

Julia Corpas



En una tierra lejana vivía una joven muy triste. Sus padres no le permitían relacionarse con nadie. La particularidad de esta familia era la cantidad de dinero que tenían. Pero así como eran de ricos, eran tacaños. No regalaban nada a los pobres. Sin embargo, esta joven tenía un corazón tan noble que cada vez que sus padres salían de casa, les regalaba ropa, comida y lo que podía a sus empleados, los cuales la querían mucho, pero sufrían al ver como los padres de Jessica la ignoraban y no le daban el cariño que se merecía.

Un buen día, una de las empleadas de Jessica le dijo:

—Mi niña, aprovechemos que sus padres no están para dar un paseo.

Jessica, sin pensarlo dos veces, dijo que sí. Y en ese paseo conoció a un joven campesino trabajador, muy apuesto. De inmediato cruzaron miradas y quedaron enamorados.

A partir de ese día, Jessica se escapaba cada vez que podía para ver a su enamorado. Pero en una de estas salidas, sus padres regresaron antes de lo previsto y se hallaron con la sorpresa de que su joven hija no estaba en casa. Salieron a buscarla y la encontraron con el joven campesino. El castigo de Jessica fue tan grande que un día

decidió acabar con su vida y, minutos antes de hacerlo, escribió una carta a sus padres. La carta decía:

“Mamá, papá, espero que puedan perdonarme, así como yo los perdoné a ustedes. Sólo espero que algún día puedan darse cuenta de que las cosas se disfrutan cuando son compartidas y cuando no miramos y menospreciamos a las demás personas por ser pobres. A ti, mi nanita, y al resto de los empleados sólo quiero agradecerles por el inmenso amor que me han dado y deseo que nunca cambien. Los amo porque para mí son mi familia”.

Concluyendo la nota, la joven acabó con su vida. Cuando los padres encontraron a su única hija muerta y la carta que dejó, se dieron cuenta de su gran equivocación, pero ya era demasiado tarde. Los empleados que habían tenido por tantos años se fueron, y esta pareja quedó tan pobre, pero tan pobre, que lo único que tenían era dinero.

# CUSTODIADOS POR EL INPEC

Carmen Gutiérrez



En pocas palabras, les voy a contar un poco de lo que se vive aquí.

Audiencias van y vienen como perrito de rico. Ves el mundo pasar a través de una ventana. Y lo mejor, escoltados por las guardianas, para que uno no se escape. “Sorpresa esperada, te condenaron”. Lágrimas, dolor, vacío que se te prende del corazón y de ahí no salen porque las lágrimas son momentáneas. Tras de que estás preso, te cuidan como niñita de convento, después de ser loca y jugarlas en todas las batallas. Lo mejor que nos queda es refugiarnos en los cultos, sin importarnos la religión. Qué vaina como aquí se golpean tanto el pecho ante Dios. Yo sólo veo cómo el diablo hace hostias para que comulguen los angelitos con cachos. Veo que como seres humanos queremos, en momentos, compartir un saludo con un hombre, una mirada, una sonrisa, un coqueteo para no olvidar que el hombre nació para la mujer, o viceversa.

Íbamos a misa con la esperanza de ver al amigo, al marido, al novio y con respeto, sólo nos saludamos de mano, pero con la mirada nos decíamos todo, para que no quedara duda. Hoy ya no nos dan ni misa y si la dan, ya no nos mezclan. De casualidad ves pasar por las rejas a ese ser querido, con señas le hablas y nada entiendes. Mejor

sería si dictaran un curso para mudos de contrabando. Con una cartica lo intentas y, si la logras pasar, suspiras. Claro que si te pillan, te castigan como a una niña. No hay recreación, no hay eventos y ahí es donde tienes que poner en práctica lo que sabes para que no te castiguen, para bajar a Odontología, aunque es muy difícil porque nunca hay cupo.

Por la reja que conduce a la cancha, uno puede ver a todos esos hombres llamando, gritando, saludando, preguntando y tirando piropos, y las guardianas dicen: “cuidado, no hablen, no miren”. Miles de prohibiciones se montan en los talones, aunque viéndolo bien, son buenas. Es dizque cuestión de trabajo, sin embargo yo no creo que un saludo y habladita te baje las pantaletas, pero bueno, estás presa, aguanta, y que te quede de experiencia para que nadie te maneje como un pefele.

# SU VUELO SE DETUVO

Angélica Romero



Sofía era una muchacha llena de problemas. Comenzó a sufrir desde muy joven. Al cumplir dieciséis años, su familia se preocupó porque ella se enamoró de un hombre que su papá decía era el equivocado. No querían nadie para ella porque su familia se dedicaba a negocios ilícitos. Entonces, Sofía empezó a tener problemas con su padre.

Cuando cumplió dieciocho años, quedó embarazada y decidió convivir con su novio José. El 28 de mayo de 2009 se fue para donde su suegra. Después de llevar unos meses viviendo juntos, Sofía se enteró de una novia que tenía José a escondidas. Y peor aun, esa parejita tenía un hijo. Sofía no tuvo otra opción que aceptar esta situación y ganarse el cariño de esta criatura. Tan buena fue en su rol de madrastra, que el niño empezó a llamarla mamá. Por esta razón, la madre biológica sufría de celos enfermizos hacia Sofía

Un día, la muchacha se dirigió hasta la casa de Sofía y la agredió. Por esa razón, ella perdió a su bebé. Sin embargo, no se deprimió y siguió con sus estudios, pero los conflictos con esa muchacha nunca se acabaron. Su familia, al verla sufrir, le propuso que se fuera para Medellín, que allá seguiría con sus estudios. Sofía lo pensó y, en una fuerte pelea que tuvo con José, se trasladó a Medellín. A los tres

meses, su esposo comenzó a visitarla para hablar con ella y su papá. Durante cuatro meses siguió yendo hasta que la convenció de volver a Sincelejo.

Sofía tenía como quince días de haber llegado, cuando hicieron un allanamiento en la casa de su suegra. José se encontraba allí y lo capturaron. Pasaron dos meses y ella decidió irse para donde su abuela a seguir sus estudios. En mayo, después de sus prácticas de asistente administrativa en Olímpica-SAO, al llegar a su casa, se encontró con la SIJÍN que la estaba esperando con una orden de captura por un denuncia puesto por la ex esposa de José. Sofía se sorprendió y los acompañó hasta la URI. Ahí se enteró de lo que estaba pasando.

El problema era con el niño de José. La mamá lo abandonó a los dos años de edad y Sofía se encariñó con él. Ella lo bañaba, lo vestía, lo sacaba a comer helado, lo llevaba a jugar al parque, le compraba sus cosas como un buen niño que era. Luego lo matriculó en un hogar infantil, pero al trascurrir el tiempo, como al año y medio volvió la madre del bebé y solicitó su custodia. Sofía, con mucho dolor, le dijo a su suegra que lo entregara, que ella no pelearía por ese bebé que no era de ella. Le dolió pero lo tuvo que hacer.

Lo que más le duele es lo bien que se portó con su hijastro y le pagaron con una demanda. Esa mujer dijo que Sofía distribuía droga a través del niño. Hicieron su audiencia, le negaron la libertad y la condenaron por usar a su hijastro en la venta de droga.

Hoy, Sofía espera su libertad. Piensa que todo esto es injusto porque ella nunca cometió ese delito y menos utilizando al niño que tanto llegó a querer.

# TULUÁ



Walter Mondragón López  
Director del taller



# LUCHAR POR LO QUE UNO QUIERE

Madelaine Martínez



Pues como les parece que yo tuve una enfermedad: la depresión.

Y por eso intenté matarme. Estaba muy aburrida y me tomé unas pastillas. Hasta me corté las venas. Cuando me las tomé, tuve un problema de gastritis aguda. Yo estaba muy mal porque he tenido problemas con mi hija. Estaba muy enferma, no comía, no dormía, sólo pensaba en ella. Tenía muchas ganas de morirme, pues me sentía muy cobarde para vivir y en cuanto más días pasaban, más de para atrás iba. Estaba flaca, fea y enferma. A mí me daban consejos en esos días. Y gracias a estos, me di cuenta de que a mi hija podía recuperarla.

Por pensar en ella, me levanté y me fui recuperando poco a poco. Me puse a pensar que si estoy enferma, no puedo hacer nada por mi hija, y esa no es la salida. Por eso decidí volver a ser la misma de antes. Entonces, en estos momentos, puedo estar un poco mejor y luchando por ella.



# INTELIGENCIA MÉDICA

Gheisy Viviana Pérez  
Nelly Jovanna Sanclemente



El 14 de abril de 2011, me agravé de una de mis piernas. En realidad, todo empezó el 11 de diciembre de 2010, cuando tuve un accidente en moto; me hice un huequito en el pie derecho. Eso me supuraba agua-sangre y era muy doloroso, pero así y todo, me sanó. Yo no le di importancia al asunto y los días pasaron. Pero, cuatro meses después, mi pierna se empezó a poner roja. Tuve que salir para el hospital. Los médicos dijeron que tenía un absceso y tuvieron que ponerme antibiótico. Duré tres días hospitalizada.

Llegué a mi casa y ese mismo día por la noche, el pie se puso entre rojo y negro; otra vez se me hinchó. Me dolía mucho y de nuevo me llevaron al hospital, y volvieron otra vez con el antibiótico. Pasaron tres días y el pie seguía igual; entonces me cambiaron el antibiótico por uno más fuerte y pasaron dos días más. Yo seguía hospitalizada, sin ninguna mejoría. De mi casa llamaron al médico de turno y fue a verme. Cuando me vio, dijo que tenía una trombosis profunda en la vena. Ahí mismo pidió un bisturí y me rajó, así sin anestesia. Yo gritaba del dolor. Me sacó un poco de materia con sangre y me tapó. Luego de eso, yo descansé y el pie retomó su color normal y se me deshinchó.

Después de aquello, duré otros dos días más en el hospital. El 24 de abril me dieron de alta y hasta el Sol de hoy no me ha vuelto a doler el pie, pero me quedó la experiencia: uno tiene que hacer valer sus derechos aquí y en cualquier parte, porque la primera vez me enviaron para mi casa sabiendo que yo estaba mal. Mi insistencia fue la que me curó: si uno no se preocupa por uno mismo, otra persona no lo va a hacer.

# INSPIRACIÓN A TU AMOR

Milton Bolaños Pérez



Amor,  
Tú eres la luz de la mañana  
Marcas el camino que deseo continuar  
Tú eres mi felicidad, la que anhelo para siempre;  
El brillo de tus ojos me refleja la belleza del todo  
Tus labios me dan la frescura de la vida  
Tu corazón le da al mío la vitalidad y la energía  
Mis palabras rebozan del amor que tengo para ti.  
Tu amor es ese sendero que deseo labrar.  
El calor de tu esbelto cuerpo  
Abona el deseo que siento por ti.  
Tú eres la gloria que merece el vencedor  
El néctar de tu amor es el de la flor que alimenta la abeja.  
Por tu amor las barreras que me interponga la vida  
Por altas y largas que sean no podrán impedirme llegar hasta ti.  
Tu corazón aunque esté sin abrir  
Es la puerta de mi felicidad...  
y yo tengo las llaves para dártela;  
si lo deseas: úsalas y déjalas perder  
para que siempre seamos uno solo.



# DISFRUTAR DEL PAISAJE

Guido Ayala Ayala



...y bajábamos en nuestro *jeep* Willys, por el polvoriento camino, mientras disfrutábamos de la brisa calurosa, del olor de la montaña, del canto de los pájaros, de la compañía de la madre naturaleza. El camino en mal estado se confabulaba con nuestro vehículo para mantenernos despiertos y así disfrutar del paisaje; en un recodo del camino, al lado de un gran pastizal, nuestro viaje se vio interrumpido por causa de un pinchazo en una de las llantas. Mientras mi hermano solucionaba el problema, aproveché para estirar mis piernas después del largo trayecto que habíamos recorrido. El camino estaba despejado y solitario y únicamente un samán que acabábamos de pasar era mudo testigo de nuestro percance. Me dispuse a abrigarme con la sombra que me brindaba aquel árbol, pero antes, me volví y se abrió ante mis ojos el hermoso paisaje de este Valle del Cauca que nunca había disfrutado, tal vez por premura o por distracción.

El astro rey se imponía majestuoso en lo alto, vigilante y abrazador con sus largos tentáculos de luz y su abrigo de calor como fuente de vida. El bello paisaje que se presentaba ante mí era como una pintura de acuarela con sutiles pinceladas, cual matiz de un

hermoso e imponente arco iris en el horizonte que cabalgaba sobre una de las cordilleras que surcaban el Valle, y lo adornaban millares de copos blancos sobre el azul celeste que conforta el alma. Hacia el oeste, por la cordillera occidental, una gran nube blanca y plateada dejaba escapar un rayo de luz esperanzadora sobre la verde y fértil planicie perfumada por la dulce fragancias del anís de caña, dominada por su río tutelar, y trazaba su camino como la huella de una lombriz que busca afanosamente la humedad y su refugio terrenal. Al norte, donde convergen las dos cordilleras y abrazan el río dándole la bienvenida, un gran velo teñido de gris presagia una gran tormenta que bendecida por un fugaz e inesperado rayo acaricia los cultivos velozmente, como señalando el punto escogido por el creador para fertilizar con su rocío de vida la tierra que alimentará sus hijos con la vid; al sur, donde el horizonte domina el plan, se evidencia el fruto del trabajo humano, en los cañaduzales con la súbita nube que nace de la tierra y se eleva al firmamento como una gigante coliflor con su calor sofocante y su posterior lluvia de pavesa que viaja como barco sin timón y a merced del viento cae como una nevada de escarcha de negro, maldiciendo a unos y fertilizando a otros. Mi visión absorta ante tanta belleza fue interrumpida por una colonia de garzas blancas como pálidas azucenas que volaban como llevadas por el viento hasta perderse en el horizonte. Me refugié en la sombra del árbol y mis pensamientos aún volaban. El calor del Sol lavaba mi frente y mis mejillas. Con la manga de la camisa me dispuse a limpiar mi sudor, levanté la cabeza y vi cómo el Sol trataba de esconderse entre las ramas arrulladas por el viento; allí, una cigarra secretaba su rocío salino descomponiendo los rayos del Sol como un diminuto arco iris que rápidamente desaparecía por la brisa.

Este fue el final del disfrute de la sinfonía de la naturaleza, que antes ignoraba, pero que acaba de disfrutar, gracias a un percance. Esto me sirvió para seguir viendo las cosas como son, sin desaprovechar las oportunidades para disfrutar de la naturaleza tal como es y se presenta ante nosotros. Con un grito, mi hermano me sacó de ese momento mágico anunciándome que podíamos continuar el camino. El *jeep* estaba reparado y así, emprendimos la marcha.

# LOS ANDARIEGOS

Luis Dairo Morales Alzate



Algunos años atrás, me fui a aventurar, en sendas *ciclas*, con un amigo hasta Ibagué. Pasamos por lomas y carretera adentro. Cuando faltaban como siete horas para llegar, recuerdo que nos detuvimos atraídos por un río de color dorado, y relajados nos bañamos en él. El río no era muy hondo y brillaba mucho en su arenilla, pareciéndome que por este corría oro. Por allá, a lo lejos divisamos dos ancianos en un ranchito y un joven que se desplazaba con una pala al hombro, ya hacia las afueras del río, como si acabara la jornada. Esto me causó gran inquietud. Eran como las doce o una de la tarde. No le comenté nada a mi amigo ni él lo hizo. Simplemente tomamos nuestras bicicletas y seguimos rumbo a Ibagué. Por el cansancio, yo ya me iba quedando dormido en la carretera y paré a descansar bajo unos árboles. Esa noche nos despedimos, y él dijo que seguía para Acacías.

Al otro día, me devolví con la secreta intención de encontrarme otra vez con el río y, además, me dio pereza seguir avanzando más allá del Tolima. Sin embargo, de regreso, no pude encontrar el río, se me perdió entre tantos otros. En cambio, mientras buscaba el camino a casa, me volví a encontrar con mi amigo; él se había

devuelto aquella misma noche a casa; a él también dizque le dio pereza seguir solo esa aventura, pero yo creo que también él se devolvió a buscar el oro del río, porque lo encontré varado en una fonda, todo embarrado. Le pregunté si había visto el río donde nos habíamos bañado. Él hizo como que extrañaba mi pregunta, pero respondió:

—No, lo que pasó es que como la visibilidad de la noche es mala, un carro que venía de frente casi me arrolla y me sacó de la carretera, y fui a dar contra un potrero empantanado.

Entonces yo pensé: “Este sé encontró oro pero del que cagó el caballo moro”.

# NACIÓ MUJER

Florentino Téllez



Esperábamos nuestro bebé para el 1º de abril de 1995. Mi amada esposa se hallaba en casa esperando los dolores porque, según los pronósticos de los médicos, ya venía en camino mi primogénito. Esperaba con ansias ver a mi hijo. Pero ese día no nació.

Al día siguiente —2 de abril, a las cuatro de la tarde—, mi hermana salió para el hospital porque mi hijo ya venía llegando. Me llamaron a mi trabajo y salí lo más pronto posible para el hospital. Al llegar, pregunté por mi esposa, y me permitieron entrar donde ella estaba.

—¿Nació el niño?

Y ella me dijo:

—No. Te ha nacido una hija. ¡Tú niña! Y es hermosa, está allá, la tienen en una incubadora.

Corrí a verla. “Es preciosa”, me digo, mientras la veo completa.

La verdad yo quería un niño para enseñarle muchas cosas; no me figuraba que pudiera hacerlo con una niña, ¡no sabía cómo hacerlo! Pero la vida y Dios son tan bellos que no hubo necesidad de eso. A esa hermosa bebé no le enseñé yo, sino que ella me enseñó a mí. Y es la hora de la vida en que cada día aprendo más de ella, es

la bebé más linda e inteligente que conozco. Como dice la canción:  
es mi niña bonita.

Ella, con sus gracias y ocurrencias, me enseña más y más cada vez. Yenny Téllez, se llama.

# VIAJE DE DESPEDIDA

Milton Bolaños Pérez



Fui conductor. Mi vida transcurría entre viaje y viaje, y la única ruta que me gustaba para trabajar, entre tantas otras, era la que lleva al principal puerto sobre el Pacífico. Trabajaba los siete días de la semana y rara vez sacaba un día para descansar. El bus de la empresa para la que prestaba mis servicios era un vehículo potente, de doce, diez metros de largo, cuya cojinería era reclinable y podía, cómodamente sentados, transportar hasta cuarenta y dos pasajeros. ¡Qué hermoso recuerdo! Disfrutaba observar por el espejo central el pasillo entre las hileras de los asientos a los pasajeros, repasándolos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, a ver cómo iban; y cuando el bus estaba abarrotado, el disfrute era ver aquellos pasajeros parados —aunque deseara que fueran sentados— porque ellos lucraban mis bolsillos; no se puede hacer eso hoy día sin que te pare la poli, puesto que el código de tránsito lo prohíbe.

Triste para mí cuando la empresa dio un giro al servicio que prestaba y me bajaron del bus a manejar una buseta para veinticuatro pasajeros. Un vehículo con servicio de baño, aire acondicionado y cojinería de lujo, al igual que el cortinaje, y hasta televisor y betamax. Y aunque al principio me pareció bueno el cambio, no

fue así: ¡cómo extrañaba mi bus de antes! Es que ya no podía ver el pasillo “florecido” de pasajeros parados. Lo peor de todo fue una gripa que me agarró a los pocos días de andar en la buseta. Esa me duró más de cuatro meses y se negaba a dejarme vivir. Iba al médico y me recetaban algún antipirético, pero... ¡nada! Hasta que después de muchas visitas, de tanta consulta, uno de esos médicos me pregunta:

—¿En qué labora?

Al principio dudé en responder, pues temía quedarme sin *coloca*.

—¿Cómo es su oficina? —me volvió a preguntar.

Al final, le dije en qué trabajaba y le conté que encima de mi puesto de conductor había una salida de aire frío.

—¡Señor Bolaños, eso lo está matando! Así no hay medicina que le sirva. Mi consejo es: cambie de vehículo o suspenda el aire, y en pocos días verá que se recupera.

Eso hice. Suspendí el aire de la cabina y enseguida me fui recuperando, pero la gente pedía el aire acondicionado y había que ponérselos. Y volví a enfermarme.

# CORAZONADAS

Por doña Lilia, abuelita trujillense



El embarazo mío fue “previo”, esto lo dijeron los médicos, con “desprendimiento de placenta”. Prácticamente mi hijo se crió fuera de la placenta. Yo no podía hacer un movimiento duro porque de una se me vendría. Me sometieron a reposo desde los dos meses en adelante. Una vez, a la una de la madrugada, me levanté a hacer chichí, luego me subí a la cama y por sentí algo caliente entre las piernas. Era sangre. Hice fuerza al subir a la cama y no recuerdo más. Me llevaron al hospital de Trujillo y, luego, como me estaba desangrando, me remitieron a Cali, al Departamental. Allí me hicieron un chequeo médico y me obligaron a total reposo. Esperaron como siete días, hasta que se apareció una mujer negra desnuda que me miraba una y otra vez. A ella le habían hecho una cesárea y estaba como loca, o no estaba bien. Yo creía que me iba a hacer daño porque ya en la tarde anterior había cogido el bebé de una de las mujeres que estábamos allí y decía: “este es mi bebé”. Y la otra asustada, le trataba de explicar, sin convencerla, que ese era el de ella, que la suya era la niña. Después supe que ella quería haber tenido un varón e imaginé que seguramente creía que le habían robado a su bebé. Cuando la mujer negra me miraba, entró una enfermera y

yo la puse sobre aviso para ver qué hacían con esa mujer. Debido a esta tensión, me dio un dolor intenso en el bajo vientre y me prepararon para cirugía. Cuando volví de la anestesia, oí llorar al niño. No veía, o mejor desperté entre dormida; ahí vi cómo lo alejaban y lo llevaban para la incubadora.

Había nacido de seis meses, normal, ¡completico! Yo lo nombré: “Carita de niño dios”. Era así del tamaño de dos cuartas, pelirrojo, y parecía un Sol. De una cara muy hermosa. Yo me alimenté muy bien. Allí duramos quince días hospitalizados, él en la incubadora y yo en la cama. A él le ponían un aparatico en el pipí para que orinara, no sé por qué. Yo lo conocí sólo cuando ya tenía tres días. La enfermera que nos atendió, gracias a Dios, era sobrina de Pedro, mi esposo. Estuvo pendiente de mí y el bebé. La familia de él también. Transcurridos veinte días de yo estar allí, nos sacaron y nos llevaron a la casa de una cuñada de él (no era mi hermana) en Cali. Después dejaron a mi niño en Cali y a mí me llevaron a Trujillo. Nos acompañó la enfermera porque mi estado de salud era delicado. Allá llegué donde una prima. Ella me cuidó la dieta y me acompañó a las visitas a las curaciones en el hospital del pueblito. A los tres meses, cuando ya me sentí con fuerzas de caminar, me fui para Cali por mi bebé. Me lo entregaron sin inconvenientes y me lo llevé para Trujillo.

A los dos meses, la enfermera que me lo cuidó vino con la mamá a visitarme y a ver al niño. Lo encontraron gordo y bonito. Estaban aterradas de ver lo buena nutricionista que resulté. La novedad que les conté es que el niño ya tenía su nombre, lo bautizamos con el nombre de Jefferson. Se puso muy contenta porque ese era el nombre que ella, Teresa, nos había sugerido. Le dio mucha alegría, aunque ella hubiera preferido que la nombráramos madrina. Esa señora se manejó muy bien conmigo. Yo viviré eternamente agradecida con Teresa y aunque no lo haya llevado en brazos a la pila de la iglesia, ella es su madrina también.

La suegra y los familiares de mi esposo me quisieron mucho; tanto, que el día que se murió, moribunda, me dijo: “siga con Pedro, usted es una buena mujer”. Y enseguida se fue quedando dormida para siempre.

Es raro, a mí me ha tocado “despedir” a varias personas: a mi madre, a la mamá de él, a una amiga; me daba la corazonada y yo iba. Vivía en el campo, sentía su presencia fuerte que me llamaba. Entonces me arreglaba, me iba, y preciso estaba agonizando.

Tengo muy presente cuando sentí la corazonada de Silveria. Cuando llegué al pueblo, me recibió el esposo, muy triste: “pase, doña Lilia, pase, pase —me repetía empujándome por el hombro—. Ella está muy enferma, la está esperando a usted”. Yo no pensé que fuera para morirse, pero sí, estaba muriéndose. Silveria al verme se animó y me trató de decir algo, a mí sola, pero en ese momento, se apareció otra muchacha y ella le pidió agua. Fue mirándome que se murió. Yo tuve miedo, pero me quedé un rato ahí, viéndola también. Fue muy raro; en las últimas, cuando ya no pudo decirme nada de lo que me quería decir, moribunda, en el último instante, la pieza se heló y yo me helé.

Con Dioselina, otra amiga, a la que la muerte ingrata se le había llevado a su esposo hacía cinco meses, y permanecía muy sola, también me pasó; conocí a su marido, ahí en Trujillo, una buena persona. Llegamos a la casa de ella, a visitarla porque estaba enferma; era de la tercera edad y me apreciaba. Estaba ida, como en “paroxismo” y nos habíamos reunido en su casa para ver qué pasaba, y si podíamos ayudar. Cuando volvió en sí, como de un sueño, mirando para el páramo, metió un grito y trató de sacarse la cobija de un solo tirón y la batola como si algo le quemara la piel, era como si tuviera candela en el cuerpo porque ¡en ese frío! Yo comprendí la situación, era el delirio que causa la enfermedad, estaba viendo visiones. Me acerqué y empecé a consolarla, sobándole la cabeza: “tranquila, ya, ya”, le dije como si se tratara de una niña que necesita protección. En eso se calmó y pensando yo en que podía ser también miedo a la eternidad, aproveché su calma del momento para hablarle al oído: “tranquila, usted ha sido buena —recuerdo que le decía—, y ahora se va para siempre, no tenga miedo, entrégueme el alma a Dios y muera tranquila”. Ella fue una mujer buena y fiel a su esposo, igual que él. El dolor por su muerte, yo creo, le aceleró la enfermedad y su propia muerte. Ella tenía cáncer, pero no estaba mala y luego de la “ida” de él, se le despertó como un volcán dormido. Hacía tres meses, los médicos, viéndola tan grave habían

pronosticado su pronto deceso. Se sentía sola e inconsolablemente lloraba. Ahí fue cuando vi la necesidad de acompañarla constantemente. Como tenía que atender la casa, venía cada vez que podía, dos o tres veces en la semana. La atendí en cuanto pude, ayudándole con los oficios de la casa. Otra gente le traía la comidita, hasta que se murió.

Yo he sido una mujer muy amiguera. A Jefferson lo llevábamos a controles seguidos y yo aprovechaba para ver a mis amigas en el pueblo. También me lo llevaba para misa, así tuviera que cubrirlo con la ruana sobre mi pecho para darle la leche. Mi niño era la sensación: los amigos y vecinos se me arrimaban y me decían: “que niño tan bello”. ¡Nunca le faltó el amor! Ahora tiene veinte años. Mi marido, Pedro, sí murió hace dos años

# LA BOLA DE FUEGO

Cristina Colorado



Tenía yo más o menos ocho años, vivía con mi mamá y tres hermanas. Un día cualquiera, llegó de visita un hermano de mamá a quedarse unos días con nosotras. Esa misma noche, nos acostamos a dormir cuando me despertó la bulla de ella, diciéndole a mi tío que junto a la pared de la sala se escuchaba como si dejaran caer cucharas o monedas, y que veía una bola de fuego rodar por el suelo y que al chocar con la pared, se perdía. Esto pasó así varias noches. Mi tío le dijo a mi mamá que eso no era normal, que de pronto había un entierro ahí. Entonces mi tío le sugirió a mi mamá que rompieran el pedazo de pared para ver qué había allí. Esa bola de fuego tan linda que veían, era por algo, lo mismo que el ruido de las monedas o cucharas.

A mi mamá le daba miedo romper paredes porque la casa era alquilada, pero mi tío le insistió hasta convencerla. Sin embargo, pasaron dos noches y no se vio ni se sintió nada.

A la tercera noche volvieron y sintieron los ruidos y vieron lo mismo. Ya mi tío tenía todo preparado para romper donde fuera la cosa.

Yo estaba durmiendo cuando me despertaron unos ruidos. Me levanté y vi a mi tío con una pica y una pala. Vi el roto en la pared.

Mi mamá me dijo que me fuera a acostar, pero yo no le hice caso. Luego de un rato, vi que mi tío sacó unos huesos de una persona; eran unos restos de alguien desconocido que habían enterrado ahí en esa casa, pero mi tío no estaba contento, decía que fuera de esos huesos debía haber algo más. Mi mamá estuvo de acuerdo con él. Decían que ahí había un entierro de oro, porque entonces no se hubieran escuchado los sonidos como de morrocotas de oro, o cubiertos de plata; pero como la casa era ajena y se hacía tarde, no siguieron cavando y taparon la pared. Los restos, mi tío los recogió en una bolsa y los tiró en una cañada que quedaba cerca de la casa.

Pues bien, resulta que mi tío se fue aburrido para su pueblo por no haber logrado lo que quería: sacar la plata o el oro que supuestamente allí había enterrado. ¡Otro hubiera sido nuestro destino!

Mi mamá, asustada porque siguió sintiendo todas las noches los ruidos de monedas o cucharas, entregó la casa y nos fuimos a vivir a otro lugar.

# EL PERDIDO AMOR

Alex Valdez M.



Tuve una relación muy bonita con mi ex mujer, llena de hermosos detalles y lindos momentos. Todo era muy bello. Pero pasó el tiempo y surgieron situaciones que empañaron aquella relación, hasta llegar al caso de no aguantar más y decir adiós a todo.

Después me he puesto a pensar: ¿qué nos faltó a los dos? Y esta fue mi conclusión: si el amor que yo sentía por ella era tan grande, ¿por qué no luché?

Pero pudo más mi orgullo y nunca más traté de buscar razones ni soluciones y dejé todo así.

Hoy me siento un perdedor; por cobarde perdí a alguien que me hacía feliz, pues cuando uno ama lucha y persevera. Tal vez el fin de esta historia hubiera sido otro.



# EL DUENDE EN LA RECLUSIÓN

Tatiana Gutiérrez



Le oí contar a una compañera que hace tres años su hija vivía en un rancho de una vereda, a las afueras de aquí de Tuluá, con su esposo y sus dos hijos. Contó que en esa casa asustaban a la niña de cuatro años.

Todos los días, la niña le decía que en el techo de la pieza donde ellos dormían había un niño muy bonito y que cada vez que se iba a dormir, el niño la llamaba. Le decía que él la subía y la acompañaba. Unos de esos días, a la niña le dio mucho miedo y llamó a su mamá. Ella le dijo que no molestara, que allá no había nadie. La niña le insistía, pero la mamá no le hacía caso. En una ocasión, un tío las visitó y la niña le contó lo que veía. El tío le dijo que no fuera a irse con ese niño, porque él se la llevaba lejos si le ponía cuidado. Desde la visita del tío, a la niña le dio más temor que antes y no se quiso quedar más con su mamá, porque el Duende se la iba a llevar.

Yo no creí esa novela ni la de Albita. Sin embargo, una noche cuando estábamos desveladas, otra de nuestras compañeras me contó una historia parecida y ella, a ver si podía asustarme para que no me durmiera, contó esto:

—Como le parece, *Tati*, que una vez eran las doce de la noche, como hoy, y yo venía por la carrilera de trabajar. Cuando estaba al frente del barrio La Trinidad, oí que tocaban una flauta. Miré para un árbol porque el sonido se escuchaba cerquita, pero no vi nada, ni vi que nada se moviera. Llamé a mi hijo y él me gritó desde la casa: “¡Mamá nos están asustando!”. Me dio risa de los nervios, y sentí más cerca al flautista invisible. De repente, llegó un amigo y se calló la música. Este me dijo que el Duende, después de las doce, había cogido la costumbre de tocar la flauta, y como yo vivía cerca de la carrilera, él se acomodaba detrás de las personas como una sombra a tocar ese instrumento. Pero uno nunca lo veía, porque él se movía rápido si uno se volteaba a verlo, y siempre quedaba detrás de la persona. Entonces era mejor que tratara de llegar más temprano para evitarlo, si no quería sus serenatas en el oído. Yo no lo volví a oír hasta una noche en que mi hija llegó tarde y me llamó desde la carrilera para que lo escuchara. Por eso dijo: “sé que el Duende existe y toca la flauta como un ángel y lo hechiza a uno”.

Ese relato me hizo dormir enseguida. Pero desde hace unos días para acá, mi pensar es diferente, ahora no es que crea en el Duende, ahora estoy segura de que vive aquí y es probable que persiga a Alba. Esto sucede aquí en la reclusión. En ocasiones, escuchamos una linda pieza musical tocada con un instrumento parecido a la flauta, como antiguo y tosco. Se oye una canción muy dulce que no entendemos, que la canta el Duende. En ocasiones, cuando nos visita en la reclusión, no entiendo si porque es un pequeño niño o porque es un engendro maligno, nos encanta con su melodía, como un hechizo. Como no podemos salir al patio, no lo vemos bien desde nuestras celdas, pero las que tienen ventana al patio, dicen haberlo visto y a algunas les provoca miedo y a otras no. A veces, se escucha correr y otras veces no, asegura una amiga. Otra dice haberlo visto sentado en una de las mesas donde comemos. Nuestra compañera dice que se ve alegre moviendo los pies y que no es malo, porque si lo fuera, en vez de hacer música, haría maldades.

¡Quién sabe si sea el mismo que persigue a Alba! ¿Y si ella sabe más de él, qué?

# NO SABES LO QUE TIENES

José Guido Ayala



Son las doce y cuarenta y cinco minutos de la tarde de un lunes de trabajo y estudio. La misma rutina diaria que la sociedad moderna nos impone, de la lucha cotidiana por el pan de cada día, del estrés que nos desespera y abruma. Vengo de trabajar con mi esposa y de recoger a mis hijos en el colegio. El conductor nos lleva a nuestro privilegiado hogar en la zona rural de la montaña que vigila mi pueblo, el cual posa sobre un hermoso valle. Tuve una mañana muy difícil, pues mi jefe me llamó la atención en la junta de socios y me empapeló con trabajo para toda la semana de la que espera los mejores resultados. Mi esposa no fue la excepción, pues le tocará, además de su trabajo, hacer el de su compañera, quien salió en licencia de maternidad.

A pesar de que el trayecto hasta nuestra casa es de veinte minutos, cada recorrido se me hace eterno, pues mi mente continúa trabajando, maquinando y tratando de encontrar las causas y orígenes de mis problemas laborales y la manera de solucionarlos estratégicamente. Mi esposa me hace en vano dos veces la misma pregunta y yo, ensimismado en mis asuntos, enredado en mis desaciertos, perdido en un laberinto con mil salidas y una sola correcta, vuelvo a

la realidad y presto atención a mi esposa, quien por tercera vez me pregunta:

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien... nada que no pueda solucionar... ¿Y a ti cómo te fue? —Le pregunté al mismo tiempo que encendía mi computador portátil.

—Tuve un día muy difícil, con mucho trabajo y después de las seis, debo trabajar horas extras por unos días —refirió desanimadamente.

El automóvil subía por la pendiente de la montaña entapetada por verdes pastizales y adornada por coloridas veraneras, al lado del cálido camino que reflejaba la luz intensa del Sol cual tono de arbol mañanero. Oigo el susurro de una voz infantil en mi oído, pero yo, una vez más, estaba atrapado y encerrado en mi mundo laboral y cibernético, tratando de encontrar respuestas a mis preguntas y nadando en un mar de números y cálculos infinitesimales. La voz vuelve a mí, y con la intención de hacer un pare en el camino para refrescar mi concentración, vuelvo mi mirada hacia aquella voz y me conecto nuevamente con el mundo real.

La voz era de mi hijo menor de siete años, quien estaba de pie en el sillón trasero, justo detrás de mí.

—¿Papi, viste las garzas que iban volando?

A lo que respondí:

—No, mijito, estaba ocupado con el computador.

—¿Y viste la vaca cuando alimentaba el ternero en aquel hato?

—No, hijo, realmente estaba distraído.

—Papi, ¿cuándo las garzas vuelan, a dónde van?

Y pensando un poco antes de contestarle, le respondí:

—Seguramente van a sus nidos a alimentar a sus polluelos.

—¿Cuándo me llevarás a nadar a la cascada donde nadaban los paticos?

Mientras yo le preguntaba cuál cascada, y me preguntaba a qué horas había visto todo eso, el chofer me interrumpió y me dijo:

—¡Pinchamos!

El chofer logró parquear el carro al lado del camino en un sitio seguro y nos hizo señas de que bajáramos para proceder a reparar la llanta averiada.

En mi mente, las preguntas de mi hijo aún retumbaban y me sentía mal por no haberle dado una respuesta satisfactoria y en el fondo, el sinsabor por no haber observado lo mismo que mi hijo había disfrutado sin el menor esfuerzo, mientras yo me retorcía entre teclas y números.

Nos bajamos del auto, el cual había quedado parqueado justo en la mitad de un recodo del camino con vista, en palco principal, al Valle que se extendía y se perdía en el horizonte como se pierde el agua entre las manos. El astro rey se imponía majestuoso a lo alto, vigilante y abrazador con sus largos tentáculos de luz y su calor dador de vida. Me sorprendí ante tanta belleza que hasta entonces había pasado inadvertida, a pesar de transitar casi todos los días por allí. ¿A qué horas el Todopoderoso hizo semejante creación? ¿Siempre estuvo allí? ¿Tuvo que sucederme una desdicha en mi camino que me sacara de mi trance matutino y rutinario para darme la oportunidad de contemplar las maravillas del Creador?

Como queriendo reparar el sinsabor causado por las preguntas de mi hijo, me dispuse a contemplar el pequeño mundo que rodeaba mi pueblo; el pequeño puñado de mundo que se había vuelto rutina para mí y de cuyos linderos no salía, pues todo se limitaba a ir de la casa a la oficina y de la oficina a la casa; el pedazo de mundo que era nuevo para mí y nunca había apreciado en detalle, lo estaba descubriendo en ese instante.

El bello paisaje que se presentaba era como una pintura de acuarela con sutiles pinceladas, cual matiz de un hermoso e imponente arco iris en el horizonte. Cabalgaba sobre una de las cordilleras que surcan este Valle del Cauca, adornado por millares de copos blancos, como copos de algodón sobre el azul celeste y refrescados por una suave brisa de aire estival que reconforta el alma. Hacia el oeste, una gran nube blanca y plateada dejaba escapar un rayo de luz esperanzadora sobre la verde y fértil planicie perfumada por la dulce fragancia del anís de caña, que dominada por su río tutelar trazaba su camino como la huella de una lombriz que busca afanosamente la humedad y su refugio terrenal. Al norte, donde convergen las dos cordilleras y abrazan al gran río dándole la bienvenida, un gran velo teñido de gris presagía una gran tormenta, que bendecida por un fugaz e inesperado rayo que velozmente acaricia los cultivos,

señalan el punto escogido por el creador para fertilizar con su rocío de vida, la tierra que alimentará a sus hijos con la vid y el sudor de sus frentes. Al sur, donde el horizonte domina el valle, se evidencia el trabajo del hombre en los cañaduzales con la súbita nube que se desprende de la Tierra y se eleva al firmamento como una gigante coliflor con su calor sofocante y su posterior lluvia de pavesa que viaja como barco sin timón, y a merced del viento cae como nevada de escarcha de negro lís maldiciendo a unos y fertilizando a otros. Los pajaritos entonaban una sinfonía con su trino, como ambientando la obra teatral de la naturaleza; las abejas se posaban sobre las flores y acariciaban sus pétalos, mientras cumplían con su función polinizadora; las mariposas revoloteaban a mi alrededor como invitándome a bailar en su danza para amenizar la sinfonía orquestada por los animales residentes en el sector.

El calor del medio día era sofocante, y mientras el chofer superaba el incidente, aceptamos el fresco abrigo que nos ofrecía el único árbol testigo de nuestra desdicha. Una vez allí, saqué mi pañuelo para secar el sudor de mi frente, levanté la vista y vi cómo los rayos del Sol trataban de ocultarse entre las ramas altas de aquel samán, y una cigarra que acompañaba a los pajaritos con su canto, me rociaba con su secreción salina, cual diminutas gotas de rocío se reflejaban como un diminuto arco iris que luego se desvanecía con el viento.

Allí, en aquella rama, la naturaleza me tenía reservado un regalo que no esperaba: una familia de azulejos, sobre su nido, departían amorosamente, y acariciaban tiernamente a sus pichoncitos. No estaban alimentando en ese momento a sus retoños, sino, simplemente, acicalándolos y acariciándolos. La pajarita no escapaba de las caricias de su compañero, quien la cortejaba insistentemente con sus requiebros. Mi piel se erizó al ver aquella escena de amor; mi atención fue absorbida inevitablemente, como un llamado de atención por parte de la naturaleza, quien me invitaba a reflexionar. En ese momento, quise verme reflejado en esa familia, pero sentía un vacío que necesitaba llenar; sentí cómo el estrés se había aliado con la lejanía y el desespero para separarme de lo que más quiero: mi familia. Tuve el deseo de recuperar un poquito de tiempo para compartir con ellos, que estaban justo a mi lado. Sólo hasta ese

momento parecía darme cuenta de que me acompañaban, porque la cotidianidad de mi trabajo, la constante lucha por la subsistencia y el deseo de tener una posición digna en la sociedad, me habían alejado de ellos y me habían hecho olvidar que el dinero no es un valor. ¿Para qué acumular dinero mientras desperdicio mi vida desaprovechando las oportunidades que me da la naturaleza de contemplar lo bello de la creación y lo bella que es mi familia? El tiempo no perdona y es implacable, y mientras me retuerzo en un escritorio, mis hijos crecen y me pierdo de compartir sus pilatunas, sus juegos, de ofrecerles mi apoyo, de darles un consejo y guiarlos por el correcto camino inculcándoles los buenos valores, y de hacerles sentir que son lo más importante para mí, y no mi trabajo, de respetar y cuidar la naturaleza que nos rodea sin olvidar que somos parte de ella. No lo dejes para otro día, pues sólo Dios sabe si mañana le podremos dar ese beso, ese abrazo, esa flor a tu esposa, ese gesto de amor y cariño a lo más valioso que tenemos: la familia.

No pasemos desapercibidos por el mundo, pongamos nuestro granito de arena, pues como dicen: “El hombre debe tener un hijo, sembrar un árbol y escribir un libro”. ¿Y para qué? Para luego sentarse con tu hijo a escribir el libro de la bonita historia de tu vida familiar y disfrutar el paisaje que ayudaste a adornar con el árbol que sembraste. Recuerda que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.



# TITA, LA GOTITA

José Guido Ayala Ayala



Esta es la historia de *Tita*, una gotita de agua. Vivía muy feliz porque viajaba por todo el mundo, por aire, por tierra y por mar. Los millones y millones de gotitas de agua de la naturaleza eran sus hermanitos. Uno de ellos era *Tito*, quien la acompañaba en todos sus viajes.

Cierta día, *Tita* y *Tito* se encontraban en una gran nube blanca viajando plácidamente por el cielo azul y observaban tristemente a un campesino y sus dos hijos que estaban destruyendo un páramo. Entonces *Tito* le preguntó a *Tita*:

—¿Por qué destruyen los campesinos este lugar tan bonito?

*Tita* le respondió con actitud de rechazo:

—Están destruyendo el páramo para sembrar verduras.

—¿Y qué es un páramo?

—Es un lugar muy frío en la parte alta de la montaña que tiene una vegetación muy especial como los musgos y los frailejones que protegen y conservan el agua tan necesaria para la vida.

—¡Ah...! ¡Entonces un páramo es como una fábrica de agua! —y cambiando a un semblante triste preguntó—: ¿entonces por qué el hombre destruye su propia fábrica de agua tan necesaria para la vida?

—Ah..., jeso es algo que nunca lograré comprender de los hombres! Se creen inteligentes, pero sus acciones no corresponden con sus palabras; con el pretexto de progresar y aumentar sus alimentos, destruyen los bosques y los páramos con los que la naturaleza los provee a ellos mismos del agua tan necesaria para la vida.

—¡Ahora comprendo! —reafirmó *Tito*—. Al destruir el páramo, destruyen la fábrica de agua y entonces el río que nace allí seguramente se secará.

—¡Muy bien *Tito*..., veo que estás aprendiendo!

El paisaje triste y desolador se envuelve en un manto teñido de gris y un repentino relámpago presagia una tormenta. El viento se encuentra agitado como queriendo huir de allí, y un fuerte soplo empuja la nube donde están *Tita* y *Tito* un poco más abajo de la montaña, sobre una zona boscosa. Allí observan una vez más un triste paisaje, pues allí abajo, un anciano y sus dos nietos están talando los árboles. El anciano les dice a sus nietos:

—La madera de este bosque es muy buena para la casa que le vamos a construir a su papá.

Y uno de los nietos dijo:

—Lo importante es que mi papá no se entere de que le estamos construyendo una casa para que la sorpresa sea bien grande.

A lo que el abuelo añadió:

—En este bosque hay mucha madera y no creo que la naturaleza se enoje con nosotros por robarle un poquito.

Pero el abuelo y sus nietos no sabían que ellos no eran los únicos en el bosque, pues a unos cientos de metros de allí, unos vaqueros estaban talando árboles para construir cercas para los linderos de su hacienda, y bebederos y comederos de madera para su ganado.

En ese momento, se desató la tormenta y la nube de *Tita* y *Tito* se desvaneció y ellos fueron cayendo como gotas de lluvia, arrullados por el viento, hasta que cayeron a la tierra desnuda por la erosión que los hombres le habían causado a la montaña. Allí se encontraron con sus dos amiguitos *Granito* y *Arenita*. Ellos tenían millones y millones de hermanitos y entre todos conformaban la tierra.

—¿Por qué están tristes? —les preguntó *Tita* y *Granito* le respondió tristemente:

—Porque los campesinos talaron los árboles y la vegetación que crecía sobre nosotros.

Y *Arenita* añadió:

—¡Sí, *Tita*! Y sin esa vegetación, cuando cae la lluvia, nos desprendemos de la tierra y rodamos ladera abajo con el agua en forma de lodo y además la montaña puede derrumbarse.

*Tita* y *Tito* estaban tristes por lo sucedido, pero al rato se pusieron a jugar con sus amiguitos para tratar de olvidar lo sucedido.

La lluvia cayó toda la noche y a la mañana siguiente, los rizados de la montaña dejaron escapar los primeros rayos de luz; el canto de los pajaritos entonaba una canción y las mariposas volaban llevadas por el viento, como aplaudiendo para darle la bienvenida a un hermoso día.

Cuando *Tita* y *Tito* despertaron, sus amiguitos *Granito* y *Arenita* ya no estaban allí porque el agua que cayó durante la noche los arrastró por la ladera, y fueron a parar a un río donde la corriente se los llevó.

Pasaron muchos días y el abuelo ya tenía lista la casa de madera para el regalo de su hijo en su cumpleaños, y los vaqueros ya habían construido la cerca de madera para su hacienda y los bebederos y comederos de madera para el ganado. *Tita* y *Tito* se encontraban en una nube cuando se desató una fuerte tormenta; la gran cantidad de agua que cayó desprendió mucha tierra hasta que se filtró en la montaña. Esto causó un derrumbe tan grande que arrastró y destruyó la casa construida por el abuelo. Desde lo alto, *Tita* y *Tito* vieron tristemente cómo el derrumbe dejaba una especie de herida en la montaña.

Unos meses después, el páramo se secó por completo porque los campesinos habían destruido los frailejones y los musgos y habían talado los árboles. El río que nacía allí se secó, y el ganado de los vaqueros se murió de sed porque el nacedero del río que ellos mismos ayudaron a destruir era el único en muchos kilómetros a la redonda.

Al ver toda esta calamidad, *Tito* le dijo a *Tita*:

—¿Viste cómo se vengó la naturaleza del abuelo y de los vaqueros?

Y *Tita* le respondió:

—La naturaleza no se ha vengado de nadie porque ella no es mala con nosotros, por el contrario, nos regala los frutos de la tierra para calmar el hambre y nos regala el agua para calmar la sed; en cambio, el hombre con su egoísmo y su irracional proceder la destruye sin medir las consecuencias.

—¡Así es, hermanita! —dijo *Tito*—. ¿Viste la cara que puso el abuelo cuando vio que la montaña se le vino encima de la casa y la destruyó? La verdadera sorpresa se la llevó él, y no su hijo, al ver las consecuencias de haber destruido los árboles de la montaña.

—Sí, *Tito*, tanto el abuelo como los vaqueros y todas aquellas personas que destruyeron el bosque y el páramo, ahora saben cuáles son las consecuencias de sus actos. Ojalá les sirva de experiencia para que no sigan causando daño a la naturaleza; ya es hora de que el hombre demuestre su verdadera inteligencia y deje de destruir la naturaleza donde vive y que él mismo necesita para su subsistencia.

Y esta historia tiene un final feliz, porque *Tita* y *Tito* se volvieron a encontrar en un lugar muy lejano de allí con sus amiguitos *Granito* y *Arenita*, y jugaron mucho ese día para celebrar el reencuentro. Y además, la naturaleza les tenía reservado un regalo a *Tita* y *Tito* con el que habían soñado desde hacía algún tiempo. Fueron enviados al arco iris. Allí subieron cogidos de la mano en forma de gotitas de rocío, jugaron y se deslizaron por la imponente gama de colores que, acariciados por el Sol, la madre naturaleza había adornado ese día en el hermoso paisaje.

# BOGOTÁ



Víctor Manuel Mejía Ángel  
Director del taller



# A BORDO DE MI PEOR PESADILLA

Miriam Langa Cantera



Me despertó un frío aterrador. Estaba empapada en sudor. Miré a mi alrededor, estaba todo oscuro.

Estiré mis manos y palpé a mi izquierda una fría pared, al frente otra igual y a mi derecha algo parecido a una cama de cemento.

Me levanté rápidamente de una especie de espuma-colchón sobre el cual estaba durmiendo. “¿Dónde estoy?”, me pregunté.

Salí de ese habitáculo que olía a sudor revuelto y me topé con un montón de gente que se dirigía por un largo pasillo con un tarro y un vaso de plástico. Se oían gritos.

—¡Últimas de desayuno!

—¿Últimas de desayuno? —me pregunté—. Si todavía es de noche.

Del habitáculo salían dos mujeres jóvenes:

—Vamos que no nos dejan salir. Coja su *porta* —me recomendaron con cierta alarma.

Pero ¿qué estaba pasando? Cogí una especie de portacomidas y un vaso plástico que estaba en una bolsa al lado del colchón y seguí a las mujeres por un largo pasillo. Cruzamos unas rejas y bajamos como tres pisos de escaleras.

Oía hablar a las chicas, me extrañó su acento. No era español.

Pregunté a una de las mujeres que iba a mi lado dónde estábamos.

—¿Estás todavía dormida? ¡Estamos en la cárcel! —me dijo con una sonrisa forzada.

—¿Pero en la cárcel, dónde? ¡Esto no es España! —pregunté alarmada.

—Pues sí que estás dormida, Miriam, estamos en Colombia.

—¿Colombia? —pregunté con un grito.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Dónde estaban mis niños?, ¿mi amor?, ¿mi familia?, y ¿mi gato?

Llegamos a un patio donde había una larga fila. Poco a poco avanzamos y entramos en un largo pabellón y al fondo unas ventanas por donde servían el desayuno. Introduje el *porta* en la primera ventanilla y me echaron una pieza de fruta, en la segunda ventanilla un pan y un trozo de queso. En la tercera ventanilla me llenaron el vaso con café con leche.

Empecé a marearme. Intentaba recordar cómo llegué allí. Regresamos arriba. Empecé a preguntar a todas cómo había llegado hasta allí, qué había pasado. Todas me contestaban con una sonrisa.

Comencé a llorar con desespero. Entonces, una de ellas me llevó a su habitación y empezamos a hablar.

—¿Es verdad que no te acuerdas de nada? —preguntó.

—Es verdad, no recuerdo nada, no sé qué me pasa.

—Llevas aquí un par de días. Te capturaron en el aeropuerto. Llevabas cocaína en una maleta.

—¿Cocaína?

Intentaba recordar, pero tenía la mente en blanco. Aquí todo era muy diferente y había que hacer fila para todo, para ir al baño, para llamar por teléfono, para comprar “tiempo al aire” de los celulares. Debía soportar broncas en todas las filas.

Me dirigí a la primera planta. Había visto allí unos teléfonos cuando pasé por el desayuno. Quería llamar a mi amor para ver si él me explicaba un poco de lo ocurrido. Luego de dos horas de fila llegué por fin a un teléfono desde el cual no pude llamar, pues me pedía un pin personal.

Subí corriendo las escaleras para dormir un rato y ver si despertaba de nuevo en mi casa. No conseguí dormir. La cabeza me daba vueltas. Eran las cuatro de la tarde y me dijeron que me preparara que pronto llamarían para la comida. No puse cuidado y cuando fui a bajar, todas las chicas regresaban. Una mujer vestida de azul militar me dijo que fuera “rapidita”.

Fui de nuevo al pabellón en que había estado por la mañana. Me sirvieron la comida. Volví al patio, pero la puerta ya estaba cerrada.

—¿Me puede abrir por favor?

Pedí a la mujer vestida de azul que me miró de arriba abajo y luego volteó la cabeza. Me quedé parada sin saber cómo reaccionar esperando que abrieran la puerta, ya que había otras dos mujeres conmigo. La mujer vestida de azul se acercó:

—¿Cuál es su nombre? —preguntó con voz ronca.

—Miriam —contesté.

—¿Miriam, que más?

—Miriam Larga.

—Es que nunca me acuerdo de los nombres de ustedes, son tantas... —dijo con desgano,

“¿Cómo te vas a acordar? Entiendo que llevo aquí muy poco tiempo y ni siquiera logro acordarme como llegué”, pensé.

La mujer vestida de azul a la que llamaban “Dragoneante”, o “Seño”, abrió la puerta. Otra mujer vestida de azul me llamó. Me acerqué a ella.

—¿Usted dónde cree que está? Esto es una cárcel, no un centro comercial —me dijo en tono de regaño.

Me quedé sorprendida, ¿qué había hecho yo?

—Pero si lo único que pedí es que abrieran la puerta, por favor —reclamé.

—No chille —me dijo.

—Si yo no te estoy chillando —respondí.

—Vaya, pues, relájese y disfrute su estancia.

Subí las escaleras con mucha rabia. Se me salían las lágrimas. No comprendía nada. Llegué de nuevo a la habitación e intenté cenar, pero mi estómago estaba tan cerrado que no me entraba nada. Sólo lloraba y lloraba mientras pensaba en mi familia.

De repente escuché mi nombre. “Qué bien, me voy a casa”, pensé. Bajé corriendo las escaleras, casi me caigo. Llegué abajo y una dragoneante me abrió la reja. Me acerqué a la mesa. La guardia me dijo que me relajara.

—Por la grosería suya en la cena, me debe *ponchera*.

Me mandó a barrer un largo pasillo. Comencé mi trabajo y las chicas de otros patios empezaron a gritar:

—Miren a la nueva, la españoleta, está pagando *ponchera*.

Terminé de barrer el pasillo casi eterno y me fui a mi habitación para ver si podía dormir. Me tumbé en el colchón y poco a poco entré en un profundo sueño.

—¡Miriam! ¡Miriam!, ¡despierta! ¿Qué te pasa, mi amor?

Abrí los ojos.

—Amor, ¿eres tú?

—Qué te pasa mi vida, parece que tenías una pesadilla.

—La peor, mi amor, la peor...

# LA TACONERA

Diana Milena Rodríguez



Cuentan nuestros ancestros que en un convento donde llevaban niñas rebeldes pasaban cosas inexplicables en las noches de Luna llena.

Al pasar los años, el convento se convirtió en un reformatorio. Cada día llegaban niñas más rebeldes y en las noches tenebrosas, las niñas se agredían entre gritos y risas de maldad.

Una noche, una mujer, entre sus pensamientos desesperados, su cuerpo excitado por la muerte, escuchó una voz en eco que le decía que acabara con el sufrimiento. Ella se levantó de su cama y, como una zombi, hizo una sogá improvisada con las sábanas.

Aseguró un extremo de la sogá en la alta ventana, se subió en una butaca, se amarró la sogá en su cuello, templó y tumbó la butaca. Al otro día, sus compañeras descubrieron el cuerpo. De uno de sus pies colgaba un zapato de tacón cuatro y medio.

Cuenta la historia que el lugar es hoy en día una cárcel de mujeres y que por sus pasillos se escuchan, en noches tenebrosas, los pasos de la taconera...



# PREÁMBULOS DE LLUVIA

Soledad Ayala Flores



Era domingo en la tarde. Parada en el balcón miraba al horizonte. De pronto atrajo mi atención una nube muy oscura y espesa. Se acercaba rauda a cubrir el espacio que yo ocupaba en ese momento, en compañía de dos señoras con las cuales entablé una amena conversación:

—Fíjense en la velocidad que trae esa nube. Es bien grande y espesa, parece que en unos momentos tendremos un aguacero de la madona —le dije a mis compañeras señalando el cielo.

—Sí, sí, fíjense además que del oriente viene una corriente de aire arrastrando otras nubes no tan grandes, pero se unen a la suya... —dice doña Lola.

—Miren como juegan, hacen figuras. Qué rápidas cambian de forma, además se alejan a gran velocidad. Su color es diferente. Miren esos bordes, son plateados. Qué fenómeno tan raro —comenta doña Juana.

—No es nada del otro mundo —les dije—, imagínense el Sol bien reluciente al otro lado de las nubes y muchísimo más alto.

Y señalo donde se supone debería estar el Sol. Su reflejo ilumina vagamente el borde de las nubes más delgadas.

Mientras contemplábamos este hermoso fenómeno de la naturaleza, vimos admiradas cómo se despegaban las nubes más oscuras y bajaban tornándose más delgadas como copas de algodón gris. Provocaba cogerlas en las manos y apretarlas entre los dedos.

A nuestro alrededor empezaron a caer unas gotas enormes que producían un sonido maravilloso, música para mis oídos y un agradable olor a tierra mojada. Mis compañeras temblaban de frío, mientras contemplábamos el firmamento que se despejaba lentamente y retornaba a su precioso azul.

Nos quedamos mirando los tonos y colores del atardecer, mientras doña Lola se acercaba con una bandeja con tres pocillos de chocolate espumoso.

# ATERRIZAJE FORZOSO

Andrea Constanza Castañeda Muñoz



Son las cinco de la mañana y ya es hora de levantarme, hay que ir a trabajar. Mi BlackBerry vibra sobre la mesa de noche. Me despierta. Para evitar que no se caiga al piso y aún con los ojos cerrados, saco mi mano de debajo de las cobijas e impulso mi cuerpo fuera de la cama.

De repente: ¡Pum! ¡Ay, no puede ser! No es mi BlackBerry la que está en suelo ¡Soy yo! ¡Pero qué está pasando? Me duele la cabeza y escucho voces de sorpresa a mi alrededor. ¿De quién es esa voz? No la reconozco. Lentamente salgo del enredo de cobijas y abro los ojos. Una luz brillante me mantiene ciega por unos instantes y entonces tomo conciencia.

No estoy en mi casa, ahora lo recuerdo. La voz de una mujer madura a mi lado me pregunta si estoy bien y puedo levantarme. Con cuidado lo hago y agradezco su gesto con una sonrisa. Estoy adolorida en cuerpo y alma. Levanto mis ojos al techo en un gesto de súplica y le pido a Dios una explicación: ¿Por qué a mí? Una lágrima se asoma en mi ojo derecho y amenaza con abandonar mi cuerpo, pero no quiero llorar, debo ser fuerte y reponerme pronto del golpe.

Analizo la altura desde donde he caído y calculo unos dos metros. Allí es donde está suspendido el planchón de cemento que ahora es mi cama. Este es mi primer despertar en la cárcel. Más doloroso que el golpe por caerme de la cama es el hecho de aterrizar en mi realidad, una verdad que empieza a pesarme cada vez más sobre los hombros.

Estoy presa, privada de la libertad, encerrada, recluida, disminuida a ser un número más en los listados de los anónimos presos del país. De nuevo pregunto: ¿Por qué a mí?

—¿A ver, usted! ¿Por qué camina torcida?

Se oyen risas y mi compañera de celda responde por mí:

—Se cayó del planchón, *seño*.

A tres días del golpe sigo con dolor en el cuerpo, vómito y malestar general. Pido que me lleven al médico, pero en esta ocasión, la guardiana decide diagnosticar ella misma:

—¡Eso no hay necesidad de ir al médico! ¡No ve que usted solamente está descuajada!

# DIVINA ESPERANZA

Andrea Constanza Castañeda Muñoz



En la fría mañana  
Las horas no pasan  
Y tu voz suave y tibia  
Mi tristeza acompaña.

Pero son tus ojos  
Los que cautivan mi alma  
Atraviesan las rejas  
Permanecen al alba.

Tú me inspiras sin duda  
Cada verso y cada palabra.  
Y yo caigo muda  
Con tu sola mirada.

¡Mírame, mi ángel!  
Verifica y constata.  
Que me inspiras y sueño  
Al compás de sonata.

Disparos de luces  
Explotan sin calma,  
Recorren mi cuerpo  
Iluminan mi alma.

Eres tú mi consuelo  
Alegría y confianza,  
Ilusión de tenerte  
Mi profunda esperanza.

# NEIVA



Betuel Bonilla Rojas  
Director del taller



# LA NIÑA Y LOS PECES

Jorge Luis Vidarte Aranda



Rosita era una niña que vivía al lado de un gran lago. Todas las mañanas solía ir al lago a alimentar los peces; les llevaba arroz cocido y migas de pan. Los pececitos eran muy felices cuando veían llegar a la niña. Saltaban por todas partes, como jugando. La niña se sentía feliz y les decía: “Vengan a comer, amiguitos”, y empezaba a arrojarles al agua lo que les traía, y todos comían.

Cierto día, la niña estaba en su continua labor, cuando de repente apareció una culebra que hacía varios días la venía observando, pues el animal sentía envidia de la niña porque los peces la querían mucho. La culebra se dirigió a ella con el fin de morderla, pero cuando estaba ya muy cerca, algunos de los peces la vieron y empezaron a gritar: “¡Una culebra! ¡Una culebra!”. Al verla, la niña quedó estática del susto, y todos los peces, al advertir que la niña se encontraba en peligro, saltaron del agua furiosos, y con sus afilados dientes atacaron a la culebra, mordiéndola por todas partes. Esta emprendió la huida a toda velocidad, y los peces regresaron al lago dando grandes saltos de felicidad.

Rosita, muy agradecida con sus amigos, les prometió que nunca los dejaría solos, y que todos los días les traería más comida; se despidió de ellos lanzando un gran beso al aire, y se fue feliz para su casa, cantando una hermosa melodía.

# CARRITO AVERIADO

Jorge Eliécer Ortiz Manrique



¿Aló?

Sí, aló, ¿con quién?

Con el *Pollo*.

Hola, mi hermano, ¿cómo está?

Bien, *Carrito*, dentro de las circunstancias.

¿Dónde anda?

Estoy por aquí, en El Doncello, *Pollito*. Vine con su amiguito, *El Pillo*, nos llamaron para que viniéramos a este pueblo a cobrarlo. Pero, ¿sabe qué, socio?, esto aquí es caliente, mera calentura, peligrosísimo.

Dígame lo a mí; allá fue que me gané este *canazo* con esos dos *muñecos*. Hay que tener muchísimo cuidado, y si hacen algo, ábranse lo más pronto de ahí.

Espere un momento, *Pollito*, que aquí llegó *El Pillo*, espere, espere, espere. *Quiubo, Pillo*, ¿qué pasó?

Vámonos rápido, *Carrito*, que la vuelta salió, vamos, vamos, ¿con quién está hablando?

Con su amigo *El Pollo*, de allá de las islas Canarias, ¿lo va a saludar? Ahí se lo paso.

*Quiubo Pollito.*

*Quiubo Pillín*, ¿cómo anda todo?

Bien, amiguito, por acá *voltiando*, usted sabe. Lo dejo, *socito*, porque estamos de salida; cuídese, y en estos días le mandamos su regalito, bien original, como usted se lo merece.

Bien mijo, cuídese mucho, hasta la próxima. Páseme a *Carro-loco* para despedirme.

Aló. *Quiubo, Pollito*, voy de salida, nos vamos a meter ya, es una vuelta reoriginal, si la *coronamos nos luquiamos largos*. Vamos por seiscientos *palos* de un comprador, ruegue que nos vaya bien. El negocio es con *Pillo y El Inicio*, el *cucho* que da la vuelta, que es un socio del dueño del botín.

*Bacano, Carrito*, ojalá y coronen para que se queden quietos y se organicen. Suerte, mucha suerte, y nos vemos pues. Oiga, por ahí en diez minutos le timbro para saber cómo les fue. ¿Listo?

Listo, *Pollito*, me timbra; chao, pues.

Aló. Aló. Hola, *Carrito*, casi no le escucho, hay mucho ruido. ¿Qué pasa, *socito*?

Ay *Pollito*, estoy mal, estoy herido socio. Me voy a caer, tengo como tres balazos, me *cascaron reféo*.

¿Qué pasó amiguito? ¿Qué hay que hacer, o qué?

*Noooo*, socio, en ese rancho había varios *manes*, todos armados, y nos recibieron a plomo cuando nos metimos. A *Pillo* lo mataron de entrada; yo *acosté* como a tres, y ya saliendo, me *cascó* un *man* por una ventana. Me metió como tres *violinazos* con una 9 milímetros. Estoy por acá, por la quebrada abajo, en un rastrojo, pero estoy perdiendo mucha sangre. Estoy acostado detrás de una roca. Esto por aquí y está muy oscuro, no puedo andar más. Estoy débil, tengo sueño, tengo mucho sueño. ¡Ay, *Pollito!*, mi mujer, mi niño. ¡Ay, ay, ay, Dios mío!

¿Aló? ¿Aló? ¿Aló? *Carrito, quiubo, Carro*, contésteme. ¿Aló? ¿Aló? ¿Aló...?

# SÓLO RECUERDO

Hubert Abel Losada Yanguma



Sólo recuerdo que estaba lloviendo, y tú estabas sentada debajo de aquel árbol. No sé por qué me impactaste. Tal vez fue por tu cara tierna, humedecida por las lágrimas de cielo que corrían desesperadas por bañar tu cuerpo.

Estabas totalmente triste. Se te notaba en las rosas que habías robado en el jardín de doña Cristina. Nadie nunca me había regalado rosas. Imagino la cara de esa mujer, furiosa por aquel hurto tanpreciado para ella. Esas flores eran las más hermosas de toda la vecindad, pero en tus manos, se opacaban por completo, se marchitaban porque tú las marchitabas con tu tristeza.

Traté de callar los gritos de tu silencio, silenciar los ecos de tus mentiras y la voz de tu traición, pero tu pasión de entrega lo hizo imposible para mí. Cerré mi ventana, me encerré en el clóset, cerré los ojos y aún era imposible el no verte bajo la lluvia.

Sé que te había dicho que te odiaba y que jamás te perdonaría, pero qué importa, sólo sé que te amo, y tengo la insalubre idea de que sin ti no vivo.

Por favor, no me digas que me amas, ya no digas nada ni te disculpes. Sólo prométeme que cuando lo vuelvas a hacer, que sea con un desconocido.

# EL DÍA EN QUE LLEGÓ LA BESTIA

César Eduardo Castro Mora



Comenzaba una nueva mañana, pero renacía la misma vieja monotonía de hace cinco años, el juego del león y su presa, otra vez. La cultura del patio me quería absorber, y yo vivía aún sin dejarme atrapar. Sólo la clase de Biblioterapia cambiaba la línea aburrida de mi vida. Nos reuníamos en aquella clase tratando de llamar la atención del cazador furtivo con algún cuento llamativo. Nuestros sueños se hacían realidad y nuestra imaginación volaba sin cesar. Nunca hubiera imaginado lo que allí pasaría; no presté atención al mensaje de mis sueños que me advertían de un peligro sin igual.

El cazador hablaba y sus ojos eran expectantes, al igual que sus oídos, mientras ubicaba su próxima presa literaria. Comenzaba la faena de una obra, la cual no tenía frutos ni raíces, sino sólo las semillas de unos poetas e incautos cronistas que soñaban con un Premio Nobel perdido entre las rejas de alguna cárcel, atestada de almas que alguna vez tuvieron un cuerpo en qué morar.

Éramos alrededor de treinta presas, quienes con ingenua experiencia atendíamos al cazador. Desesperados por salir del anonimato y en búsqueda de sueños de libertad, escuchábamos a aquel cazador de historias que entre rimas y buena prosa nos enseñaba a ponerles

alás a nuestros sueños y transformarlos en letras. Y fue entonces que, de repente, mi energía comenzó a expandirse, y el guerrero que habitaba en mi interior emergía. Mientras tanto, el entorno se vestía de un peligro inminente, lleno de terror y suspenso; me sentía como un signo de puntuación en un libro de Alfred Hitchcock. En ese instante, Caraballo, un incoherente y loco poeta que tenía como costumbre habitual interrumpir hasta el velorio de un Papa, alertó del peligro que sigilosamente se acercaba y, aterrorizado, dijo a los allí presentes que la sangre correría. Entonces percibí su olor, y sentí una energía que reclamaba un ascenso, un puesto digno entre los dioses. Emergió desde lo más profundo del infierno, lo que cientos de religiones mayas, egipcias, y hasta el mismísimo Nostradamus habían profetizado: el año 2012 se había adelantado, y este era el principio de los dolores del parto, el Armagedón no tenía marcha atrás. La Bestia hacía su aparición en escena; sus ojos hambrientos de maldad cegaban a los allí presentes; al caminar, sus garras se aferraban a la tierra. Eran sus colmillos enormes, sedientos de la sangre divina del ser humano, los que se disponían a atacar. Yo era el único que podía vencer a La Bestia, “El Elegido”. Sus ojos y los míos se desafiaron en una brutal batalla; ella sabía a quién debía atacar, no era la primera vez que luchábamos, pero sí sería la última.

A través del tiempo, y en otras vidas, se habían librado batallas entre el bien y el mal. La humanidad experimentaba la oscuridad absoluta. La furia se desató y La Bestia arremetió sin piedad. Desenvainé mi espada, al igual que La Bestia, y tratando de ponerlos a salvo corrí entre la multitud horrorizada. Aunque el terreno era rocoso y difícil de transitar, sin más espera avancé. Los gritos de batalla y las caracolas estremecían la faz de la Tierra. La oscuridad atacaba de nuevo a la humanidad; todo era caos y confusión. Las espadas cantaban y bailaban en éxtasis de batalla. Se bañaban en sangre de mártires, y el tridente de La Bestia atravesaba mi armadura tratando de abrirse paso para cercenar mi carne, mis venas, mientras acariciaba dolorosamente mi piel.

Mi cuerpo danzaba el baile de los que sobran, torpe e incoherentemente, mientras La Bestia adquiría más fuerza. Mi alma lloraba y el destino de la humanidad se extinguía. Por mis venas circulaban el miedo y el dolor. Buscando auxilio, divisé borrosamente, a la

distancia, una enorme torre, a la cual corrí con las pocas fuerzas que aún me quedaban. Empecé a escalar para buscar refugio, y con gran dificultad, ascendí a la cima. La Bestia siguió mis pasos. Su furia se incrementaba horriblemente. Ya en la cima, luchamos sin parar. Los cielos relampagueaban y las apuestas de los dioses no se hacían esperar. No sé de dónde, tal vez de mi espíritu en evolución, saqué las fuerzas suficientes, y de un golpe magistral y certero, mi espada atravesó su oscuro corazón. Hubo un silencio casi eterno, y La Bestia cayó de la cima sin quejido alguno. El cuerpo de La Bestia yacía expuesto por completo, sin belleza alguna. De nuevo, el bien triunfaba en la batalla de los mundos.

“¿Qué hora es?”, preguntó el cazador, con una sonrisa que aún se dibujaba en su rostro, pues La Bestia no era más que una temerosa rata que corrió sin dirección alguna por el salón de clases porque presentía su muerte; los contundentes gritos de batalla, tan sólo risas incontrolables de los allí presentes; las caracolas, sillas que yo corría, abriéndome paso ante el avance del inofensivo roedor; y la torre, una silla a la cual subí temblando del miedo. Aún sigo creyendo, apasionadamente, que soy un guerrero que tiene en sus manos la salvación del mundo entero.



# LA NOCHE MÁS OSCURA

Nelson Yesid Marca Lasprilla



“¡Levántate, *Garetas!*”, escuché entre dormido, previo al golpe en mi pie izquierdo. “Te toca el turno de doce a tres de la mañana, te deseo suerte, recuerda que es el puesto de los fantasmas”, agregó la voz. Escuché que se retiraba. Aunque no lo pude ver, sabía que era *El Abuelo*, pues él tenía que entregarme el turno. Estaba tan oscuro que no podía ver mis manos. A tuestas, localicé las botas y me las puse; como el fusil lo tenía de cabecera, no fue difícil ubicarlo, y con las manos apuntando hacia delante, al estilo de los sonámbulos, busqué la salida del *cambuche*. Apoyándome en el mapa de mis recuerdos, caminé unos metros hasta localizar *el cachingo*. No había dudas, así no lo viera, sabía que era el árbol porque me había chuzado la mano derecha. Continué, pero con más cuidado, por prevención ante la impenetrable oscuridad caqueteña en tiempos de invierno. El teniente había ordenado extender un alambre desde *el cachingo* hasta el puesto de los fantasmas. El alambre servía de guía, y de vez en cuando, uno se encontraba con unos ganchos, ya que el alambre tenía púas para indicarnos que íbamos bien. Después de largos tres minutos de recorrido, llegué al temido puesto de los fantasmas; a lo lejos, los relámpagos que presagiaban un aguacero

ayudaban a cortar un poco la espesa oscuridad. A la expectativa, y con los ojos bien abiertos, como si fuera la solución en mi intento de ver algo en la penumbra. Esperé a que el tiempo transcurriera lo más rápido posible. Sobre los espantos se dice que cuando los lamentos se escuchan lejanos es porque el fantasma está cerca, o que cuando se escuchan cerca era porque está lejos. Yo, en ese momento, esperaba escuchar los lamentos lo más cerca posible.

Cortando el profundo silencio de aquella noche, me pareció escuchar un mugido, un resoplo, una quejumbre. Inmediatamente, como acto reflejo, empecé a sudar. Agucé mis sentidos, al tiempo que suplicaba a todos los dioses un relámpago que iluminara el campo. De pronto observé dos lucecitas que de vez en cuando se apagaban. Luego, otra vez el quejido, a veces poco perceptible, pero lo suficientemente claro para descubrir que en ese momento no hacía parte de mi entorno. Aumentaba mi sudoración, mis nervios se encontraban al límite. Recordé mi fusil, un Galil 7-62, y lo desasegué. Me dispuse a esperar que se acercaran más las luces para soltarles un disparo. Las luces reaparecieron, esta vez acompañadas del quejido. Lo escuché muy cerca. Ya no aguantaba más, así que extendí el brazo y toqué el alambre guía. Entonces me pareció observar, en medio de la oscuridad total, dos astas, como si fueran el cetro del demonio. No había dudas, se me había presentado *El Putas* esa noche. De un momento a otro, el bendito relámpago iluminó por completo el escenario. Entonces lo vi en toda su extensión, enorme y con cachos, y exclamé: “¡Ah, toro hijueputa!”.

# UN PRECIOSO FANTASMA

Nelson Yesid Marca Lasprilla



Habían transcurrido quince días sin ingerir licor y la sed de ron me perseguía. Me había prometido no volver a tomar, así que decidí regresar al pueblo más temprano de lo habitual. Era jueves y los universitarios salían tarde. Procuré evitar cualquier tipo de tentación. Subí a mi vehículo, un Dodge 1.500, modelo 1985, de servicio público, y aceleré. Ya en el camino, observé los lugares que regularmente frecuentaba. Recordaba mis noches de bohemia, rodeado de mujeres alegres y amigos de ocasión. A la velocidad que iba, pronto llegué al cruce. Eran casi las once de la noche, y cerca del horno para secar tabaco estaba una mujer. Como es mi trabajo, la recogí, le pregunté su destino, pues a esa hora es muy difícil conseguir clientes, a no ser, que quisieran visitar Las Termas. Su voz sonó muy suave. Su cabello frondoso, yo diría que rubio, no se perturbaba con la brisa. Su sonrisa no se apartó ni un instante de sus labios carnosos, y sus ojos, a pesar de la poca luz interna del vehículo, parecían recoger el azul intenso del cielo. Su hermosura no parecía de este mundo; no podía evitar mirarla. No me accidenté de milagro. Recuerdo, durante todo el trayecto, no haber visto más de tres veces la carretera. Ella, con voz suave, me indicó que sólo quería llegar

al pueblo, a la entrada. Me detuve una vez para preguntarle dónde dejarla y no pude verla ya en el vehículo. Revisé mi entorno y no la ubiqué. Pensé que todo había sido una imaginación mía, producto del esfuerzo que hay que hacer en el turno de la noche. Al volver otra vez hacia su silla, percibí un intenso aroma a flores.

# COBRADO TODO EN VIDA

Benjamín Herrera Cardona



Bueno, la vida me ha cobrado todo, pero en vida. Casi me muero de una enfermedad que no sé cómo nació. Luché con ella y murió; yo no. Tengo una familia problemática: un papá negativo, una mamá... un hermano vago, y yo. No sé si soy trabajador o de malas. He tratado de hacer de todo y nada me sale bien. Lo único bueno son mis hijos, pero eso tampoco, porque ni los disfrutaré. He tenido muchas oportunidades buenas en mi vida, y cosas para hacer, pero nunca me salen. ¿Qué será? ¿Qué quiere Dios conmigo en verdad?

Estoy en la cárcel, sólo me falta la muerte. No me haga sufrir más, máteme de un solo dolor porque estoy aburrido de sufrir. Estoy medio, no sé qué hacer, máteme, es lo mejor, nada me ha salido bien.

Tengo una mujer que hace todo por mí, pero no sé si me quiere, o no sé cómo describirlo. Dígame, Jesús. Por favor, Dios, dígame lo que sea, pero defíneme esta situación. Máteme. Estoy sufriendo, o no sé. Defíneme algo porque me cansé de no ser nada. Ahora sólo soy un dolor de cabeza. Quiero desaparecer, es lo mejor.

Las mamás de mis hijos son pudientes. Yo, en cambio, no tengo nada, sólo me queda comer y dormir; repito, nada me sale bien.

Dios, defíname la vida y no lo molesto más, o me mato. ¿Que será mejor? Hay que definir de una vez por todas esta vida.

Las mujeres que he amado sólo son mentiras, pero debe haber al menos una que me ame. ¿Será? Voy a ver si llamo a alguna, a ver si se compadecen de mí. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Será tener valor. Defíname esto también. El sexo, no lo niego, se necesita, pero no todo es eso. Las caricias y los besos son mejores. Estoy recordando a Pilar y a Maribel, mujeres primordiales en mi vida y en mi crecimiento personal. Más que todo la segunda.

A veces quisiera gritar, madrear y madrear, renegar o maldecir. A veces pienso que no existe lo divino, o sea usted, Dios. Todo lo planteo en mi cabeza tan perfecto que nada me sale, y nadie me paga. Se me desbarata todo y se desarman mis sueños, que nunca se cumplen. Todo se vuelve mierda, hasta mi atractivo y mi manera de ser, todo se vuelve basura. Vine a este mundo a sufrir, pero ¿cuándo acabará esto? No lo sé.

# CÁRCEL BELLA

Evelio Castaño



Debido al cierre de La Gorgona fue trasladado a La Picota, tal vez en 1983 o 1984. Nunca supe su nombre, y era extraño, porque siendo 1989 vestía una indumentaria como de veinticinco años atrás: lucía una vieja y ajada chaqueta de cuero con flecos, a cuadros negros y cafés, que parecían todos negros. Se notaba que años atrás le untaba betún de un solo color. Tenía sobre su cabeza un negro y mugroso sombrero Barbisio de los sesenta; pantalón bota campana de poliéster azul oscuro, con bolsillos medialuna. Los zapatos eran de color café y trompones, con tacones en madera, muy achacados. Llevaba una pequeña chivera y un bigote parecido al del gran Cyrano de Bergerac. Era un personaje perdido en el tiempo, con una pinta estrafalaria. Además, era un “casa sola”, de esos que no están en vueltas raras, que no van ni vienen ni ven ni oyen ni rajan ni prestan el hacha; acérrimo creyente de que la palabra es una escritura en una época donde se vive la ley del cuchillo.

Terciada, cargaba una talega de trapo con varios remiendos. En su interior se podía encontrar una aguja con hilo, una cremallera dañada, un pedazo de vela, un encendedor, un clavo, dos fotos, varias cartas viejas, un lápiz sin punta, un cortauñas, un radio

dañado, varios botones, un pedazo de cambrión<sup>1</sup> encavado en un pedacito de palo, medio paquete de cigarrillos Pielroja sin filtro, un plato de plástico viejo, una cuchara y, lo más importante, un tallo de cebolla y media libra de manteca.

En alguna ocasión, un cliente le reclamaba al *Gorgonero*, diciéndole: “Así no son vueltas, *Perro*, la porción de manteca es cada vez más pequeña; los dos cigarrillos que te doy a cambio no reducen el tamaño, el trozo de cebolla también disminuye cada día por el cigarrillo que te dan a cambio. *Peluso*, *Tripas* y *Morfeo* también están inconformes, qué más da, un cigarrillo más o uno menos, la usura no es tu fuerte, no te calientes con nosotros, te lo advierto”.

¿Qué le decía *El Tuerto*?

Nada importante, *Tito*, sólo quejándose de la porción de manteca tan pequeña. También protestó por la ración de cebolla que les cambiamos por el cigarrillo. Le recomiendo que no divida más el tallo de cebolla en seis partes y lo deje en cinco partes, como antes, o tendremos que terminar nuestra sociedad. Lleva dieciocho años aquí y no aprende que con estos animales la cosa es seria. Es cierto que la comida es poca y muy mala, ellos necesitan arreglarla, pero algún día buscarán otra alternativa y se nos cae el negocio.

No creo que lo haya asustado *El Tuerto*, pasó mucho tiempo en La Gorgona entre asesinos de asesinos. Relájese. El problema es que no me dejan entrar más de tres tallos de cebolla por día, y hay que hacerlos rendir.

Mire a ver qué hace, *Tito*, ya le dije, están todos *aletosos*. Puede entrar un tallo más, ya que usted trabaja en la huerta de esta cárcel. A futuro sólo trabajaremos con su cebolla porque la manteca cada día es más difícil conseguirla.

Por eso mismo no puedo calentarme en el trabajo. Tenemos que conformarnos con los tres tallos de cebolla que entro para el negocio; además, si me sorprenden me castigan, y nunca más volveré a la huerta. Todo bien, que próximamente podré entrar un repollo, y nos llenaremos de cigarrillos. Ya estoy sin dientes y estos sesenta y cuatro años de edad me pesan; usted el año entrante

---

1 Pieza de metal que se usa para darle rigidez al calzado. (Nota del editor).

cumple sesenta, *Gorgonero*, sin familia y nadie quien lo visite. Lleva veintidós años preso, ¿qué va a hacer, por Dios?

No diga huevonadas. Usted está peor que yo, *Tito*. Hace ocho años que no sabe nada de su hermana; su sobrina ya no vive en Amalfi, y también le perdió el rastro. Hace nueve años no recibe visitas, y para colmo, está muy enfermo.

Así es, socio. Fumémonos un cigarrillo, que mientras tengamos el negocio, los cigarrillos no nos faltarán. Le voy a contar algo.

Desembuche rápido.

Sí, pero primero deme una fumada, garoso, del último que nos fumamos sólo me dio dos fumadas. Escuche: esta mañana me notificaron del juzgado que en tres años me voy. Pero tengo miedo de salir. No tengo quién me espere, no sé qué hacer ni a dónde ir.

Así estoy yo, *Tito*. Pero no nos preocupemos, mientras a usted no le falte la cebolla y a mí no me falte la manteca Sevillana, la de la guitarra y la muchacha en el empaque, como dice el disco de Sandro, “una muchacha y una guitarra”, todo está bien. *Fresquiémonos* y juguemos al que escupa más lejos; gritemos duro: ¡cárcel bella!, como lo hacemos todas las tardes hace varios años y fumémonos otro cigarrillo Pielroja.

Está bien, pero esta vez lo prendo yo.



# PARADOJAS

Alexánder Ciceri



Cuando se ingresa a la cárcel, no se muere, la vida sigue. ¿Cómo se vive en una cárcel? Como se vive en cualquier pueblo o ciudad, simple y llanamente que todo está reducido a un sólo sitio: el penal. También existen las clases sociales; los de doble moral; los sucios y los limpios; los buenos que se creen malos, los malos que se creen más malos; los ladrones honestos y los ladrones honrados; los asesinos malos, pero también los asesinos buenos; los positivos, los falsos positivos, el vivo que vive del bobo, el sabelotodo, el que nada sabe, y el Estado, que con todo se compromete, pero que no cumple nada.

En la cárcel, como afuera, el que no tiene plata no tiene derechos, nada que envidiarle a una sociedad. A esa sociedad que impone reglas sólo para que sean cumplidas por los ciudadanos de a pie. Sociedad que decide quién es bueno y quién es malo, quién es digno y quién es indigno. Esa sociedad gobernada por unos malos, que son pocos, pero que se imponen ante la mayoría. En la cárcel, como afuera, a la gran mayoría los mueve el odio, el desprecio, la envidia, la insaciable sed de venganza. Un día, un informe dijo: “Somos la mierda para la sociedad”. Pero qué paradoja: algunos nos creemos la mierda más perfumada.









**E**n este contexto, el taller de escrituras creativas de Relata pretende ser una invitación para explorar a través de las voces propias y auténticas de sus autores, estas experiencias de vida y aprender desde las técnicas narrativas a comunicar mundos posibles. La dialéctica de los talleres Relata se fundamenta en las premisas de leer, compartir, interiorizar e intercambiar, escribir y criticar. Su espacio natural son las bibliotecas, lugar de encuentro privilegiado para la imaginación, la lectura y la escritura.

Los textos que presentamos en este libro son una muestra de lo logrado en el ciclo de talleres del programa Libertad Bajo Palabra durante el año 2012.

GUIOMAR ACEVEDO GÓMEZ  
DIRECTORA DE ARTES  
MINISTERIO DE CULTURA



MinCultura  
Ministerio de Cultura

PROSPERIDAD  
PARA TODOS



TALLER DE EDICIÓN  
ROCCA®

ISBN-33: 978-958-8545-67-7

